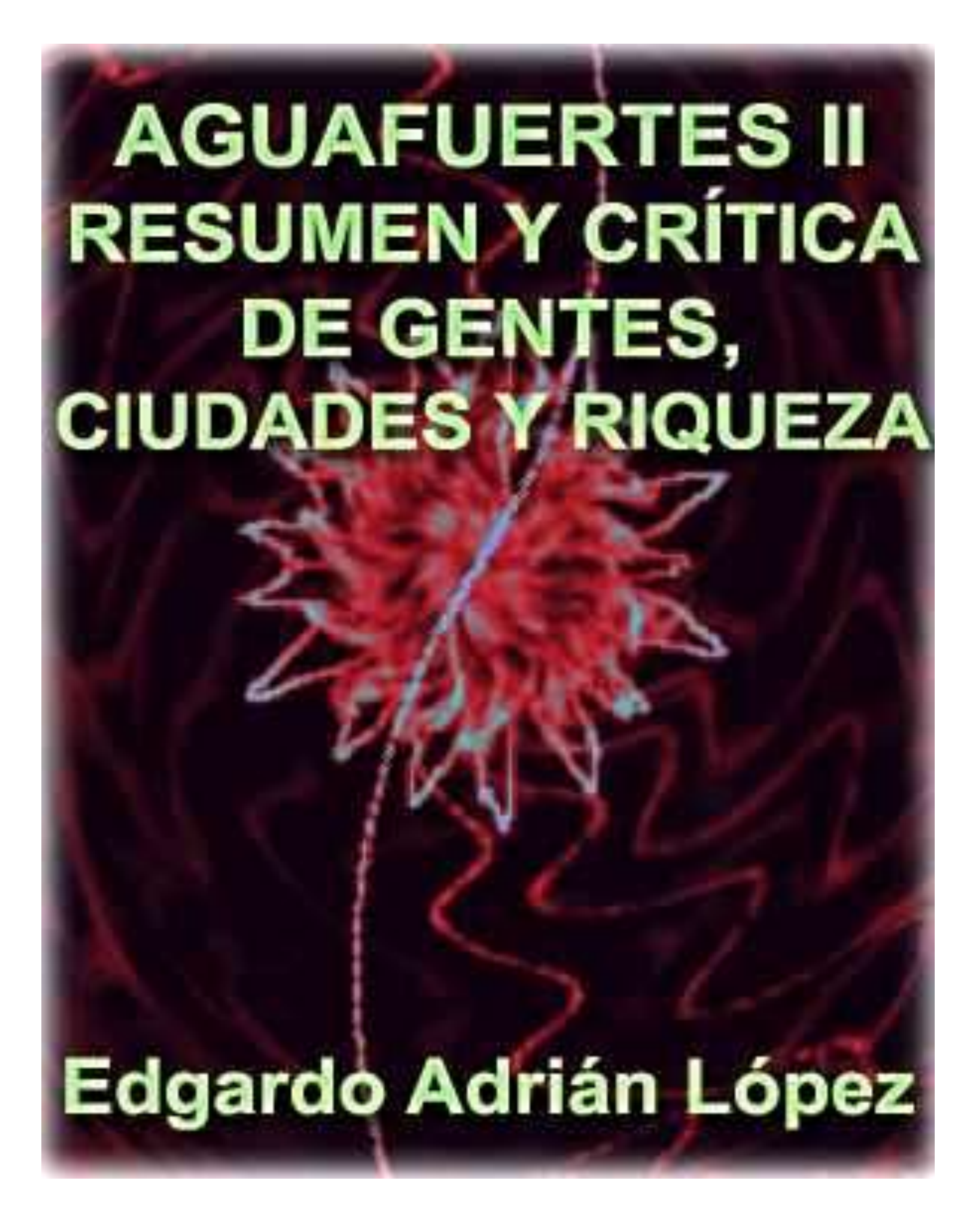


ISBN – 13: 978 – 84 – 691 – 8143 – 0, con depósito legal en la *Biblioteca Nacional de España* Nº 08/110490. Grupo EUMED.NET, Universidad de Málaga, Málaga, España.

AGUAFUERTES II. RESUMEN Y CRÍTICA DE *Gentes, ciudades y riqueza*. *La transformación de la sociedad tradicional*, del neomalthusiano Edward Arthur Wrigley

AGUAFUERTES II. RESUMEN Y CRÍTICA DE *Gentes, ciudades y riqueza*. *La transformación de la sociedad tradicional*, del neomalthusiano Edward Arthur Wrigley

Dr. Edgardo Adrián López

Facultad de Humanidades, Universidad Nacional de Salta

2008

“[… *La*] desigualdad *es la causa procreadora de la miseria y de la opulencia,* […] *de la codicia y la ambición, de la envidia y del odio, de las discordias y las guerras, y en una palabra, de cuantos males agobian a los individuos* […]”

Étienne Cabet

“[… *Existe*] *la posibilidad –por primera vez desde que hay hombres– de producir lo suficiente, no sólo para asegurar un abundante consumo* […] *y constituir un considerable fondo de reserva, sino* […] *para que todos tengan además, suficientes ocios, de modo de* [*gozar* …] *de las ciencias, del arte y en particular, de las formas elevadas de trato* […]”

Friedrich Engels

SECCIÓN I

LOS MEANDROS DE LA REVOLUCIÓN INDUSTRIAL

“[… *El*] *porvenir de la nación alemana* [*dependerá*] *de la destrucción del marxismo*”

Adolf Hitler

“*Las concepciones economicistas del marxismo traicionan al marxismo y lo reducen a un* […] *mecanismo de relojería* […]”

Eduardo Galeano

*FUERA DE LUGAR**[1]

"*¿Vas a volarte los días?, ¿vas a sacar los pies del círculo?* […] *¿Vas a irte del sol?*"

Roberto Acebo[2]

La serie que se abre o inaugura con estas palabras, que se mencionan a sí mismas en su noche, supone la *reconstrucción* previa que enarbolan los poderes de turno, que se encargaron y se auto imponen la misión desesperada, anhelante, de sepultar, con mil estrategias, lo que se multiplicó, para bien **y** para mal, con la metáfora "salvaje" de "marxismo".

Por igual, es un segundo instante, de una operación deconstructiva que principió en otros *palimpsestos*, acaso con "homenajes" furtivos, como el que me impulsa ahora[3], en un presente de escritura sangrante, esperanzado, también. Pero

*Edgardo Adrián López, Doctor en Humanidades con Orientación en Historia, Prof. Adjunto interino de *Sociología*, Carrera de Ciencias de la Educación, Facultad de Humanidades, Universidad Nacional de Salta (UNSa.), Salta capital, Pcia. de Salta, Argentina. E-mail: edadrianlopez@yahoo.com

[1] El epígrafe general, que (mal) "encierra" la obra que se inicia con mi débil nombre, proviene de Cabet, Étienne (1985 b) "*Prólogo*", en (1985 a) *Viaje por Icaria*. Vol. I, Madrid: Ediciones Orbis, p. 31. En comparación con el Marx que defiendo y mimo (en tanto lo "protejo" y en la escala en que lo "imito"), en los márgenes de las instituciones, en una suerte de "extranjería" perpetua…, las oraciones de Cabet son ingenuas, se hallan zurcidas por las filosofías del Progreso y hasta son moralistas, moralizantes y moralizadoras, cual si las vertiesen un Mesías, Santo o Profeta.

Los sintagmas del elegante comerciante de Barmen, fueron extirpadas de Engels, Friedrich (1971 c) "*Contribución al problema de la vivienda*", en (1971 a) *La guerra de campesinos y otros escritos*. Buenos Aires: Claridad, p. 131.

[2] Acebo, Roberto (s/f. e.) "*Ácido*", en (s/f. e.) *Ácido*. *No*. *Después no importa*. Salta capital: edición artesanal, p. 12. Este novelista, me asoma uno de los más grandes escritores de la "nueva generación" de los artistas de la aldeana, "promiscua", mediocre, incestuosa y elitista Salta.

[3] Se suicidó el pasado 07 de noviembre, un colega con el que si bien no atesoraba vínculos estrechos y cercanos, lo que murió en él-con él, hizo fallecer en mí los varios desesperados que he sido y que en ocasiones, todavía soy, arrebatándome a disfrutar en lo que puedo, mi vaporosa y tenue vida. La triste ironía consiste en que ese acto contra sí mismo, fue casi público y nadie de los circunstanciales presentes que pudieron intervenir, se percataron de lo que estaba por acontecer, con lo que la muerte vino antes de la Muerte, a causa de una indiferencia cruel que "obusó" a quien se preparaba para embarcarse con *Caronte*, perdiéndose en las brumas de la otra orilla.

si hemos de considerar que a la supuesta "reconstrucción I", la anticipa una deconstrucción "0" en carácter de *atesis*, la reconstrucción emprendida no sería "II", sino "III". Esa deconstrucción "primigenia" es *indomable* para mí y abarca una fracción de lo que se podría explicitar con un arduo trabajo de *autosociopsicoanálisis* objetivador[4] que, sin embargo, me es imposible emprender aquí, comenzando por la salvedad respecto a que la reconstrucción "inaugural" debiera conservarse en determinado sentido, innombrable, *imposible*, a los fines de esquivar la pretensión hitleriana, fascista, nazi, de querer enunciarlo todo en un "manifiesto" transparente y claro a una consciencia divina, absoluta.

La deconstrucción "II" ó "III", sería por lo demás, paralela y coetánea a otras; *of course*, "lo ya sido" de reconstrucciones por arribar.

Como quiera que fuese, no giré sino obsesivamente[5], en redor a unos pocos tópicos que podrían adjudicarse a Marx, para intentar decir acerca de él, lo que no se pudo, no se quiso o no se supo, polemizando con otras interpretaciones, y con la contemporaneidad espesa de la superestructura cultural y simbólica del capitalismo

---

Cuando el abismo es así de fatal y trágico, las semióticas del mundo, las semiologías/mundo que pueblan lo atroz cotidiano, se rompen, se fisuran o estallan y entonces, el distante mundo, el indiferente mundo, se queja, se lamenta o se acongoja. Es como si llorase o nos hiciera llorar. Y a causa de que poco o nada de lo humano me es ajeno, aunque más no fuere porque aquel profesor contaba con una pareja que lo adoraba (que yo ya no tengo…) y en virtud de que sus dos retoños lo amaban (los otros hijitos que son los míos, sí acompañan mis días…), vengo a rendir un tributo que saque de la órbita de lo académico, un escrito que es árido en innumerables de sus pasadizos o pasajes, "canales" que remiten a otros nombres, a manera de un "solvente" que diluye algo o mucho, mi firma, como para no ser un Padre, no ser adscrito a una "familia" (e. g., "marxista"), no poseer un "aire" de familia (por caso, "leninista") o no quedarme en esos "roles", en estos cabos.

[4] Y sin embargo, es plausible enunciar que casi todos los héroes hollywoodenses de mi lejana infancia, fueron enmascarados o cultores de lo que respira de inaudito, audaz y melancólico en el secreto y la soledad. Podría ser que mi amor borgiano por el saber y los libros, fuera un modo de ocultar mi rostro con lo que se calla, con el secreto y con la "máscara" que fueron el conocimiento y esos objetos "extraños", a los que les dedico la escasa potencia de mis ojos o mis torpes horas. *Plus ou moins*, hasta mis 18 años dibujaba, a la par que leía Filosofía y Literatura. Más tarde, descubrí la magia de la escritura y me atasqué en "ensayos" de Física de partículas de alta energía, para derivar a la poesía (que no esparcí sino hasta mis 38) y al pensamiento en general. Desde entonces, no retorné a ese primer encuentro de una forma de escritura "arcaica", que es la pintura, la acuarela y el dibujo. No obstante, la escritura "ideográfica" es, con precauciones, un modo de estampar "figuras"; de ahí el título.

[5] Lo que se procura editar en el soporte fantasmático de Internet, es un trabajo del desértico 2001. Hasta el momento en que tallo estas líneas, regresé a él una y otra vez, puliendo aquí, corrigiendo allá, agregando, suprimiendo, delineando "mejor" los contornos.

actual. Esas deconstrucciones, implicaron a veces, alusiones directas al amigo de Engels; en muchas otras, "desvíos" a partir de los que exponía mi mirada sobre un político al que frecuento desde hace 20 años, mediando en su despliegue, la discusión con un acotado nombre.

Yendo a otro hojaldre de asuntos, los pacientes editores de mis interminables escritos, integrantes del grupo *EUMED.NET*, Universidad de Málaga, Málaga, España, me aconsejaron que lo que tenía intención de que fuera un modesto artículo[6] que comenta a un demógrafo malthusiano, con una toma de posición y de partido anti marxista, lo convirtiera en otro libro. Así procedí; no por su calidad, que la ignoro, sino por su extensión. Redacté pues, un *exergo* para las circunstancias, no sin invocar a los lectores, a que se arriesguen a "juzgar" si lo engorroso de lo que en el fondo, debiera haberse conservado bajo el aspecto de una larga "apostilla", merecía transmutarse con el ropaje del libro.

Se procede entonces, a efectuar un resumen lo más fiel posible a la traducción castellana, de un texto de Wrigley, para luego concretar una deconstrucción punzante que rehabilita a Marx, ese pensador extraviado, el admirador del educado empresario de Manchester, ese intelectual *desconocido*, justamente por haberse hablado **y** por no haberse hablado tanto, tanto, de él-fuera de él[7].

---

[6] Una suerte de adelanto de lo que se expone en las objeciones a cada una de las Secciones en que se eligió dividir un *corpus* "orgánico", integrado e integrista, se puede encontrar en López, Edgardo Adrián "*Un caso de historiografía neo/malthusiana: los supuestos de una tendencia cientifista en un palimpsesto de Wrigley*", difundido en http://www.eumed.net/ce/2007b/al-wrigley.htm, número de junio de 2007 de la revista electrónica *Contribuciones a la Economía* (*Número Internacional Normalizado de Publicaciones Seriadas* o *ISSN* 1696 - 8360), cuyo editor es el Dr. Juan Carlos Martínez Coll, Director del grupo EUMED.NET, Universidad de Málaga, Málaga, España, revista indexada en IDEAS-RePEc y alojada en http://www.eumed.net/ce/

[7] Pero, ingenuo de mí,… ¿qué sería estar "dentro" de la firmaMarx? ¿Cómo no leerlo, no alterarlo, no trastrocarlo, desde *múltiples* afueras, en especial, después de la experiencia leninista?

1. Introducción: ¿En qué consistió la Revolución Industrial?[1]

En líneas generales, el texto abordará los movimientos y características de la población, el crecimiento de las ciudades y sus nuevas funciones y los procesos de producción que se orientarán a satisfacer las necesidades (1992: 11, 212-213).

1.1. Definiendo la Revolución Industrial

Ambos términos juntos suponen visiones parcializadas acerca de un proceso complejo: el título privilegia lo industrial y no se puede colocar el acento en ello, ignorando las transformaciones en la agricultura, el comercio, el transporte, etc. Por otra parte, los cambios no se suscitaron de forma brusca y explosiva. Tampoco fueron tan unitarios y homogéneos, como el singular parece sugerir (1992: 13).

Tomaremos como rasgo definitorio de la Revolución Industrial la evolución de la renta *per cápita*, considerando que ese proceso tuvo lugar cuando los niveles de ingresos se elevaron de manera sostenida por encima de los que existían en las economías pre/industriales (1992: 14, 37, 39, 71, 84, 212).

Generalmente, se entiende que la Revolución Industrial coincide con notorios avances técnicos acaecidos entre 1780 y 1820, pero sucede que en ese lapso la renta *per cápita* se encontraba estancada. Por ello, el criterio de la renta no puede adoptarse sin matices,

---

[1] La cita que provoca desconciertos, se halla en Hitler, Adolf (s/f. e. b) "*Munich*", en (s/f. e. a) *Mi lucha*. Pampero Press, p. 78. Bien podría reemplazarse "Alemania" por cada una de las naciones del *G 7* o en última instancia, por el capitalismo, los capitalistas y el resto de los co privilegiados que se abrigan en esa comuna, para sentenciar que son el régimen burgués y sus agentes los que para sobrevivir, dependen de la desaparición de **cierto** marxismo libertario.

En otra costura, se añade que los que tornan la sobrevida y el sobrevivir un "ultravalor", pueden ser enredados en los totalitarismos más negros.

La oración del escritor uruguayo, fue cincelada de O'Donnell, Pacho (2003) Che. *La vida por un mundo mejor*. Buenos Aires: Sudamericana, p. 259.

ya que podemos hacer comenzar la citada Revolución a comienzos o mediados del siglo XVIII o después de 1820 (1992: 15).

1.2. Producción y población

Aunque los nexos entre cambios demográficos y económicos no sean lineales ni mecanicistas, existen (1992: 17). Las variables "tasa de fecundidad", de "mortalidad", de "variación de los salarios", etc. poseen algún enlace (1992: 17-18, 22). De ahí que haya que valorar de un modo menos prejuicioso las investigaciones de Malthus (1992: 18, nota 10 de p. 18, 19, 38, nota 59 de p. 65, nota 23 en p. 150, 310, 325, nota 14 de p. 385).

Los datos que se conocen hasta ahora señalan que existen diferencias entre Europa occidental y otros lugares. En primea instancia, casi ninguna mujer de alrededor de 15 años dejaba de casarse, mientras en Europa occidental pocas se casaban antes de los 25 (1992: 19, 200, 310). Es probable que las tasas de crecimiento demográfico se mantuvieran por debajo de la de crecimiento económico, mejorando las rentas individuales (1992: 20, 22).

1.3. Los límites del crecimiento

En las sociedades tradicionales no era posible el tipo de desarrollo vinculado a la Revolución Industrial. Entre otros motivos, porque las materias primas que eran la base de la génesis de riqueza dependían de la productividad del trabajo agrícola y de la fertilidad del campo (1992: 23, 111, 132).

Se generaron cuatro cambios fundamentales (1992: 23/24, 214):

a- sustitución de materias orgánicas por materias inorgánicas en la mayoría de las ramas económicas;

b- nuevas fuentes de energía;

c- transformación de la agricultura pre-industrial (los tiempos de trabajo eran breves en el seno de procesos de producción muy prolongados) en una verdadera empresa, en la que los ingredientes de origen mineral exteriores contribuían a elevar la fertilidad del suelo;

d- ampliación de los mercados (1992: 30/31, 214).

1.4. La naturaleza de la ruptura

Algunos cambios asociados a la Revolución se suscitaron antes: por ejemplo, la familia nuclear no es algo que afloró con aquélla sino que se constituyó décadas previas, al menos en lo que nosotros denominamos, con base en cierto Marx, grupos subalternos (1992: 27). Una sociedad con familias pequeñas es ideal para un contexto de crecimiento de las rentas (1992: 28). Sin embargo, la dinámica interna de la población (fecundidad, nupcialidad y mortalidad) continuó dentro de márgenes pre-industriales hasta 1870 (1992: 28, 291-292).

1.5. Cambio de la productividad y estructura del empleo

La productividad de la agricultura creció de modo constante desde el siglo XVIII (1992: 29/30, 203-204, 212, 214, 253/255). Pero en la Inglaterra de comienzos del siglo XIX las modificaciones en la agricultura perdieron el "peso" en el conjunto de la producción, ya que la fracción de individuos que vivía de actividades conectadas al campo disminuía (1992: 30, 203, 214).

En conclusión, cuando se comprobó que se podía emplear cada vez más fuerza de trabajo y que el carbón incrementaba en escala siempre creciente la productividad, apareció la base para que las rentas evolucionaran (1992: 31, 212, 214).

Primera Parte: El trasfondo de la Revolución Industrial

2. Los economistas clásicos y la Revolución Industrial

Las opiniones de los economistas clásicos sobre la cuestión del crecimiento secular de los salarios, se condensa en el postulado de que el incremento de la población está determinado por el aumento en la demanda de trabajo. Si la demanda decae a causa de la saturación del mercado por una población abultada constantemente, la renta-salario se mantiene más o menos estática. Pero como una Revolución Industrial se caracteriza por la disparada de todas las formas de renta, incluso la del salario, es manifiesto que para los economistas citados actuaban barreras que impedían esa evolución. De ahí que para tales profesionales de la presunta "ciencia" económica haya sido impensable un crecimiento sostenido con el rasgo de Revolución Industrial (1992: 43, 64, 87, 89, 90, 122-124, 132, 327, nota 46 de p. 327, 328).

Por otro lado, las fronteras del crecimiento se vinculaban con la posición que la tierra conservaba en el esquema general de la producción: por un lado, la necesidad de producir alimentos conducía a que se trabajasen las tierras peor dotadas, disminuyendo así los beneficios; por el otro, el número de industrias dependía de la cantidad y diversidad de materias primas que era capaz de proveer la agricultura (1992: 47/49, 60,

111-112). No había esperanzas de progreso indefinido (1992: 48, 60, 68, 87, 89, 90, 122/124, 132, 255, nota 37 de p. 255, 328).

Además, su visión respecto a que la tasa de ganancia declina también era un obstáculo para una expansión sin horizontes (1992: 54, nota 37 de p. 255).

Ahora bien, los clásicos ignoraron un factor importante en el incremento de la productividad que podía desafiar su pesimismo (1992: 57, 69, 113, 124, 132).

2.1. Las nuevas fuentes de energía

La productividad de la agricultura puede mejorarse de acuerdo a la capacidad energética: un hombre es endeble frente a un caballo, que a su vez es débil comparado con un tractor (1992: 58, 63).

Si los clásicos no advirtieron el potencial de las nuevas fuentes de energía era porque acaso tenían en mente las clases de energía pre-industriales, es decir, las orgánicas y vivas (1992: 58, 63, 69, 90, 113, 124, 132/133).

2.2. El crecimiento de la población y la oferta de alimentos

En el siglo XIX, los avances técnicos hicieron que el aumento de la productividad en la agricultura se lograra con costos decrecientes (1992: 62). Por su lado, la fecundidad comenzó a ser controlada en lugar de dispararse con la elevación de la renta (1992: 66-67, 288, 291, 320).

En conclusión, el escepticismo de los clásicos se debe a que *au fond*, la Revolución Industrial genuina, entendida como un sistema capaz de superar los límites al crecimiento de las comunidades preindustriales, ocurrió luego de 1840 (1992: 68). Por consiguiente,

los clásicos describieron las condiciones del crecimiento en sociedades que empleaban fuentes de energía vivas y renovables (1992: 69, 123, 132).

3. El proceso de modernización y la Revolución Industrial en Inglaterra

Debido a que una "lista" de los elementos que acompañaron la Revolución discutida es objeto de debate intenso, se optó por resaltar un componente que tiene unánime apoyo: el crecimiento de la renta *per cápita* (1992: 73). Pero el detalle de las variables (tasa de mortalidad, oscilación de precios, relación capital/producción, etc.) que miden los procesos que se entrecruzan con la Revolución es uno de los aspectos conflictivos. El otro consiste en determinar si la modernización es más amplia o no que el movimiento industrializador (loc. cit.). Como es sabido, muchos historiadores los tratan en carácter de sinónimos.

Definir la modernización es más difícil que en el caso de la industrialización ya que no existe un equivalente de la renta que sirva para calibrar su "tasa de progreso" (1992: 74). Procuraremos apelar al concepto de "conducta económica racional" a los fines de definir una fase de modernización: ésta comienza cuando los criterios poco beneficiosos de las sociedades tradicionales (familia extensa, escasa tecnificación de la agricultura, etc.) son reemplazados por pautas que tienden a maximizar los ingresos (familia nuclear, incremento de la tecnificación en el campo, etc. –1992: 75). El comportamiento racional en la esfera económica supone a su vez que el dinero, en tanto medida de lo que hay que abonar por bienes y servicios, está muy extendido. Por añadidura, implica que el mercado se convierte en un "juez" que sanciona si el valor expresado en dinero es el precio que la demanda aceptará (1992: 75/76).

Asimismo, el "núcleo" de la conducta en juego es el interés. Cierto que en las sociedades tradicionales es igual de correcto hablar del interés que mueve a los agentes en sus relaciones colectivas. Por ejemplo, en la Ginebra del siglo XVII la burguesía comercial, en pos de su propio interés, practicaba efectivos métodos de control de la natalidad que luego se expandieron a Francia o Alemania (1992: 104, nota 13 de p. 343, nota 35 de p. 363, 363-364, 427). Pero la diferencia está en la naturaleza de las recompensas que se buscan: en las sociedades modernas, los individuos procuran alcanzar beneficios monetarios (1992: 78/79). La consecuencia del interés por lograr rentas es que se exacerba el individualismo y los lazos de parentesco son reemplazados por grupos especiales que se vinculan por acuerdo. Todo lo cual ocasiona que los jóvenes no asimilen los antiguos valores y que los espacios de solidaridad de las comunidades tradicionales acaben disueltos (1992: 80).

La acción racional económica se corresponde también con pares o binomios que miden cuánto avanza la modernización. El primer par alude a la manera en que se integran los individuos para desempeñar ciertos papeles sociales: el método "lógico" implica que sea designada la persona que es idónea, con independencia de criterios "exteriores" (familia, "contactos", fortuna, edad, etc.). En el otro extremo, el elegido resulta seleccionado de un grupo reducido que se "aísla" con base en valores (si pertenece o no a tal o cual familia, si cuenta o no con tales y cuales "contactos", etc. –1992: 76/77). La distinción afincada en el mérito estimula la modernización; la que se apoya en la adscripción, la entorpece. En efecto, las movilidades social, profesional y geográfica se elevarán con el opacamiento de la eliminación por adscripción (1992: 80). Habrá una migración del campo a la ciudad, en tanto es el centro por excelencia en que se alcanza el éxito por el despliegue de las capacidades.

Otro par se refiere a la especialización de funciones o la "multifuncionalidad" de los individuos. En las sociedades tradicionales, en las que el mercado es limitado y en la que

los costos de transporte son enormes, un campesino tiene que ser su propio comerciante, esto es, no hay lugar para una división del trabajo que conduzca a la especialización. Sencillo resulta adivinar que la carencia de tal división de las tareas actúa a modo de una barrera para la modernización (1992: 77-78). Al contrario, su existencia la acicatea. Por ejemplo, en algunas ciudades holandesas de más de 400 (cuatrocientos) habitantes se encontraba una tienda de comercio, un sastre, un zapatero, un tejedor y un panadero (1992: 100).

Por último, el tercer par tiene en cuenta la existencia o no de una igualdad formal jurídica que deje al mercado en calidad de supremo “juez” de la vida social y económica. Si ese formalismo jurídico existe, el mercado podrá regular los precios de acuerdo a la competencia (1992: 78, 85).

Quedan todavía dos aspectos de la modernización que son esenciales: el rol del Estado y los cambios en la vida psíquica.

La tendencia a la burocratización afirma el papel de árbitro del Estado en el cumplimiento de las obligaciones contractuales y la conservación del orden (1992: 80, 86), prosigue Wrigley en un tono por demás conservador. A partir de esa estructura, el comercio, el capital, la propiedad privada, el trabajo, el mercado se desenvuelven en un contexto sin desmanes, sin guerra civil, etc. (1992: 81).

Los impuestos estimulan el uso del dinero y la existencia de fuerzas armadas amplía el mercado de alimentos y tejidos. Por otro lado, el Estado socava estructuras institucionales antiguas: por ejemplo, cuando las leyes de pobres de Inglaterra sostienen que el sustento de los individuos que se encuentren en la miseria depende de la parroquia, se rompe con la dinámica tradicional que trasladaba el peso de esa función a la familia extensa (1992: 81).

En cuanto a las modificaciones en el plano subjetivo, apuntamos que la erosión de los antiguos valores lleva a que las personas tampoco acepten las formas en curso para legitimar la autoridad y el poder (1992: 82, 196).

3.1. Las ideas de los contemporáneos

La racionalización/modernización arriba descrita induce los cambios requeridos para que el crecimiento previo al despegue se inicie: a medida que los niveles de vida mejoran, la tasa de mortalidad decrece. Cuando este tipo de acontecimientos se profundizan, se pone en marcha el despegue propiamente tal. Sin embargo, aunque la modernización es una condición necesaria para la Revolución en juego no basta con ella, dado que no es nada extraño que pueda haber racionalización sin industrialización (1992: 84). Ello puede ocasionar que, tal cual lo revela la historia económica de la Europa moderna, existan diversas áreas en varios estadios de modernización (1992: 101, 132, 289-291).

Ahora bien, de los clásicos son Smith y Marx los que interesan en la polémica de la modernización como principio de un proceso industrializador; sus obras contienen observaciones acertadas. Por ejemplo, Adam Smith detalla lo que podemos llamar el "espíritu capitalista": el beneficio general, el bienestar de todos se consigue a partir de que cada capitalista (industrial, agricultor o comerciante) busca satisfacer su propio interés egoísta de ganancias (1992: 85, 132).

Fue también partidario de las racionalizaciones inducidas por el mercado, la división del trabajo y la igualdad jurídica formal. Incluso, esbozó los nexos que podían existir entre la expansión del comercio, de la industria y la constitución de un Estado moderno (1992: 86). A pesar de todo, encontramos pasajes críticos sobre las inequidades entre los ricos y poderosos, y los pobres que acaso parecerían citas de Marx (loc. cit.). Smith se muestra bastante escéptico respecto a que el salario de los obreros mejore su situación (1992: 89,

99, nota 46 de p. 327). Ricardo, una generación posterior, y Marx, medio siglo después, tendrán perspectivas análogas (loc. cit.). Empero, aun cuando Smith describió a grandes rasgos los "cabos" de la modernización no aceptó la posibilidad de una revolución industrial, a raíz de las limitaciones al crecimiento que concebía y que hemos mencionado (ver *supra* –1992: 87, 124, 255, nota 37 de p. 255, 328, 330). Y es que cuando Smith, Ricardo y Marx escribieron el crecimiento de todas las formas de renta, incluidos los salarios, había comenzado una lenta etapa de incremento sostenido y consistente (1992: 90, 330). Al no detectar esa elevación pausada, concluyeron que era probable que la situación de la clase obrera no mejorase (loc. cit.). Vg., Marx suponía que el alza de los salarios sólo podía ser excepcional dados los defectos inherentes al sistema capitalista (1992: 91, 103). Hoy resulta comprobable que hubo una tendencia secular al abultamiento en los salarios (1992: 92, 103, 208, 212, 214, nota 65 de p. 216, 330). Sin embargo, en este punto los pormenorizados estudios de un weberiano y simpatizante de la políticamente timorata *Escuela de los Annales*, al estilo de Edward Palmer Thompson, que es confundido con marxista, estableció que la alucinada mejora no fue igual para todos los segmentos de los amplios sectores que integran los grupos subalternos. Wallerstein es incluso más radical, y estipula desde el "ala izquierda" de esa misma línea de indagaciones, que la Revolución Industrial echó a andar un proceso de empobrecimiento absoluto de la mayoría de la población de las regiones que padecían la lenta, compleja y sinuosa constitución del capitalismo.

Respecto al crecimiento de la población, Marx creía que éste dependía de las condiciones económicas (1992: 101/102). Sostenía que la población obrera siempre se incrementa más rápido que las condiciones en las que el capital puede usar ese incremento en su propia expansión, por lo que los salarios se mantienen bajos (1992: 103). De esto puede inferirse que para Marx el matrimonio era intolerable y que debía disolverse si los beneficios de la industrialización habrían de repartirse de forma

provechosa (1992: 107 –como es sabido, el matrimonio resultó duradero). En cierto sentido, *El capital* fue un comentario acerca de la severidad de las tensiones que se producían por la confluencia de la modernización y proceso industrializador. Sin embargo, de las condiciones concretas de la Gran Bretaña de principios del siglo XIX el judío/alemán quiso extraer lecciones para el futuro (loc. cit.).

Pero a pesar de los yerros de Marx respecto al crecimiento de la renta, pudo matizar con justeza la relevancia que tenía la diferencia entre fuentes de energía vivas y no vivas (1992: 93). Esto lo condujo a que distinguiera entre herramientas, propias de los talleres medievales y de las primeras manufacturas, y máquinas movidas con el vapor, asociadas con industrias (1992: 92-93). Sin embargo, Marx simplemente supone la necesidad de la introducción de máquinas y no explica ni describe cómo fue que emergieron (1992: 93), salvo en pocas ocasiones. F. e., sugiere que Holanda fue la responsable de inventar la bomba de drenaje *Haarlemmermeer* en virtud de que tenía que solucionar el problema de la falta de cursos de agua. Con ese criterio, Inglaterra podría haber inventado también dicha bomba ya que ella sufría dificultades similares; no obstante, patentó la bomba para la extracción de agua de las minas de carbón (1992: 94/95). Por lo que lo que tenemos que explicar, no es sólo a causa de qué la Revolución Industrial aconteció en Inglaterra antes que en otros lugares, sino por qué ocurrió (1992: 95, 98).

3.2. Testimonios empíricos y modelos históricos

Lo que asoma claro en los nexos entre modernización e industrialización es que parece existir un vínculo entre innovación tecnológica y aumento de la productividad (1992: 95-96), aunque no sea un enlace lineal, determinista y mecánico. Por lo demás, encontramos inicios de modernización en zonas pre/industriales que luego no dieron el “salto” hacia un mundo industrial (1992: 109). Igualmente, es probable que un cúmulo de

enormes barreras en los principios de la expansión industrial, en particular, el abastecimiento de materias primas claves (f. i., el carbón), empujaran a agudizar el ingenio para disminuir el tiempo de transporte (la invención del ferrocarril) y para explotar las minas a mayor profundidad (la creación de la bomba extractora de agua). Al respecto, es conocido que desde el siglo XVII la escasez de madera convertía a Gran Bretaña en dependiente del carbón (1992: 96). A comienzos del siglo XVIII las máquinas de *Newcomen* para succionar el agua, se empleaban como un complemento ineludible de la explotación de las minas. Las innovaciones introducidas por James Watt la convirtió en un medio para revolucionar el resto de las industrias (1992: 96/97). Por ende, los inicios de la nueva tecnología de la máquina de vapor y el ferrocarril se remontan a la industria minera del siglo XVIII, y uno de sus principales puntos de apoyo fue a su vez el crecimiento de Londres (cf. *infra*; 1992: 206).

Con una explotación más acabada de las minas se pudo solucionar el problema del hierro. En la isla, la producción de dicho metal era pobre y no se la podía incrementar sin elevar considerablemente los costos de producción. Con el uso extendido del carbón, disponible en grandes cantidades y barato, la extracción y fundición del hierro se elevó sin que se dispararan los costos. El trabajo escapó de las limitaciones que impuso la productividad de la tierra en las épocas pre-industriales (1992: 97). Estos dos ejemplos nos ilustran que la máquina de vapor y el alto horno fueron resultado de una lucha agobiante contra las fronteras que debía vencer la génesis de valores de uso.

Pero las primeras invenciones que apelaban al empleo del vapor tenían necesidades energéticas modestas, de manera que se requería una expansión en la escala de la producción para hacer preferibles las nuevas fuentes de energía a la que proporcionaban los saltos de agua (1992: 98).

En otro orden de cosas, es dable constatar un fenómeno curioso. El tipo de desarrollo que indujo la modernización en Londres fue suave y continuo (1992: 107). En el siglo

XVIII, la ciudad inglesa estaba modernizada pero no industrializada; en cambio, las áreas cuasi/industriales al estilo de Midlands eran industriales mas no modernas (1992: 108). En dichos espacios, la producción capitalista estaba bastante firme y avanzada; sin embargo, los salarios se abonaban en especie, poniendo en peligro la circulación del dinero y la expansión del mercado.

4. El suministro de materias primas en la Revolución Industrial

La primera diferencia entre la producción de materias primas de origen animal y vegetal, con las materias primas minerales es que las primeras son renovables. Pero su aporte energético es menor en comparación con las fuentes de energía no vivas (1992: 112). La segunda diferencia se vincula con el tipo de traslado desde las áreas de explotación hacia las zonas de comercialización: el mismo peso de grano y/o madera que el representado por carbón supone un espacio mayor en el flujo de la madera (los bosques son distantes), que en el del mineral (pocas minas son capaces de generar el tonelaje implicado). Además, el tráfico de las materias primas vivas es menor que el de los recursos minerales, por lo que la inversión en vías de comunicación es más rentable para los segundos (1992: 114).

4.1. La sustitución de la madera por el carbón

Ese reemplazo era imprescindible dado que 10.000 modestas toneladas de hierro hubiera exigido el producto de 40.000 hectáreas de bosque (1992: 115), lo que era insostenible. En un contexto de crecimiento industrial era ineludible conseguir abundante hierro de buena calidad y a costos moderados; esto se podía lograr con una revolución

energética (1992: 116). Desde la fabricación de barcos, rieles, puentes y máquinas, hasta la producción de ladrillos, cerámica y vidrio, todas las industrias avanzaron con la gran cantidad de calor liberado por el carbón mineral (1992: 116-117, 206).

Ahora bien, las industrias que despegaron con rapidez fueron las que sustituyeron sus enlaces con la agricultura, en especial en el aprovisionamiento de combustible. Sin embargo, por eso mismo resulta llamativo y desconcertante que haya sido la industria del algodón la que fuera la gran protagonista del capitalismo británico (1992: 117, 130/131).

4.2. El transporte voluminoso

Antes de la era de producción a gran escala de minerales, el transporte por tierra sólo era apto para transportar un peso reducido, medido en quintales, en comparación con los cientos de toneladas que albergaban los barcos (1992: 118). Pero cuando los pesos generados se medían en millones de toneladas anuales (1992: 119), fue impostergable encontrar una solución al traslado hacia zonas interiores (la descarga y comercialización del carbón mineral se hacía en las costas desde el siglo XVII, fase en la que casi la mitad de la flota inglesa se dedicaba a su transporte –1992: 118).

El incremento permanente en los volúmenes transportados (de tres millones de toneladas a comienzos del siglo XVIII y de diez millones al final), no sólo convirtió al carbón en la materia más trasladada sino que estimuló las mejoras sustanciales en las vías de comunicación, al cubrir los costos a raíz de los altos beneficios (1992: 121). Por ello al principio, en lugar de ocuparse de las vías terrestres, se mejoraron las vías fluviales (cf. la canalización del Weaver, del Douglas, del Worsley, etc.). Algo después se comenzaron a extender los rieles; ya eran conocidos desde el siglo XVII (por ejemplo, las que comunicaban las minas con los muelles de Tyne) pero su utilización no era general (1992: 120). Sin embargo, tiene que consignarse una paradoja respecto al mineral: aun

cuando su comercialización estaba revolucionando las industrias vinculadas a él de manera más o menos directa, su explotación no estaba sufriendo cambios que delataran una aguda elevación en la productividad por horas/hombre (1992: nota 14 en pp. 121-122).

4.3. La fuerza del vapor

Pero las radicales alteraciones en las vías de transporte y la constitución de un mercado interno unificado no agotan un proceso industrializador. En efecto, el despliegue de una economía industrializada es más que una mejora de las comunicaciones y que la posibilidad de huir de las restricciones, que padecían los procesos productivos y que imponían las materias primas orgánicas (1992: 124).

Las máquinas de *Savery* y de *Newcomen* ya mencionadas (cf. *supra*) fueron esencialmente máquinas de bombeo, por lo que su campo más adecuado de aplicación era la minería. Por otra parte, la fuente de energía era el mineral que tanto se necesitaba entonces: tales máquinas son resultado de la "edad del carbón" más que de una "edad de la madera". De hecho, en poco tiempo comenzaron a ser usadas para la expansión continua de la extracción en las minas (1992: 125, 130/131); desde allí su uso se multiplicó. Empero, esto motivó que se hicieran imprescindibles mejoras: la máquina de Watt le otorgó al vapor un relieve que empequeñecía la cantidad de energía que eran capaces de suscitar madera, animales, hombres y mecanismos hidráulicos (1992: 125-126).

4.4. La industria del algodón como caso paradigmático

La industria en juego tuvo las siguientes características:

a- creció mientras continuaba utilizando la energía tradicional en boga;

b- fue la primera rama productiva que se organizó en fábricas, suscitando poblaciones urbanas que vivían un tiempo alejado de los ciclos agrícolas, en una intensa red de intercambios y abiertas a la información proveniente de otros lugares del mundo;

c- la necesidad imperiosa de ensanchar el mercado aumentando la escala de la producción y estimulando la demanda, condujo a que las invenciones técnicas se adoptaran con celeridad;

d- los trabajadores eran empujados a especializarse y forzados a mantener un ritmo de producción;

e- el precio del artículo acabado descendió estimulando el consumo;

f- ninguna otra actividad amplió su escala de ventas como la del algodón (1992: 126).

Sin embargo, la nueva situación en el transporte y en el uso de energía no estuvo enlazada con la industria algodonera (1992: 127). El movimiento del algodón en bruto se medía por millones de libras y tenía un valor más alto que el mismo peso de carbón, de forma que podía soportar elevados costos de transporte (recién hacia 1800 se llegaron a producir 50 millones de libras ó 23.000 toneladas). Por lo demás, las ínfimas mejoras bastaron para impulsar la maquinaria típica de la industria hasta fines del siglo XVIII. De ahí que en el fondo, la industria algodonera haya sido la profundización de un camino tradicional antes que la inauguración de un camino inédito (1992: 128). F. i., el empleo de la energía hidráulica en el tejido y el agrupamiento de trabajadores textiles en un mismo edificio no eran cosas desconocidas antes del siglo XVIII. Por ello, la industria que se adentra en una vertiente de desarrollo insospechado es la del carbón por cuanto supone un cambio verdaderamente radical en el tipo de energía en escena (1992: 129). Así, lo

que parece haber ocurrido es que, mientras el sector algodonero podía iniciar una expansión significativa sin alterar su base energética, otras ramas industriales debieron iniciar enormes modificaciones técnicas que luego redundaron en beneficio de una industria que al principio, se había mostrado conservadora. No obstante, los estudios de Marx y los de Thompson, indican que las ramas de actividad que fueron las que comenzaron a alterar sustantivamente los ritmos de génesis de valores de uso, fueron las industrias de la seda, las del algodón y el hilado en general, y la del vidrio.

4.5. Las comparaciones con el continente

Tradicionalmente, se han resaltado las diferencias entre la isla y el resto de Europa; no obstante, quizá sea ocasión de destacar sus semejanzas (1992: 130). Vg., la Bélgica del siglo XVIII contaba con una producción carbonífera análoga a la inglesa del mismo período. El sistema Sambre/Mosa hizo factible el desarrollo de un mercado amplio en fecha temprana; a fines de siglo, las minas se excavaban a grandes profundidades, utilizando máquinas Newcomen; a principios del siglo XIX, interviene la máquina de vapor para subir carbón, hombres y bombear agua; etc. Pero Bélgica no se conformó con importar los resultados británicos; también realizó innovaciones muy avanzadas. F. e., la iluminación de gas se empleaba en las fábricas en 1819; ya existían hornos capaces de resistir elevadísimas temperaturas; etc. (1992: 131). Otros lugares, como la región francesa de St. Étienne, mostraron rasgos similares.

Empero, acaso no haya que comparar Inglaterra como un todo con el resto de Europa sin más. El grado de integración alcanzado por el capitalismo no era tanto que se hubiera superado el fraccionamiento de las distintas regiones económicas. Por ende, la comparación justa es más bien entre tal o cual zona inglesa, con tal o cual región europea o incluso británica (1992: 132).

5. Algunas reflexiones sobre la producción y los precios del grano en las economías pre-industriales

5.1. Gregory King y C. Davenant

Los economistas citados, más los aportes de Jevons, procuraron explicar el nexo entre precio y cantidad de granos producidos.

La fórmula de Davenant implica que si la oferta en el mercado se reduce a la mitad del nivel normal, era probable que el precio se quintuplicara; por consiguiente, se podría llegar a gastar hasta tres veces más de lo usual en granos (1992: 148). Sin embargo, esta última parte de la interpretación de la fórmula supone que los habitantes de la época pre/industrial contaban con ciertos "ahorros" para afrontar el precio acrecido, lo que es inexacto. Las familias tenían poca o escasa reserva de numerario y no lo podían conseguir en préstamo.

Por otra parte, también supone que los consumidores no eran capaces de optar por otros granos u otros alimentos, ya que frecuentemente se da por sentado que los precios de los alimentos tienden a evolucionar al unísono con el del trigo (1992: nota 22 de p. 148). Pero según las investigaciones recientes, habría que demostrar que los precios del trigo son un buen representante de los precios de los alimentos (loc. cit.).

En la práctica, la tendencia al alza en los precios en épocas de malas cosechas no lleva los valores tan altos como haya sido la baja de la producción; el dinero disponible es una barrera que impide que los precios alcancen picos inflacionarios (1992: 149-152). Por ejemplo, el economista clásico Tooke opinaba que la cantidad de dinero gastada en un año de mala cosecha, no excedía demasiado la que se había invertido en uno normal, a

menos que hubiera una fuente externa para ayudar al indigente (f. i., como las leyes inglesas de pobres –1992: 152). Pero sin duda, los que sufrían la suba de precios eran vg., los jornaleros textiles: en situaciones de poder adquisitivo menguado, se prefiere la alimentación a la vestimenta (ibíd.).

Jevons estipuló que:

a- las variaciones de los precios son mucho más agudos en los bienes de primera necesidad que en los productos de lujo;

b- el precio sufre un incremento mayor cuando la cantidad cosechada desciende por debajo de la media que estaba vigente momentos antes del descenso;

c- el precio se reduce cuando una cosecha excede el promedio;

d- el precio sufre un incremento más sustancial en el caso a) que lo que desciende en la situación b) (nota 3 de p. 135);

e- el precio varía de forma inversa al cuadrado de la oferta, *id est*, se hace menor cuando se satura el mercado (1992: 135);

f- si lo anterior se mantiene constante (a mayor stock, menor precio de venta), podría suscitarse una circunstancia en la que no habría ni pérdida ni beneficio (1992: 135).

Empero, Jevons no parece haber tenido en cuenta que sus apreciaciones no son exactas para describir los mercados reales: siempre hay que diferenciar entre lo que se produjo globalmente para el caso de los granos (en especial, el trigo) y entre lo que efectivamente se llega a comercializar (1992: 137). F. e., no todo el grano va al consumo necesario dado que una parte de él se utiliza como simiente y forraje (lo que constituye el consumo productivo o que se utiliza en la génesis de más riqueza).

Por otro lado, la fórmula de Jevons supone que:

a- el precio en un año de cosecha media se establece en 1, 0;

b- el precio en un año de mala cosecha es estipulado como un porcentaje del precio del año medio. Por ejemplo, si la producción sólo rindió el 68 % de la normal, el precio tendría que ser 1, 68.

c- Sin embargo, por no tener en cuenta la diferencia especificada anteriormente (producción bruta / producción neta), el precio de la mala cosecha incluye el volumen que no se usa para el consumo general, es decir, lo que entra en el consumo productivo. En consecuencia, la cosecha deficiente parece no ser tan desastrosa y en lugar de ser un 68 por ciento de una normal, en los cálculos se perfila como del 78 %. El índice resulta ser de 1, 78 (1992: 137).

Otro economista, llamado Bouniatian, apuntó que aparte de tener en perspectiva que una parte de la producción global del grano se reutilizaba para generar más grano, no había que:

a- olvidar que otros cultivos, por ejemplo, la papa, entraban en el consumo y reducían la demanda de grano (nota 9 de p. 138);

b- siempre se formaba un stock de granos que servía a fin de limitar los efectos de las malas cosechas o para conservar moderados los precios (loc. cit.);

c- la diversificación de los granos (el maíz de EEUU o el centeno prusiano de mediados del siglo XIX) amortiguaba el papel regulador del trigo (loc. cit.).

La fórmula aconsejada por Bouniatian implica que una cosecha un 20 por ciento por encima de lo normal reduce los ingresos a un 79 %, si se entiende que la producción total se comercializa a pleno. La reducción de las ganancias es mayor (alrededor del 84 por ciento) si sólo tenemos en mente que se puede introducir en el mercado la producción neta, esto es, una fracción de los granos (1992: 142).

Según la fórmula glosada, para los años de hambre que hubo en la Inglaterra de 1315/1316, una cosecha al 68 por ciento de lo normal daba para el trigo un precio de 2, 63 veces el precio medio (el precio real fue 2, 50); mientras, para la cebada, si la producción era del 71 % de un año común, el precio era 2, 37 veces el precio medio (el precio real fue 2, 25; cf. 1992: cuadro 5.3. de p. 153).

Otra aplicación de los cálculos de Bouniatian consiste en inferir la cantidad de granos a partir del precio (no obstante, ver los matices en los apartados subsiguientes). Dos años fueron los peores para la agricultura en la Edad Moderna: 1556 y 1596. Sin embargo, de los dos 1596 es más crítico. La serie de precios de Exeter (ver *infra*) consigna que el trigo valía 2, 21 veces su precio normal; en consecuencia, es factible que la producción llegase a un 72 por ciento de lo comúnmente alcanzado (1992: 155).

Con base en los razonamientos expuestos, Wrigley construye dos series. En la primera, parte de la idea de que en un año normal se pueden generar 10 bushels de trigo por acre, de los cuales 2, 5 se vuelven a reutilizar (una ha. equivale a 2, 47 acres; un acre es igual a 4.047 m^2). En la segunda, se re-invierten 3, 5, siendo el bushel adicional destinado al forraje de animales (1992: 138 –un bushel equivale a 60 libras; una libra es igual a 460 gr.; es decir, un bushel equivale a 276 kg.). Diversos testimonios señalan que desde la Edad Media hasta el siglo XIX, 2, 5 bushels ó 690 kg. de cada 10 bushels eran suficientes para garantizar la producción en la escala precedente y que para los otros tipos de granos, se requerían volúmenes ligeramente superiores. En cuanto a la cantidad de la cosecha destinada al forraje, ella dependía del tipo de animal empleado, de las regiones, del stock, etc. Pero no se podía escatimar en su sustento porque esa conducta afectaba de forma dramática el volumen de la cosecha subsiguiente (1992: 140).

Ahora bien, para España, Grecia y Rusia los rendimientos óptimos eran de 7 bushels, mientras que en Francia e Italia fluctuaban entre 7 y 10 (nota 13 de p. 141). En algunos lugares de Inglaterra, lo común era de 8 a 13 ó 15 bushels entre 1580 y 1730. Sin

embargo, la media entre todos estos casos típicos da 9, 6 bushels ó 10 en términos prácticos (los que equivalen a 2.760 kg.).

Matizaciones aparte, el propósito de las series construidas es demostrar que la evolución de los precios es diferente si se incluye en el cálculo lo que se reinvierte para conservar la escala de la producción, que si las tablas se elaboran como si la producción global fuera a la venta (1992: 141). De acuerdo a la fórmula de Bouniatian, el valor aumenta mucho con cosechas cada vez peores hasta el extremo de incrementarse al triple con respecto al precio de un año normal, cuando se llega a una eficiencia del 50 % (en nuestro caso, 5 bushels ó 1.380 kg.). La cuestión se altera si suponemos que sólo la producción neta puede comercializarse. En efecto, el precio del cultivo no varía de modo tan drástico, se mantiene moderado y el agricultor prefiere un año bueno a una mala cosecha (1992: 141/142).

En lugar de casos globales, imaginemos ahora un ejemplo más concreto. Consideremos un agricultor que se dedique a 50 acres (20, 25 ha.) capaces de suscitar 500 bushels ó 1.380.000 kg., *id est*, 1.380 tn. (1992: 142). Debe apartar 175 bushels para simiente y forraje, y 75 bushels para su hogar, lo que supone 250 bushels menos deducidos de la producción total o bruta. Un descenso del 20 por ciento, de 500 a 400 bushels, conllevaría un deterioro del 40 % en la producción disponible para la venta, es decir, de 250 a 150. Según los beneficios medios para un año común (cuyo índice es 100 para 6, 5 bushels por acre), el cultivador ganaría igual en el año de déficit que en el período normal. Por ende, para que se generen situaciones graves el descenso tiene que ser muy agudo.

Sin embargo, la fórmula de Bouniatian conduce a postular que la cantidad absoluta que se deja para la venta siempre es invariable. Al mismo tiempo, imagina que las semillas son de calidad uniforme, lo que está lejos de ser cierto para las economías pre-industriales (1992: 144). Por lo demás, tampoco considera que la cantidad de grano

utilizada en tanto que simiente, forraje y alimento familiar cambia de una cosecha a otra (1992: 143). Igualmente, no evalúa que una mala cosecha hace necesario incrementar lo orientado a conservar la escala de la producción (1992: 144).

5.2. Series de precios y rendimientos

Hoskins, historiador económico, sostiene que las cosechas que dieron valores por encima o por debajo de la media se debía a los efectos secundarios de las prácticas de siembra, en especial, de la cantidad de semilla cultivada (1992: 144, 170, 185). La hipótesis es difícil de probar de manera efectiva desde fines del siglo XV a mediados del siglo XVIII, pero los datos franceses del siglo XIX acaso puedan permitir examinar el comportamiento de los rendimientos y de las fluctuaciones de precios, comparándolos con los datos ingleses de la Edad Media (1992: 145, 185).

Desde 1815 a 1914, los rendimientos del trigo en Francia variaron de manera aleatoria (1992: 145/146, 173, 184): no hubo un "ciclo" en el que a periodos de cosechas excepcionalmente buenas o malas, siguieran años de producción por encima o por debajo de la media típica. Tampoco se constata nexo alguno entre la producción de un año y el área sembrada, ni entre el volumen de la cosecha y la cantidad de semilla cultivada. Por otro lado, el precio no variaba al azar (1992: 145-146). Por lo tanto, no es aconsejable enlazar las series de los precios con las fluctuaciones en las cosechas. Esto es, no es viable establecer de modo firme que a las "ondulaciones" en la serie de los precios le correspondan las mismas "ondulaciones" en los ciclos agrícolas (1992: 145/148, 172, 184-185).

Tal vez, alguna respuesta se encuentre en las largas series de precios al estilo de las de Exeter, que cubren desde 1316 a 1800: son las variaciones en el stock o remanente de granos (más para determinado año, menos para otro) lo que influye en la serie de valores

(1992: 146/147, 184). Es decir, necesitamos cantidades sustanciales de datos empíricos para construir un modelo más o menos complejo y viable que haga notorios los nexos entre el comportamiento de los precios, y los momentos de abundancia o escasez de granos (1992: 154).

5.3. Rendimiento de la cosecha y precio

A veces, los precios pueden no indicar ningún contexto de crisis y sin embargo puede haber hambre generalizado (1992: 149). Dependiendo de las circunstancias, es factible que sucedan muertes por hambre sin escasez en el abastecimiento, o que el nivel de aprovisionamiento del mercado descienda bruscamente, genere fallecimientos extendidos y no obstante, las estadísticas de precios no reflejen esa realidad cruda (1992: nota 23 en p. 150).

También es factible imaginar el caso en que precios elevados de alimentos impliquen un mayor poder adquisitivo de los más necesitados (1992: 150).

5.4. Enfrentándose a los riesgos

Tradicionalmente, los historiadores y economistas hablan del precio del “grano” como si éste fuese una entidad uniforme. Pero acontece que no es así por cuanto el trigo, el centeno, la avena y la cebada tienen curvas de producción distintas, etc. (1992: 156). Por lo demás, la división que establece que los hombres siempre comen trigo o cebada, y los animales avena, se podía no respetar en los momentos de mayor crisis. Un año negativo para un cereal de invierno, por ejemplo, el trigo, no era malo para uno de primavera, vg., la cebada, o viceversa.

En otro orden de cosas, el grado de integración del mercado, el estado de las vías de comunicación, etc. pueden influir en el impacto de uno o varios años de cosechas desastrosas. En efecto, las malas cosechas locales pueden ser amortiguadas por el aprovisionamiento desde otras regiones o desde otros países (1992: 159).

La cantidad de grano por superficie cultivada cambió poco desde la Edad Media hasta el siglo XIX, pero el rendimiento por acre se incrementó desde menos de 10 bushels hasta más de 20. En consecuencia, la distinción entre producción bruta y neta se volvió menos importante para las cuestiones que hemos analizado, ya que la cantidad de grano se hizo progresivamente tan elevada que lo destinado a la conservación de la escala de la producción, al autoconsumo, etc. no afectaba en casi nada al productor de la era industrial (a diferencia de lo que sí le ocurría al cultivador no moderno).

5.5. Las tendencias seculares de los rendimientos

El caso inglés es típico en virtud de que entre 1550 y 1820 la población se cuadruplicó, sin que la superficie cultivada aumentase apenas un 39 por ciento. Ello indica una productividad agrícola en abultamiento constante, capaz de alimentar una población muy superior y en desarrollo con una explotación más intensiva de la tierra (1992: 162). Los niveles de vida en esta Inglaterra habrían de ser menos inestables a causa del grano disponible, que en las economías pre-industriales con bajos rendimientos por unidad de superficie (1992: 163).

Igualmente, una economía de altos rendimientos estaría en mejores condiciones de enfrentar las consecuencias destructivas de lo incierto.

5.6. Rendimientos marginales decrecientes

Los clásicos creían que los rendimientos del trabajo en la agricultura tendían a un descenso permanente. Por ejemplo, pensemos que 10 hombres cultivan un terreno de 10 acres (4, 04 ha.) y que producen 1.000 bushels de trigo; por ende, cada uno genera 100 bushels (1992: 163). Sin embargo, el undécimo suscitará 10 bushels menos que la media, esto es, apenas 90; el duodécimo añadirá 80 bushels y el hombre número 16 sólo 40 (1992: 164).

Empero, es factible establecer un caso en que la producción neta se eleve, aun cuando la producción bruta se mantenga constante (incluso, puede concebirse que también ascienda). Para cualquier cereal tiene que suponerse que hay que generar primero, antes que cualquier otro objetivo, una cantidad fija destinada a simiente y forraje (1992: 166). Mientras el incremento de la producción que se consigue con la incorporación de un hombre adicional supere la productividad neta y media preexistente, su presencia aumentará la producción neta per cápita. El retiro de un hombre elevará la producción neta, si su presencia aporta menos que la productividad de los restantes trabajadores.

Lo anterior es adecuado para reflexionar acerca de lo que pudo suceder en los siglos XIV y XV, momentos en los que en buena parte de Europa la población se contrajo. Con estos datos es fácil deducir que la producción bruta descendió. Se conoce que la población disminuyó a un ritmo menor, de modo que se podría inferir que los hombres no fueron tan afectados. Pero la ausencia de mano de obra equivale a un retiro de fuerza de trabajo que no eleva la productividad, sino que acentúa la caída de la producción neta. En este caso se da una productividad marginal del trabajo perdido, mayor que la fuerza laboral en funciones. Es decir, al pasar de 14 a 8 hombres que se atarean en un terreno de 100 acres (40, 5 ha.), la producción bruta por individuo puede crecer un 8 % pero la producción neta caería un 17 por ciento (1992: 167). De ahí que las poblaciones en retroceso se asocien a cosechas en declive, aunque las cifras brutas aumenten. Por otro

lado, las densidades de población menores pueden no significar una producción más elevada por individuo (1992: nota 41 de p. 167). En tales circunstancias, los días/hombre trabajados son exiguos y por lo tanto, la producción bruta y neta merma (loc. cit.). Se experimenta entonces, una mortalidad elevada, una nupcialidad estrecha o ambas, y la población no se recupera.

5.7. Conclusión

Acentuamos lo útil que resulta diferenciar entre producción bruta y neta para tratar los vínculos entre precio y cosecha, la variabilidad de los precios, las repercusiones de las buenas y malas cosechas, los rendimientos por unidad de superficie, los rendimientos al incrementar o disminuir la aportación de trabajo, entre otros aspectos (1992: 168). Pero a pesar de todos los matices, reservas, objeciones a los nexos demasiado mecanicistas, etc., en las economías pre-industriales y hasta bien entrado el siglo XIX, el volumen de las cosechas y los remanentes eran esenciales para los destinos de la agricultura y del resto de las esferas generadoras de riqueza. Afectaban el precio de los alimentos y la demanda de los bienes.

5.8. Observaciones a la Primera Parte

Wrigley es malthusiano en lo demográfico, marginalista en las explicaciones de la formación de los precios y de la distribución de la renta, y en lo historiográfico se revela como un historiador económico, aunque sin caer en el extremo de la econometría.

Respecto a su abierta toma de partido por Malthus (en 1992: 310 sostiene enfáticamente que el británico en escena "...(*fue*) *el más grande* ... (*en*) *temas de*

población...”), hay que apuntar que el inglés en liza no fue cuestionado, f. e., por Marx, a causa de no ser plenamente comprendido, sino en virtud de que sus observaciones acerca de los nexos entre producción de alimentos y demografía lo empujaban a un darwinismo social sin contrapeso (ese darvinismo también puede constatarse cuando iguala colectivos etnográficos con grupos de insectos, peces, aves, etc. –1992: 359/361). Los pobres eran tales por no saber controlar la natalidad (Wrigley asume semejante criterio sin percatarse de la ideología que actúa en esa postura –1992: 311, nota 30 de p. 311, 313, 324, 326, 360/361). En consecuencia, tenían que afrontar la muerte, propia o la de sus hijos, como un justo castigo y un “precio” que les cobraba el mercado o la naturaleza por la irresponsabilidad de traer más bocas al mundo de los que asientos hay en la “mesa” de la vida. Esta forma desembozada de enunciar que los pobres, indigentes, obreros, es decir, los grupos subalternos, deben resignarse a ser “seleccionados” para morir según el “dictum” del mercado o la naturaleza, es un parecer que Wrigley comparte (1992: 324, 326, 360-361). En efecto, de acuerdo a la biología de poblaciones se reveló que una de las funciones del ordenamiento jerárquico en las sociedades animales, es la determinación de los que habrán de fenecer primero en situaciones de escasez de alimentos, resguardando a los más aptos. El autor glosado cree que el mercado puede realizar un papel similar en una economía monetarizada (1992: 151). La ceguera ideológica es tan notable en este fragmento, que ni siquiera le produce un horror “recatado” el tono asombroso de lo dicho.

Pero esa perspectiva respecto a los más desfavorecidos no es casual; antes bien asoma bastante sintomática, dado que no se inquieta al formular que la fuerza de trabajo debe estar confinada al consumo de lo indispensable para vivir como tal animal de carga (1992: 142). Si en el lenguaje aceptamos que el humano es animal porque trabaja y es obligado a comer igual que uno, acaba por ser consecuente con ello que se visualice un destino de “matadero” para ambos (1992: 150).

En cuanto a su posición marginalista en Economía, es sabido que junto con el monetarismo del fallecido Milton Friedman, es la rama conservadora del liberalismo. Esta vertiente ideológica no sólo es reacia al pensamiento de Marx, al que considera completamente desacreditado y cuestionable cada dos palabras, sino que ha *fabulado* un Adam Smith adecuado a su liberalismo acrítico.

Chomsky, quien investigó el pensamiento de los economistas clásicos que se enlazan con una tradición libertaria o al menos reticente a un desarrollo capitalista sin barreras, indica que los economistas posteriores a Mill "construyeron" un Smith y un David Ricardo que nada tienen que ver con lo que escribieron. Nunca faltan quienes los elogian como los máximos exponentes del libre mercado, del juego incondicionado de la oferta y la demanda, de la expansión de la empresa sin limitaciones, del comercio irrestricto, etc. Sin embargo, aquéllos autores no presentan únicamente una versión del capitalismo; por el contrario, habría como mínimo dos capitalismos. El que los economistas posteriores dicen que Smith y Ricardo defienden, pero que en realidad no apoyan por implicar una distribución desigual de la riqueza, una violencia no regulada del mercado contra los menos favorecidos, un cuasi/autoritarismo en la dinámica de la empresa privada, el embrutecimiento que suscita la división del trabajo, etc. Y el que tales pensadores originales creen posible, si se impide que el capital opere como un dios en el mundo: un capitalismo con cierta armonía en los nexos entre las clases, que proteja a los más pobres, que eluda los inconvenientes de una división extrema del trabajo, etc. (Chomsky 1997: 28-31, 36/37, 132-133).

Por otra parte, Wrigley no reconoce en sí el accionar de lo no pensado que caracteriza a toda ideología y acusa a otros de enredarse en tentaciones ideologizantes: en la época de Tudor había quienes se quejaban de que las ovejas se comieran a los hombres; sentencia que éstos eran planfetistas (1992: 111), *id est*, "activistas" políticos.

Dadas la toma de partido de Wrigley por la teoría neoclásica, marginalista y ultraliberal, y la "reconstrucción" de un Smith sesgado, que no se compadece con una perspectiva menos desequilibrada por las interferencias ideológicas, son "naturales" las objeciones efectuadas contra Marx. Lo digno de mención es que a lo largo de todo el libro sólo son citados los vols. I y II de *El capital*, sin incluirse el III y otras obras que hubiesen amortiguado las aseveraciones (f. i., los tres tomos de los *Grundrisse* y de las *Teorías sobre la plusvalía*).

Aunque no podemos extendernos en la oportunidad, cabe advertir que Marx no consideraba que la ganancia del capitalista y el salario del obrero eran simplemente una forma de renta. Describir así la distribución de la riqueza equivale no sólo a creer que tanto el capitalista como el asalariado reciben distintas "clases" de paga, sino perder de vista el proceso de sometimiento y de extracción de plusvalía.

En lo que cabe al ascenso lento, sinuoso pero sostenido de la "renta" de las clases que constituyen la fuerza de trabajo en el capitalismo, es probable que ése haya sido el caso para los primeros siglos de vida del nuevo sistema de economía y sociedad (sin embargo, ver p. 93). No obstante, mucho antes de que la sociedad civil a través de cruentas revoluciones, haya logrado el voto masculino, las distintas formas de Estado intentaron constantemente deprimir los salarios, manteniéndolos en un nivel mucho menor del que podían haber crecido sin las políticas agresivas contra los habitantes (cf. p. 94): la exacción de impuestos, la depreciación crónica de la moneda, el confinamiento de hecho de la fuerza laboral en una localidad determinada, los precios en alza, una gran cantidad de mano de obra con una paga por debajo de lo necesario para reproducirse en tanto que tal, etc. En la actualidad, y al contrario de lo que piensa Wrigley y de lo que los mass/media nos inducen a considerar, esas viejas estrategias de violencia de mercado contra la sociedad civil no desaparecieron, sino que se sofisticaron.

Pero aparte de lo anterior, la cantidad de salario cobrada no tiene importancia *sistémica* dado que el obrero es *pobre* aun con una paga excelente, en virtud de no poder consumir toda la riqueza que genera. El salario reduce siempre el poder adquisitivo a una fracción mínima del tesoro disponible y en circulación, a pesar de que pueda ser tan elevado que permita cierto ahorro y el acceso a determinados beneficios (vacaciones, etc.) que el común de los proletarios no disfrutan.

En lo que hace a la afirmación de que Marx hacía depender el crecimiento de la población exclusivamente de condiciones económicas, sencillamente hay que negarla. Segundo, jamás postuló que el matrimonio era una "desventaja" para la clase obrera en razón de que pudiera empobrecerla. Objetó el matrimonio junto con Engels, en tanto se encuadraba en una forma de familia y de lazos de parentesco que no evaluaban libertarios.

Tercero, el desfasaje entre el incremento demográfico y el ritmo de expansión del capital muestra que el capitalismo es un modo de producción irracional que tiene necesidad de un ejército de parados y que por ende, no puede integrar un porcentaje elevado de la población desocupada, semiocupada o subocupada en el trabajo necesario -cf. Chomsky 1997: 135. Cuarto, el estudio de Inglaterra tiene el carácter de la descripción de una "media ideal" en la que se exponen los rasgos fundamentales del capitalismo como forma de generar riqueza, caracteres que no desaparecieron ni siquiera en la llamada sociedad opulenta o post/industrial (Galbraith 1995).

Respecto a que Marx no estudió el contexto de las invenciones técnicas, es dable puntuar que si bien señaló algunos hilos generales, no era su tema de investigación. Aunque sea trivial, tiene sentido enunciar que de igual modo se lo podría haber acusado de no desarrollar la teoría del inconsciente, la matemática fractal, la física del caos, etc.

A fin de concluir esta Primera Parte, es factible sugerir que a partir de algunos "cabos sueltos" que Wrigley deja en el curso del texto, existen fases históricas que se

corresponden con el tipo de fuente dominante de energía. De lo que se infiere que desde el descubrimiento del fuego hasta el siglo XVIII, fue hegemónica, primero, la madera, y luego, el carbón vegetal. Después siguieron el carbón mineral, el gas, el petróleo, la electricidad y la fisión nuclear. Empero, todas las fuentes energéticas posteriores son descubiertas y explotadas en el capitalismo. Dadas así las cosas, tal vez una sociedad emancipatoria sea la que diversifique las energías “limpias” y renovables (solar, eólica, combustión de hidrógeno, etc.).

SECCIÓN II

LOS VAIVENES DEL CRECIMIENTO URBANO

"[…*Todo*] *es guerras en el mundo; los crímenes son innumerables* [… *Las ciudades*] *comarcanas, rotos los pactos, hacen armas unas contra otras; por todo el orbe derrama sus furores el impío Marte* […]"

Virgilio

"[… *Existen*] *trabajadores* […] *asalariados que son propietarios, no sólo de su vivienda, sino también de un huerto o un campo* […]"

Friedrich Engels

Segunda Parte: Crecimiento urbano[1]

6. Un modelo sencillo de la importancia de Londres en la sociedad y la economía inglesas de la transición, 1650/1750

En el siglo XVII, sólo París y Londres eran las ciudades más populosas de Europa (1992: 189, 220). Hacia mediados del siglo XVIII, la ciudad que les seguía en el grado comparativo de concentración demográfica era Amsterdam en Holanda (1992: 190).

A fines del siglo XVI, Londres tenía aproximadamente 200.000 habitantes; en 1650, 400.000; 675.000 en 1750 y 900.000 en 1800 (1992: 189). El rápido crecimiento de la capital inglesa es muy llamativo y con seguridad se vincula con los rasgos que distinguían a Gran Bretaña de otras regiones europeas, antes de la Revolución Industrial (1992: 190, 220).

6.1. La demografía de Londres

Los datos que pueden darse por seguro para Londres son:

a- la ciudad creció hasta 275.000 almas en el período considerado;

---

[1] Las atormentadas palabras del poeta, son ecos de Virgilio (1966 c) "*Libro I*", inserto en (1966 b) "*Geórgicas*", que se halla en Virgilio y Horacio (1966 a) *Obras poéticas*. Vol. IV de la Colección *Clásicos Jackson*, México: W. M. Jackson, p. 39. Demuestra que el genial artista detentaba una lucidez superior a la de Wrigley, toda vez que se percataba que lo que estaba en juego, eran luchas sociales y peleas entre clases antagónicas.

La segunda cita es de Engels, Friedrich (1971 c) "*Contribución al problema de la vivienda*", en (1971 a) *La guerra campesina y otros escritos*. Buenos Aires: Claridad, p. 115. Es ilustrativa para demostrar que la cuestión con las clases oprimidas no pasa por si carecen o no de propiedades, que las pueden tener, sino por si las clases dominantes se quedan con el excedente que gestan los que cumplen el papel de fuerza de trabajo, sin acceso a los *medios de producción fundamentales*.

b- es probable que haya aumentado 2.750 individuos por año;

c- la tasa de mortalidad fue mayor que la de natalidad (1992: 191);

d- posiblemente, había un superávit de muertes (1992: 193);

e- la tasa de mortalidad era considerable entre los recién nacidos y en los niños pequeños (loc. cit.);

f- la tasa de mortalidad de los niños y jóvenes era más elevada en Londres que en el resto de Inglaterra (1992: 195);

g- por cada año transcurrido, existía un déficit de nacimientos de 5.000 (1992: 192);

h- a los fines de compensar esa baja y conservar una tasa de 2.750 anual, la inmigración a Londres tiene que haber rondado las 8.000 personas;

i- por ello, una sexta parte de la población adulta total de Inglaterra (es decir, uno de cada seis habitantes) tuvo en algún momento la experiencia de vivir en la gran ciudad (1992: 195);

j- en virtud de que son los jóvenes y solteros quienes son más propensos a migrar, y a causa de que una vez contraído matrimonio la movilidad se anulaba, quizá la edad de inmigración haya sido 20 años (1992: 192);

k- como el traslado no se efectuaba sino hasta esa edad, en toda Inglaterra tiene que haber habido 12.000 nacimientos anuales para conservar la población local y una tasa constante de emigración hacia Londres (1992: 193);

l- la cantidad de habitantes capaz de sostener 12.000 nacimientos anuales es de unos 5 millones sin incluir a la capital inglesa;

m- las mujeres contraían su primer matrimonio en una edad promedio tardía;

n- se practicaban estrategias para la limitación de la natalidad;

o- por ende, si bien la población aumentaba lo hacía con esfuerzo;

p- en contraste con el siglo anterior, el crecimiento demográfico no frustró el lento ascenso de las rentas (1992: 194).

6.2. Algunas características de la vida en la capital

A los fines de mostrar el contraste entre el Londres de la época con las ciudades típicas, recurriremos a las descripciones, efectuadas por el historiador G. Sjoberg, de las ciudades pre/industriales de distintos lugares del mundo (Asia, la Antigua Mesopotamia, el Cercano Oriente, las culturas clásicas del Mediterráneo y de la Edad Media europea - 1992: 198).

La gran ciudad pre/industrial recibe su empuje de la élite, que induce al campesinado a incrementar su producción y renunciar parte de su cosecha a favor de la comunidad. Debió tener un gran poder de persuasión para que muchas personas que estaban al borde del hambre, cedieran alimentos o artículos que eran capaces de consumir ellos mismos.

Los comerciantes se encuentran excluidos de las elites por cuanto, al estar en contacto con personas de desiguales posiciones y de múltiples visiones del mundo, pueden ser una amenaza para el *statu quo* (1992: 198-199).

Las transacciones, por triviales que sean, se concluyen tras largo regateo. Hay poca especialización en la producción artesanal (1992: 199).

Los hombres son indiferentes al reloj y sólo de vez en cuando están atentos al paso del tiempo.

La familia extensa era el tipo de familia dominante, más en la élite que en las clases bajas. El matrimonio se realiza pronto y antes de él, el hombre no alcanza la plena condición de adulto.

Ahora bien, todos los anteriores rasgos ya estaban suprimidos en la Londres del siglo XVII. Por ejemplo, con el casamiento, hombre y mujer creaban otra familia; casi nunca las mujeres contraían matrimonio en la pubertad (1992: 200). Obviamente, los comerciantes

no estaban excluidos de las elites; más aun, los nuevos ricos no estaban ni siquiera vinculados con el campo (1992: 200/201).

En otro orden de cuestiones, que al menos uno de cada seis adultos haya conocido alguna vez la gran ciudad tiene que haber actuado como un disolvente de la Inglaterra campestre: progresivamente, una fracción de la población significativa se encuentra expuesta a un modo de vida no tradicional (1992: 196).

Tal vez, Londres estimuló cierta educación dentro de un espectro social más amplio de lo que era previsible; hacia 1839 había pocos hombres y mujeres que no supieran firmar al casarse (1992: 197).

Londres no estaba dominada por su entorno rural, como en el caso de ciudades de tamaño medio (Leicester, Derby). Los parientes cercanos tenían distintos lugares de residencia; había más inquilinos, sirvientes, aprendices, etc. en proporciones diversas según la zona (1992: 196). Hay una tendencia a preferir el ocio, como imitación de las clases dominantes, que a lograr ingresos elevados a través del trabajo (1992: 197).

Las familias ricas se concentraban en el centro, disminuyendo su número hacia la periferia (1992: 198).

La tienda, que se vuelve una característica normal a partir de la segunda mitad del siglo XVII, vendía azúcar, té y tabaco en calidad de artículos de gran consumo (1992: 197).

6.3. Londres como un motor del cambio económico

Para plantear el problema en términos concretos, supongamos que:

a- en 1650 la población de Londres era de 400.000, que la cantidad de habitantes del resto del país era de 5.100.000 y que fuera de la capital, la proporción de brazos dedicados al campo era del 60 % (1992: 202);

b- 3.060.000 personas dependían de la agricultura (1992: 203);

c- un promedio de 100 familias de cultivadores alimentaban a 80 familias que se ganaban la vida de otra forma;

d- si en 1750 la población de Londres era de 675.000 y la del resto de la nación era de 6.140.000, y si la cantidad de personas dedicadas a lo agrícola continuó en la misma proporción, 3.279.000 laboraban el campo. 100 familias de cultivadores mantendrían ahora a otras 87 familias;

e- la productividad en el campo se elevó de forma constante hasta llegar a un 10 por ciento ó 13 % (1992: 203/204);

f- hubo un fuerte incremento del ganado ovino (1992: 203);

g- el vacuno permaneció estacionario;

h- las exportaciones de grano pasaron del 1 por ciento, en 1700, al 6 %, en 1750;

i- el precio de los alimentos disminuyó y el poder de compra pudo diversificarse hacia valores de uso del sector secundario (1992: 204);

j- cierta proporción de habitantes podía dedicarse a los sectores secundario y terciario (en especial, el del transporte de alimentos –carreteros, mozos de cuadra, proveedores de grano, etc.- 1992: 204/205).

Cierto que no es viable afirmar que la mayor eficacia en la agricultura se debiera a Londres, pero la demanda creciente de alimentos sí provocó cambios en los métodos de explotación, en la organización comercial del mercado de alimentos, en su transporte, etc. (1992: 205).

Las necesidades acrecidas de combustible también contribuyeron a promover cambios económicos y tecnológicos. Por ejemplo, en 1750 unos 3.500 hombres se dedicaban a extraer carbón para Londres (1992: 207). Unos 10.000 individuos eran carboneros en los barcos; a ello hay que sumarle fleteros, carreteros, descargadores, etc. En total, la cantidad de empleados en el comercio del carbón a Londres quizá ronde entre los 8.000, en 1650, y entre 15.000, en 1750; si contamos las familias, el número de personas dependientes es de 25.000 y 50.000 respectivamente.

En virtud de que en Londres todos los salarios eran elevados, los que invertían en trabajo buscaban la oferta en las zonas rurales y en otras localidades citadinas; pero esto traía un incremento de la actividad económica (1992: 208).

El mercado de la gran ciudad era tan diversificado que sostenía múltiples actividades: relojes, jabón, vidrio, muebles, ebanistería, tejidos de seda, cerveza y ginebra, ciertas industrias de lujo, etc. (1992: 210). Empero, de todo lo dicho se infiere que el principal fundamento económico de Londres había sido su comercio más que su industria: hacia 1700, una cuarta parte de los habitantes de la ciudad dependía de los trabajos desarrollados en el puerto.

Los comerciantes compraban tierras y con ello aceleraban las transformaciones en el campo. Acumulaban divisas y podían financiar los cambios agrícolas e industriales que ya se avecinaban. Sin embargo, la importancia de Londres no radica en esta clase de influencias indirectas, muy mediatizadas, sino en que su impresionante crecimiento la hizo una poderosa fuerza económica para ella misma. Pero es cierto que las elevadas exigencias de alimentos y combustible de la gran ciudad no podían ser satisfechas con los viejos métodos; los nuevos, produjeron efectos sustanciales en la productividad, gestando la base para una actividad económica de otra naturaleza (1992: 211).

6.4. Un modelo de cambio

Aunque no haya sido el único factor o el más decisivo, el crecimiento de Londres tuvo una importancia estratégica en la transición hacia un nuevo sistema económico (1992: 212). F. e., tener en cuenta ese “detalle” puede ayudar a responder la pregunta de si la Inglaterra de 1750 estaba en una posición mejorada en comparación con otras zonas del Imperio, que pueda explicar por qué la Revolución Industrial ocurrió según conocemos.

Aparte del crecimiento londinense, hubo mejoras sustanciales en la ganadería, lo que llevó a una mayor productividad agrícola y a una baja secular en el precio de los granos. A su vez, ello redundó en un mayor poder adquisitivo de los salarios. Sin duda, la necesidad de alimentar a Londres creaba las condiciones de un mercado más o menos unificado que estimuló el cambio agrícola (1992: 213).

En busca de un modelo complejo acerca de las causas del proceso industrializador, efectuaremos una “lista” de los que parecen ser las modificaciones más importantes.

6.4.1. Los cambios económicos

a- La constitución lenta, sinuosa, de un mercado nacional único o de mercados regionales para un vasto grupo de bienes y servicios, contribuyó a que puedan desplegarse la división del trabajo y las economías de gran escala.

b- La mayor productividad en el campo ocasionó que cierta proporción de fuerza laboral pudiera dedicarse a actividades de los sectores secundarios y terciarios, estimulando el crecimiento. Asimismo, el excedente agrícola contribuía a elevar los ingresos de la balanza comercial a través de las exportaciones (1992: 214, 221).

c- El desarrollo de nuevas fuentes de energía y de tecnología más eficiente.

d- El establecimiento del Banco de Inglaterra, supuso que emergieran una gran variedad de métodos comerciales y financieros que estimularon las fuerzas latentes de la economía.

e- La red de transporte incidía en las alteraciones descritas en a), disminuía el tiempo de circulación, la cantidad de capital inmovilizado en las mercancías trasladadas y posibilitaba una independencia respecto a las estaciones.

f- El crecimiento del poder adquisitivo impulsó la demanda efectiva en general y el consumo de productos industriales, lo que está muy vinculado con lo esbozado en el ítem b (1992: 214, 221).

6.4.2. Cambios demográficos

g- En las economías pre/industriales hubo con mucha frecuencia sustanciales mejoras, pero el ritmo demográfico fue malthusiano y el exceso de habitantes acabó por devorar los frutos del crecimiento (1992: 214, 221). Puesto que ello no aconteció en el siglo de la Revolución, cabe esperar que la interrelación entre fecundidad, mortalidad y nupcialidad fue tal que la población no se elevó de forma demasiado rápida, al menos hasta que las rentas *per cápita* pudieron sostener su tendencia al alza (1992: 215).

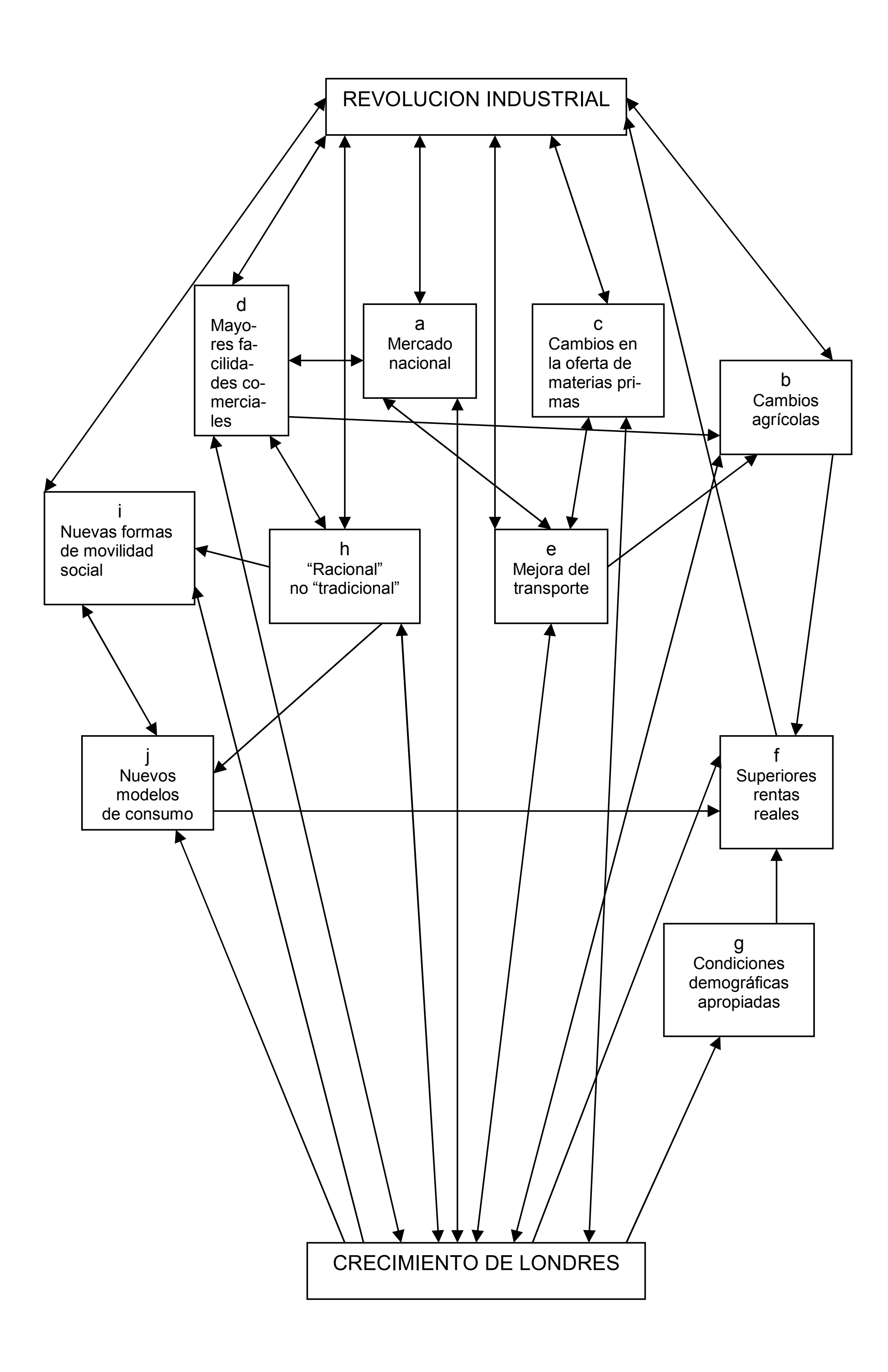
6.4.3. Cambios sociológicos

h- La difusión constante de orientaciones “racionales”, “modernas”.

i- La aparición de nuevos grupos que no aceptaron las mismas prioridades que los sectores tradicionales, ni utilizaron su riqueza de igual manera que los estratos altos antiguos.

j- La generalización de los nuevos estilos, gustos, patrones de consumo, etc. en los grupos inferiores. Esta situación es a tal punto general, que bien puede sostenerse que hay un conjunto no minoritario de trabajadores industriales que mantienen sus familias, y no sufren menoscabo alguno en sus derechos civiles a causa de una pobreza que no los lacera (1992: cf. nota 65, p. 216).

Los nexos entre el crecimiento de Londres, los factores detallados y la Revolución Industrial pueden graficarse en un diagrama que permite visualizar el *feedback* positivo entre ellos:


REVOLUCION INDUSTRIAL
d
Mayo-
res fa-
cilida-
des co-
mercia-
les
a
Mercado
nacional
c
Cambios en
la oferta de
materias pri-
mas
b
Cambios
agrícolas
i
Nuevas formas
de movilidad
social
h
“Racional”
no “tradicional”
e
Mejora del
transporte
j
Nuevos
modelos
de consumo
f
Superiores
rentas
reales
g
Condiciones
demográficas
apropiadas
CRECIMIENTO DE LONDRES

Tal cual lo manifiesta el esquema, en algunos casos el crecimiento fue viable por una retroalimentación bidireccional (vg., el desarrollo de Londres no podría haber avanzado tanto si el campo y el transporte no se hubieran transformado a tono). En otros, no hay un nexo de ida y vuelta entre las alteraciones acaecidas en Londres y otros procesos: el crecimiento de la capital disminuyó el ritmo de incremento en el resto de la población inglesa, pero ese menor aumento no incidió en la gran urbe (1992: 216). En cuanto al universo probable de sucesos no se aventuró conexión alguna, a fin de evitar lo especulativo y para aguardar los resultados de las monografías específicas. Ésa es la situación en relación con el progresivo abultamiento de las rentas, en especial, de los salarios obreros, y las mejoras en el transporte (1992: 218). La ausencia de "líneas" que operen a modo de "conectores" delata la simple ignorancia y el escaso margen para arribar a juicios fundamentados (1992: 219). Por último, las "flechas" en un solo sentido no descartan la bidireccionalidad, pero el estado de nuestros conocimientos históricos no permite aventurar hipótesis con cierto grado de verosimilitud (1992: 218): es más que posible que entre las nuevas formas de promoción y los distintas clases de praxis "racional" haya interacción biunívoca; sin embargo, sólo resulta comprobable en los documentos el impacto abocetado con una "flecha" (como siempre, es metodológicamente recomendable esquivar los juicios subjetivos, los presupuestos no explicitados ni "falsables", etc. –1992: 219).

Empero lo afirmado hasta aquí, todavía queda por explicar a raíz de qué, entre los elementos del diagrama, se produjo un feedback positivo. En efecto, en los siglos XVI y XVII, etapa de manifiesto progreso, las relaciones típicas entre las variables fue de retroinfluencia negativa: la mayor cantidad de habitantes saturó el mercado laboral, hizo subir los precios, redujo los salarios y aumentó las barreras de la producción industrial (1992: 219/220).

7. Crecimiento urbano y cambio agrícola: Inglaterra y el continente a principios de la Edad Moderna

Hemos afirmado que, con rentas reales en ascenso, la demanda de productos de los sectores secundario y terciario crecieron más deprisa que la de bienes del sector primario, ocasionando que el número de obreros de aquellas esferas se incrementaran más que los dedicados al campo. Es probable que esto se haya visto en una forma acentuada en las ciudades: su desarrollo aumentó la inversión y la especialización agrícolas, conservando el nivel de las rentas reales (1992: 221, 222, 264-265).

Por otro lado, si muchos trabajadores podían insertarse en sectores no primarios ello significaba que la productividad agrícola se había incrementado sustancialmente. De otra manera, una baja productividad se corresponde con excedentes escasos que, luego de cubrir las necesidades del sector, apenas pueden sostener a poblaciones urbanas mínimas (1992: 222). Por ende, el desarrollo de una ciudad como Londres indica la magnitud de los cambios que se incubaban.

7.1. El ritmo del crecimiento urbano en Inglaterra

En rigor, puede sentenciarse que hasta 1851 no existen datos demográficos confiables en Gran Bretaña. Los cuadros que se refieren a las principales ciudades inglesas guardan importantes márgenes de incertidumbre (1992: 222, nota aclaratoria del cuadro 7.2 de p. 226): entre otros aspectos, las estimaciones pueden referirse a fechas alejadas una docena de años o más de la fecha indicada (1992: nota aclaratoria al cuadro 7.1 de p. 225). Por añadidura, el límite de 5.000 personas para aplicar el concepto de "urbano" a una localidad puede resultar arbitrario, puesto que estudios más puntuales

quizá revelen que la cantidad de individuos deba ser bastante menor (1992: 223). Además, no sólo hay que tener en mente la cantidad de habitantes, sino también el porcentaje de los que se dedican a la agricultura: bien puede acontecer que una localidad supere incluso la base contemplada, pero que todavía conserve sus rasgos pre/industriales, *id est*, una participación marcada de sus trabajadores en el sector primario. Sin estos matices, corremos el riesgo de confundir crecimiento demográfico con proceso de urbanización.

Otro error puede consistir en evaluar que la población urbana se incrementó casi el doble en la mayoría de los centros, cuando lo único que sucedió fue que la población citadina se elevó porque aparecieron nuevas ciudades y no a causa de un crecimiento de las urbes ya existentes (1992: 227). O bien, que el crecimiento de Londres f. i., no se debió a un incremento inducido por las rentas elevadas, sino porque la pobreza rural impulsó una migración de subsistencia (1992: 233).

Según el índice de Phelps Brown y Hopkins (PBH), los salarios reales cayeron casi un 40 por ciento entre 1520 y 1600 (1992: 227). Aunque el cálculo PBH exagera el retroceso de las rentas (1992: nota 6 de p. 227), su constatación introduce un problema: un poder adquisitivo en caída tuvo que actuar como freno al crecimiento urbano y redujo el porcentaje de obreros ocupados en los sectores no primarios. No obstante, por los datos disponibles que apuntan a un abultamiento demográfico innegable, no logró desequilibrar el vacilante crecimiento en escena.

El índice Bowden es más prudente: abarca desde 1460 hasta 1649. A poco de 1460, la erosión de los salarios agrícolas es del 20 %, estabilizándose el deterioro hacia 1520-1530. En la década de 1590 la pérdida fue de entre el 35 y el 40 por ciento y no muestra un cambio decisivo hasta que la serie termina (1992: nota 7 de p. 228).

Por último, existen pruebas que localidades de apenas 2.000 personas podían considerarse ciudades, dado que la fracción de obreros orientados a la agricultura era

ínfima. Si esto es así, puede darse el caso de que pequeñas ciudades acabaron por crecer más que los centros provinciales. En consecuencia, el empuje demográfico sería mayor y más universal con un límite de 2.000 que con uno de 5.000 (1992: nota 3 de p. 223).

De acuerdo a los datos que ponderamos confiables, el panorama en el siglo XVI parece haber sido el siguiente:

a- Londres fue sin duda, la ciudad que se destacó por su impresionante crecimiento;

b- aun cuando había alrededor de 22 (veintidós) ciudades que alcanzaron o superaron los 5.000 habitantes, todas crecieron de manera moderada;

c- la mayoría de las capitales se desarrollaron menos que el conjunto de la población nacional;

d- sin embargo, el crecimiento del *conjunto* de las ciudades con 5.000 o más individuos es elevado;

e- de la lista inicial de ciudades con 5.000 individuos, sólo Newcastle incrementó su participación nacional y es probable que ello se deba a que el comercio de carbón por la costa este, intensificado por el despegue de Londres, haya llevado prosperidad allí.

En el siglo XVII, el cuadro fue:

a- la población total creció menos y disminuyó un poco en las postrimerías;

b- el desarrollo urbano fue más acentuado;

c- según el índice PHB, los salarios reales llegaron a la sima hacia comienzos de siglo y se abultaron al final;

d- Londres continuó dominando puesto que se había convertido en la mayor urbe de Europa;

e- no obstante, ya no destacó tanto por su ritmo a causa de que otras ciudades se desarrollaron (1992: 228) (otras tres ciudades acompañaron a Londres: Manchester, Liverpool y Birmingham –1992: 229). Este fenómeno fue más acentuado en el siglo XVIII que en el siglo XVII;

f- la mayoría de las ciudades tuvieron un despegue considerable, en especial, los centros urbanos menores;

g- varias capitales sumaron entre el 50 y el 100 por ciento su propia población;

h- localidades que nunca antes se habían destacado, emergieron, lo cual revela la época que se avecinaba (1992: 229);

i- empero, el crecimiento estuvo mal distribuido.

En el siglo XVIII, la situación era:

a- muchas ciudades fueron sede de las nuevas industrias; otras reflejaban cambios en las costumbres y formas de consumo;

b- las urbes con muelles y puertos también despegaron (1992: 229/230);

c- el crecimiento de los salarios reales cesó antes de mediados del siglo XVIII, se detuvo hacia 1780 y retrocedió por tres décadas;

d- empero, esta situación afectó a las ciudades que todavía conservaban patrones pre/industriales, y no a las urbes que pudieron sortear los nexos deterministas entre rentas y crecimiento citadino;

e- los nuevos rasgos de la economía insular dieron impulso a las ciudades más consustanciadas con ella;

f- sin exagerar la importancia de los mercados internacionales, la demanda externa representaba una fracción sustancial de la demanda global de varias industrias;

g- las mejoras del transporte elevaron la magnitud del comercio interior (1992: 230).

En resumen, desde el siglo XVI y hasta mediados del siglo XVIII el modelo de desarrollo urbano fue el afincado en las relaciones entre renta y crecimiento (1992: 231). Sin embargo, en todo el período la proporción de las actividades modernas “típicas” (funciones de mercado, portuarios, industriales, de servicios administrativos y profesionales) se modificó y complejizó. En el extremo opuesto, las cuatro ciudades que eran los centros manufactureros importantes desplegaron sus potenciales más deprisa que otras urbes. Su ritmo fue tan agitado que en los 50 (cincuenta) últimos años la cantidad de habitantes de los centros aludidos, se cuadruplicó. Los puertos existentes despegaron con velocidad en aumento hasta la segunda mitad del siglo XVIII. Aunque Londres fue la mayor ciudad, no alcanzó la media del país (1992: 233).

Una advertencia final: a pesar de que es una hipótesis útil, no hay que incurrir en el simplismo de creer que los vínculos entre renta y crecimiento sean suficientes para explicar el intrincado fenómeno citadino de la Edad Moderna.

7.2. Crecimiento urbano y agricultura

A causa de los datos imprecisos que poseemos del ayer, la productividad agrícola es muy difícil de calcular de forma directa. A los fines de evaluarla, plantearemos asunciones previas que consistirán en afirmar que el consumo de alimentos *per cápita* no varió entre 1520 y 1820. Durante ese lapso, Inglaterra no fue ni importador ni exportador neto de alimentos (1992: 234). El primer supuesto es discutible y el segundo es incorrecto para el siglo XVIII. En las primeras décadas, la isla fue exportadora neta de grano y en sus postrimerías, importantes cantidades de carne y grano se introducían desde Irlanda.

En 1520, el porcentaje de habitantes que vivía en ciudades era del 5, 25; en 1801, un 27, 5 %. Esto indica un incremento notable de la productividad agrícola. Para calcular cuántas familias eran suficientes para mantener a qué cantidad de otras familias, se tiene

que efectuar (100 x {100 / [100 – 5, 25]}), lo que arroja que para 1520, 100 familias rurales eran capaces de sostener a otras 106 familias. Por idéntico procedimiento, resulta que en 1801, 100 familias alimentan a 138. La diferencia entre 106 y 138 indica que la productividad de 1801 era un 30 por ciento mayor que la de 1520.

Una de las barreras de este tipo de cálculo, es que no puede medir la productividad cuando hay también un retroceso en la proporción de la fuerza laboral dedicada a la agricultura (1992: 235). Y no caben dudas respecto a que tal disminución aconteció: en algunas zonas rurales, el crecimiento de los empleos no agrícolas fue tan significativo como para empequeñecer el de la población atareada en la tierra. Cálculos recientes ponderan que la fuerza de trabajo masculina dedicada a la agricultura era del 22, 3 por ciento en 1700, del 26, 1 % en 1740 y del 13, 7 por ciento en 1811. No obstante, las estimaciones son poco convincentes porque las cifras resultan tan elevadas que, de ser asumidas, habría que considerar una caída muy aguda en las ocupaciones rurales, lo que no es una hipótesis plausible (1992: nota 16 en p. 236). Empero, en casi todas partes los hombres censados como jornaleros, agricultores, granjeros, tendían a descender. Por lo demás, muchos individuos tenían más de una actividad: así, ciertos jornaleros eran también artesanos en las épocas en que el trabajo rural era escaso. De ahí que lo ideal sea escalar las horas laborales según diferentes clases de tareas, y no medir la productividad imaginando a las personas orientadas a un sólo tipo de actividad (1992: 236).

Para 1801 hay que estimar que un 35, 9 % de la población rural se dedicaba a la agricultura, a la pesca y a las actividades forestales. Si suponemos que la población rural abarcaba un 72, 5 por ciento, la primera cifra representa alrededor del 50 % ({35, 9 / [72, 5 x 100]}); esto es, de 100, 72 individuos vivían en el campo y de ellos, 36 se atareaban en el sector primario. Las estimaciones hacia atrás tienen importantes márgenes de error, pero se puede evaluar que en 1520, un 80 por ciento de la población dedicada a la

agricultura no es una cifra extrema. De 100, 72 personas eran habitantes rurales y de ese grupo, 56 laboraban la tierra. En 1670, tenemos el 70 % (34 personas de 72) y en 1700, 66 por ciento (30 individuos de 72). En este caso, la curva de la cantidad de fuerza de trabajo invertida por la sociedad en el sector primario, no es una gráfica con una caída pronunciada (cf. *supra*).

Au fond, hay que dividir a la comunidad en tres grupos: la población dedicada a la agricultura, la urbana y la rural no dependiente de las labores agrícolas (1992: 237). Es probable que la gente orientada hacia la agricultura, entre 1600 y 1750, apenas variara. Pero la población rural dedicada a la agricultura entre 1520 y 1801 ascendió desde un 20 % a un 50 por ciento, es decir, los individuos encargados de labores rurales no agrícolas disminuyeron (loc. cit.). Esto implica a su vez que la cantidad de personas ocupadas en tareas rurales no agrícolas no era tan baja como se suele creer, aun para 1520. Un censo de 1608 en una localidad atípica pero que impugna nuestras imágenes, demuestra que sólo un 46, 2 % de los varones de entre 20 y 60 años se dedicaba a la agricultura, en el contexto de una población rural del 70 por ciento. Es decir de 100, 70 personas habitaban en el campo y de éstos 31 se atareaban en el trabajo de la tierra (ello significa que un 23 % se orientaba hacia tareas campestres no agrícolas, *id est*, 15 individuos de 70 -1992: nota 20 de p. 241).

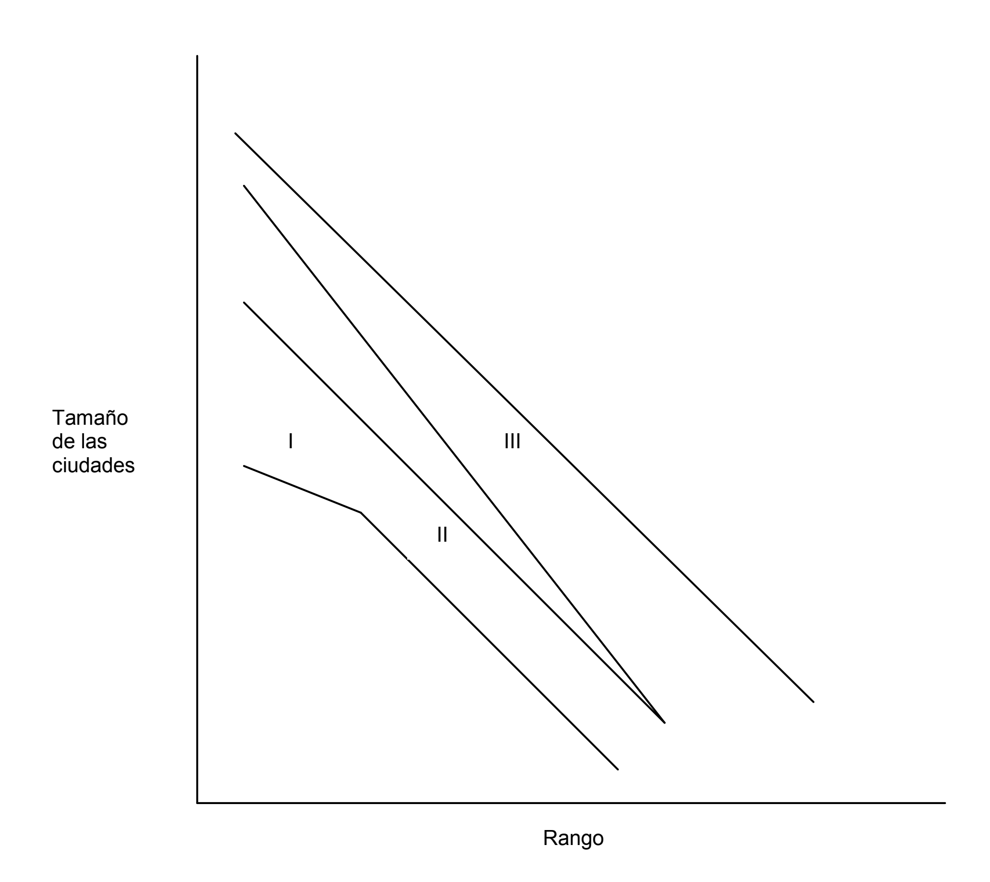
La producción se incrementó en un 80 por ciento en los primeros 90 años del siglo XVIII. Pensando que la fuerza de tarea agrícola creciera en un 13 % a lo largo del siglo, el incremento de la producción por hombre osciló entre un 52 y un 59 por ciento (1992: nota 18 de p. 237). Lo que supone un fuerte incremento de la productividad no sólo para el siglo XVIII, sino para la etapa anterior dado que hay que vislumbrar cierto proceso de desarrollo previo. En realidad, el incremento de la productividad para todo el período, desde 1520 a 1811, se ubica entre el 60 y el 100 % (1992: 241). Creció más rápido en el siglo XVII y comienzos del XVIII, que en el siglo XVI (1992: 242).

Parece haber pocos testimonios, en la Edad Moderna, de una desnutrición generalizada en Inglaterra como para provocar la muerte. Incluso las peores cosechas no provocaron grandes mortandades (1992: 241/242). Sin embargo, es obvio que el consumo de alimentos decrecía cuando los salarios se deterioraban y que se gestaban cambios en la composición de la dieta.

En otro orden de cuestiones, en la Inglaterra de la Edad Moderna el crecimiento de las actividades industriales y del comercio, son testimonios del uso predominantemente productivo que se otorgó a los excedentes abultados del sector agrícola (1992: 243).

7.3. El crecimiento urbano en el continente

Si adoptamos el criterio aconsejado por el demógrafo J. De Vries para clasificar las ciudades, las ordenamos de forma descendente según su tamaño y de acuerdo al supuesto de que el centro urbano siguiente al primero, debe tener la mitad de su población, luego un tercio, etc. (1992: 244-245). Este tipo de jerarquización se corresponde con una gráfica en línea recta en ángulo de 45° respecto a la horizontal (1992: 244). Para el siglo XVI, tenemos una pendiente suave y una pequeña horizontal en las primeras posiciones (1992: 245). Quizá la línea quebrada se debía a que la economía europea estaba muy regionalizada y a que ello impedía la uniformidad de los centros dominantes, en comparación con la parte inferior del segmento (línea tipo I). Luego vino un segundo período (1600/1750) en que la línea-rango se enderezó y se empinó más, dado que hubo un crecimiento global de la población citadina (1992: 245/246). La tercera etapa (1750-1850) se caracteriza por un incremento general, pero las pequeñas urbes se desplegaron más que las grandes. La gráfica así lo demuestra:



A comienzos del siglo XIX Inglaterra estaba muy urbanizada (1992: 246). En contraste, la urbanización en el continente y en el siglo XVII es moderada; en siglo XVIII, retrocede en el norte y oeste de Europa (1992: 247). La población urbana en el continente se abultó a más del doble entre 1600 y 1800; la cantidad de personas creció un 60 por ciento, de forma que el abultamiento de la población citadina fue inducido por el incremento en la población total más que por una elevación de la cantidad de habitantes que vivían en los centros urbanos (1992: 247/249).

Parece que el desarrollo en Europa estuvo limitado a ciudades muy grandes (un 80 % del despegue habría ocurrido en centros de más de 40.000 personas). La mayoría de esas grandes urbes eran capitales o grandes puertos, cuyo despliegue fue estimulado por la complejización de la administración, el ejército y la justicia, tanto en Estados

absolutistas cuanto constitucionales, o por el desarrollo del comercio a larga distancia. Las ciudades más pequeñas se estancaron o perdieron habitantes. Al mismo tiempo, algunas ventajas comenzaban a establecerse en el campo a causa de la protindustria.

7.4. Holanda y Francia

Aunque parezca sorprendente, la Inglaterra del ‘800 espectacularmente urbanizada era un país con menor cantidad de ciudades que Holanda (1992: 251). A comienzos del siglo XVI, muchos holandeses vivían en urbes. En el siglo XVII, los salarios reales alcanzaron su cumbre y la cantidad de habitantes citadinos pasó de 260.000 a 435.000 (un 39 % de la población total se radicaba en las urbes –1992: 252); en la isla, se produjo un movimiento inverso. En el siglo XVIII, los salarios holandeses se contraían y la urbanización se volvía lenta; en Inglaterra, se producía lo contrario (1992: 251).

En otro orden de cuestiones, puede suponerse que la población rural evolucionó de acuerdo a la escala de las rentas: cuando se estabilizaban o retrocedían, la proporción aumentaba a favor del campo. De la misma forma que el proceso de urbanización se dio con ritmos inversos en Holanda e Inglaterra, así también fue la evolución de la demografía rural (1992: 252). Grosso modo, conocemos que en 1849 el 66 por ciento de la población rural se orientaba a la agricultura, en un contexto en que el 44, 1 % de la población total se ocupaba en el campo. Es decir, de 100 individuos, 44 vivían en el campo y de ellos 26 personas se atareaban en el trabajo de la tierra (1992: nota de cuadro 7.8 de p. 254). El 33 por ciento de la población vivía en las ciudades (de 100 habitantes 33 eran urbanos). Con estos datos, pueden extrapolarse las apreciaciones hacia atrás y creer que en el siglo XVI había un 75 % de la población rural dedicada a la agricultura. Si adoptamos el índice para Gran Bretaña (cf. *supra*), de 100, 72 personas vivían en el campo y de ese conjunto,

50 laboraban la tierra. La cifra es más baja que en la isla porque Holanda estaba más urbanizada que Inglaterra.

Si bien para el caso de Holanda, no hay que enlazar el crecimiento urbano con la productividad agrícola, dado que era una importadora neta de granos, el desarrollo citadino estimuló la capacidad creadora del trabajo rural. Por lo tanto, Inglaterra y Holanda ilustran los nexos entre despliegue de las ciudades, niveles de vida en ascenso y mejora de la productividad en el sector primario (1992: 253). A fines del siglo XVIII los rendimientos por unidad de superficie eran mucho más elevados en la isla y en Holanda que en el resto de Europa (1992: 253/255).

La marea urbanizadora en Holanda se estancó en el siglo XVIII y lo que había logrado no la catapultó en dirección a la Revolución Industrial. Entró incluso a dicha era mucho más tarde que el resto de Europa (1992: 255).

Analicemos ahora el caso de Francia. En 1500 era un país más populoso y más urbanizado. Londres era menor que París y Lyon. Francia tenía un volumen urbano de casi el doble que Inglaterra, pero menor que Holanda. Sin embargo, en los tres siglos posteriores las ciudades galas apenas si se desarrollaron: el nivel insular de urbanización era el triple del francés hacia el 800 (1992: 258).

Hacia 1856, el total de la fuerza de trabajo invertida en la agricultura era del 51, 7 por ciento. De esa cantidad, el 63 % de la población rural laboraba en la tierra (de 100 habitantes, 51 vivían en el campo y de ese conjunto 36 individuos se ocupaban en el sector agrícola). Es probable que en 1800 la cifra sea del 66 por ciento (38 personas de 51) y, en virtud de que Francia era similar a Inglaterra en 1500, la proporción de la población rural que se atareaba en el campo era del 80 % (de 72 personas que habitaban las zonas campestres, 56 laboraban la tierra -1992: nota del cuadro 7.9 de p. 256). La productividad agrícola era más elevada en Albión que en la vieja Galia. Asimismo, el crecimiento del trabajo agrícola fue más lento en Inglaterra que en Francia.

Otro aspecto que acentúa el contraste entre Inglaterra y la antigua Galia es el consumo de alimentos: fue más elevado en la isla (1992: 259). Los salarios reales fueron mayores y una mayor proporción de la producción del campo se empleó en el ciclo industrial. En la segunda mitad del siglo XVIII, en Albión una fracción esencial de los caballos se utilizaban en el transporte de hombres y bienes (1992: 261).

En Francia, la presión latifundaria sobre la tierra era considerable. En una economía campesina esto tenderá a provocar dificultades notorias y a intensificar las subdivisiones de las parcelas. Por ende, la economía gala no se acercó al modelo británico de feedback positivo entre desarrollo urbano, incremento de la productividad y mejora de los salarios.

No obstante las especulaciones anteriores, es necesario efectuar una advertencia metodológica que matice los esbozos conseguidos. Los países pre/industriales no son unidades homogéneas: Holanda presentaba importantes diferencias por región; Francia, que era 15 veces mayor, detentaba una variedad regional más acusada. En consecuencia, las comparaciones tendrían que realizarse entre determinados conjuntos de las naciones citadas antes que en "bloques" tan generales (1992: 262).

7.5. Conclusiones

Prosiguiendo con los contrastes, Inglaterra había incrementado su productividad un 75 por ciento entre 1600 y 1700. Entre mediados del siglo XVI y comienzos del XIX, la población británica se elevó un 280 %, en contraste con países como Alemania, Francia, Holanda, España e Italia que crecieron sólo entre un 50 y 80 por ciento (1992: 262/263). La parte principal del incremento global en la isla acaeció entre los habitantes que vivían al margen de la agricultura.

El estímulo al despegue económico inglés tiene sin duda, un estrecho vínculo con el formidable crecimiento de Londres (1992: 264). El efecto conjunto de la productividad en

aumento, la urbanización, los intercambios comerciales, los medios de transporte, el crédito, y la diferenciación de bienes y servicios, incidió en la gran expansión de la actividad rural no agrícola. La expansión del sector secundario en el campo no fue un obstáculo para el crecimiento citadino, como fue el caso de las urbes en el continente (1992: 265).

La cantidad de gente que habitaba en el campo era:

a- en 1500 y en Inglaterra y Francia, de 100, 72 vivían en las zonas rurales y de ese grupo, 56 trabajaban la tierra;

b- en el mismo período, en Holanda, de 100, 72 personas se establecían en el campo y de ese conjunto, 50 laboraban la tierra;

c- en el siglo XVII, en Inglaterra, de 100, 72 individuos habitaban en el campo y de ellos, 31 personas se atareaban en la tierra;

d- en el '600, no hay registros ni para Holanda ni para Francia;

e- en 1700 y en la isla, de 100 personas, 72 se afincaban en las zonas no urbanas y de ese grupo, 30 se dedicaban a la tierra;

f- para el siglo XVIII, no hay cálculos referidos a Holanda y Francia;

g- en 1800 y en Inglaterra, de 100, 72 individuos vivían en regiones campestres y de esa muestra, 36 se atareaban en el sector primario;

h- para el siglo '800, en Francia, de 100 individuos, 51 preferían el campo y de ellos, 36 personas laboraban la tierra. En Holanda, de 100 personas, 44 vivían en espacios abiertos y de ese conjunto 26 individuos se atareaban en el trabajo de la tierra.

Durante el siglo XVIII, la jerarquía urbana de Inglaterra sufrió un completo trastorno a raíz de que las nuevas ciudades industriales (Sanderland, Liverpool, Manchester) y los

puertos del norte se abrieron camino en desmedro de los centros más antiguos (1992: 264).

Ahora bien, ¿cómo fue que la ley ricardiana de los rendimientos decrecientes en las inversiones de capital y trabajo en la agricultura, pudo ser sorteada permitiendo el "boom" en la productividad de la tierra? (1992: 266/267). Una posible respuesta son las innovaciones técnicas y los métodos eficaces de cultivo que ocasionan que, con idéntico trabajo y capital, una parcela genere más bienes. Pero aunque esto pueda ser lógicamente consistente, no fue históricamente necesario debido a que las modificaciones adecuadas no siempre llegaban cuando era oportuno (1992: 267). Tal vez parte de la respuesta sea la relación regular, uniforme e inhibidora entre el crecimiento demográfico y el nivel de los precios de los alimentos: al tiempo que impedía una dinámica malthusiana, favorecía la estabilidad de los salarios, el consumo y por ende, las inversiones. Empero, lo más plausible es que la solución del enigma se encuentre en las características estructurales del conjunto. El economista E. Boserup argumentó que una salida de la ley ricardiana es imaginar un aumento demográfico que eleva la productividad anual *per cápita*. Pero la contrapartida es que se reducen las horas laboradas al año (1992: nota 52 de p. 268). Por ello, hay que sugerir que lo que tiene que elevarse de modo sustancial es la productividad por hora, junto a una reducción de los períodos en los que el trabajo es poco intensivo, escaso o nulo.

7.6. Observaciones a la Segunda Parte

El principal objetivo que nos impone Wrigley en el despliegue de estos largos capítulos es el de una deconstrucción ideológica que haga visibles, explícitos, los lugares desde los cuales habla y torne palpable cómo imagina a los distintos sectores del campo popular. *Of*

course, ello no significa desmerecer las pacientes reconstrucciones concretadas en torno a la evolución demográfica de las ciudades, los porcentajes de habitantes que se atareaban en el campo, entre otros aspectos. Previo a explanar lo anticipado, es conveniente aclarar que los conglomerados que integran dicho segmento de lo colectivo son:

a- las clases que ocupan el rol de fuerza de trabajo que incrementa capital a través de la succión de plusvalía (es decir, las clases expropiadas de su plusproducto);

b- los sectores "intermedios no privilegiados" (campesinos medios y pobres, personal no jerárquico de las fuerzas armadas, etc.).

c- también hay que incluir a mendigos, reclusos y excluidos en general (internados por diferentes motivos en los espacios de encierro disciplinarios –los que Foucault denomina "anormales"; cf. 2000);

d- los obreros activos que trabajando, sólo ofrecen un servicio y no valorizan capital dado que no existe acaparamiento de plusvalor (carreteros, sastres, etc.). Los obreros desocupados que abultan las filas del ejército industrial de reserva.

En 1992: 197, Wrigley manifiesta el ideal de educación que parece tener respecto a los distintos sectores que componen el campo popular, dado que considera "suficiente" u honroso que sus individuos apenas sepan firmar el acta de matrimonio. En la misma página, califica a las clases explotadoras (grandes y medianos comerciantes, terratenientes, grandes y medianos exportadores/importadores, banqueros, especuladores de bolsa, etc.) y a los obreros improductivos con "status" (funcionarios del Estado, etc.), que integran las élites o el bloque dominante, de "superiores". Junto con ello, en 1992: 199 acepta sin cuestionar el epíteto de "baja" para las clases subordinadas a los imperativos del capital, por lo que el autor glosado coloca en lo "alto" o

"imprescindible" a los que integran el bloque dominante y en lo "inferior" o "insignificante", a los que son parte del campo popular. Más adelante (1992: 229), amplía el espectro de nuestro análisis al sostener que hay personas adineradas de "buena cuna", introduciendo un prejuicio y una noción de sentido común en un estudio de carácter académico.

Las relaciones de explotación, jerarquía, dominio, poder, en suma, los nexos sociales de desigualdad son encubiertos con una teoría en la que se entiende que las clases enriquecidas **persuaden** a los grupos que deben atarearse para sobrevivir en tanto que fuerza de trabajo, que tienen que ocuparse de ese "rol" (1992: 198).

Igual acontece en el ámbito de lo intercontinental, dado que evita utilizar el lexema "imperio" para referirse a Gran Bretaña, y adopta la palabra "Commonwealth" que tuvo fines diplomáticos para no tematizar el hecho de que un país pueda obligar a otros a ser considerada, por medios intimidatorios, "nación más favorecida" (1992: 212). Consecuente con una perspectiva que parece neutral, pero que desplaza de la conciencia de los lectores y estudiosos las desigualdades, elogia el papel dinamizador de los bancos (1992: 214) sin tener en mente la posibilidad de concebirlos de otro modo (por ejemplo, como centros de actividades ilegales de usura, pero investidos de legitimidad por el orden jurídico).

Por otro lado, existen dos ejes semánticos que situamos en la transición hacia las observaciones teóricas, conceptuales en la presentación de Wrigley que, más allá de las objeciones, es un análisis de envergadura.

El demógrafo inglés alude a la polémica que entabla Smith respecto a lo que es, en un contexto capitalista, "trabajo productivo" y "tarea improductiva" (1992: 243; ir también a nota 40 de p. 365). Haciendo evidente su toma de distancia frente a tales categorías, entrecomilla la expresión "improductivo". El voluminoso estudio de Marx en el primer tomo del cuarto de *El capital* (conocido como la historia crítica de las *Teorías sobre la plusvalía*), señala que la resistencia a diferenciar entre obreros incluidos en la esfera del

capital, y “trabajadores” que no son subyugados por él y que sólo ofrecen servicios, implica desconocer que los sectores que casi siempre se engloban en el lexema “clase media” son simples consumidores de la riqueza que crea, en los disímiles circuitos de la producción, la fuerza laboral generadora de excedente. Para graficar lo que en términos técnicos se anhela enunciar, bastarían unas palabras del lenguaje cotidiano, a pesar de extraviar el rigor: tales grupos, que a su vez se diferencian en “privilegiados” y “no privilegiados”, son “parásitos” que medran en los “intersticios” de la sociedad capitalista al igual que los dioses de Epicuro lo hacían en el mundo antiguo.

Esta tópica nos conduce a discutir el “concepto” de “clase media” (1992: 198) ya mencionado. Si aceptamos la hipótesis del materialismo histórico, gran parte de los conjuntos de personas incluidos en esa noción (que de nuevo, proviene más del sentido cotidiano que nos somete, que de un lenguaje académico) son diferentes tipos de individuos:

a- los que ocupan los planos “medios” y “altos” son trabajadores improductivos privilegiados;

b- los integrados en los sectores “altos” conforman, junto a las clases dominantes y a los grupos “intermedios” llamados “privilegiados” (vg., el personal de mando de las fuerzas armadas), los grupos dirigentes o las elites;

c- los que fueron calificados como “clase media baja” son obreros improductivos no privilegiados (empleados del Estado de escaso salario, dependientes del comercio, profesionales sin “status”, etc.);

d- el otro grupo, el de la pequeña burguesía, compone, tal cual lo indica su propio nombre, la clase burguesa y es el primer “escalón” de ella.

De esta suerte y tal cual lo anticipamos, resulta palpable que con esa categoría se subordinan a un mismo campo grupos sociales que son disímiles. El efecto inmediato es borrar los antagonismos de las clases nucleares, e incluir en el campo popular a sectores que no pertenecen de suyo a él (f. e., el de la pequeña burguesía, el de los obreros improductivos privilegiados, y los sectores "intermedios comunes" –el personal de bajo rango de las fuerzas armadas- y de "status").

En cuanto a las contrapropuestas de índole estrictamente teórica, podemos apuntar, en primer lugar, que Wrigley evita emplear el lexema "mercancía" (1992: 214, 221), reemplazándolo por otros tales como "bienes", etc. A causa de ese desplazamiento, no queda claro en los lectores y en los estudiosos que en el capitalismo los productos son convertidos, por la economía y por los rasgos peculiares que adopta el proceso de producción, en "entes" que de ser cosas materiales aptas para el consumo, adoptan la extraña propiedad de ser tasados en dinero y de tener precio. Precisamente, una de las líneas conductoras del análisis de Marx es que la transformación de objetos concretos, materiales, físicos, en "entidades" metafísicas, inmateriales, abstractas y económicas no es algo en absoluto "natural".

De idéntica manera, las nociones canonizadas de "sector primario", "secundario" y "terciario" (1992: 221) oscurecen la dinámica de intercambio entre las desiguales esferas de producción. Por lo demás, incluyen grupos industriales que están ubicados en el circuito de la producción, del consumo, de la distribución y de la circulación sin efectuar las aclaraciones ineludibles. F. i., la construcción (que se ubica en el sector secundario) se emparenta junto con el comercio. Sin embargo, mientras la primera rama se encuentra en el ámbito de la producción, la otra se halla en el plano de la circulación de mercancías. A los fines de esquivar tales imprecisiones, el pensador germano sostiene que existen dos grandes sectores:

a- el de la génesis de bienes de consumo o Sector II (que lo podemos subdividir el ocupado de los productos destinados a garantizar la reproducción de la fuerza laboral en cuanto tal –a_i-, y en el de los valores de uso de lujo orientados a los grupos dirigentes o élites –a_{ii}-) (diferenciación que se mostrará atinada *infra*);

b- el de la creación de insumos y máquinas o Sector I. Dicho estrato se compone de tres esferas: b_i, una crea las materias primas, materiales auxiliares, los elementos para los espacios en los que funcionan las unidades de producción, etc.; b_{ii}, otra hace circular las máquinas realizadas en la tercer rama; b_{iii}, la última es el dominio de las industrias de máquinas fabricantes de máquinas (1983 b: 362/363).

En cuanto a la permanente insistencia de Wrigley, respecto a que uno de los factores de la Revolución Industrial fue el elevado nivel de salarios de las clases dominadas (comentarios a los que nos referimos en pp. 54, 55), que les permitía un consumo allende lo imprescindible para vivir, sostenemos que tal hipótesis no es exacta (1992: nota 65 de p. 216). Quizá y habría que estudiarlo más en detalle de lo que lo hizo ya Thompson, los conjuntos de individuos que obtenían "rentas" de esa jerarquía eran los obreros improductivos privilegiados, y los sectores "intermedios" de "status". Por principio, y de acuerdo a las categorías antes expuestas, los trabajadores productivos y los obreros improductivos no privilegiados, sólo conseguían "rentas" que alcanzaban a cubrir sus necesidades sin lujo. Aunque carentes de monografías puntuales no pueda sostenerse lo que a continuación sigue en carácter de tesis, es viable afirmar que únicamente en el contexto del Estado de bienestar del siglo XX, y en una etapa fordiana y keynesiana del capitalismo interesado en efectos ideológico-culturales contra el llamado "socialismo real", los nombrados grupos pudieron obtener cierto nivel de ingresos que les posibilitaba un consumo menos atado a la subsistencia (Chomsky 1997: 137). No obstante, esto debe embragarse a su vez, dado que enfoques recientes indican que lo que la mayoría de la

población abonó en impuestos y otras exacciones al Estado de "bienestar", en países como *EEUU*, Francia e Inglaterra, fue más abultado que lo que recibió en "contraprestación" de ese mismo Estado. Sea como fuere, el alucinado "bienestar" conseguido en tales situaciones, es algo atípico en la tortuosa y violenta historia del capitalismo en tanto que forma de distribuir la riqueza y de extraer excedente. En el fondo, los distintos tipos de organizaciones estatales que emergieron a lo largo de la lógica vigente para gestar tesoro, se propusieron reducir todo lo que fuera factible los niveles de ingreso de gran parte de sus habitantes (cf. Chomsky 1997: 14, 25/26, 49, 53, 77, 91, 128, 151). Sin adoptar por ello una posición nihilista o pesimista, quizá es viable enunciar que los universos sociales más destacados (la economía "libre", el orden jurídico, las democracias presidencial, parlamentaria o mixta –monarquía, Primer Ministro y cámaras-, el juego político, el Estado) fueron astutas invenciones de las élites dirigentes para conseguir que las mayorías tuvieran que:

a- someterse a la dictadura del mercado (Chomsky 1997: 27, 49, 59, 132, 137), sin a su vez ellas mismas aceptar los dictados irrecusables de su "mano invisible", socializando casi siempre las pérdidas y privatizando, cada vez más, la riqueza (1997: 27, 44/45, 52, 88, 90-91, 114, 131, 140/142, 157-158, 160/161, 178);

b- obedecer la estructura jurídica a los fines de mantener la protesta colectiva en los estrechos márgenes de la legalidad (1997: 164), mientras no sólo las elites sino el mismo Estado cometían las más variadas clases de ilegalismos (1997: 58/59, 77, 137-138);

c- aceptar las ficciones de la democracia formal por las que la población se deja gobernar (Chomsky 1997: 14, 48, 50, 52, 56, 114, 127/128, 131) por aquellos que, al integrar el bloque dominante, sólo utilizan el voto para adquirir aparente

legitimidad, y violar las conquistas sociales realizando un traslado de ingresos hacia los grupos hegemónicos (1997: 52, 59, 90, 114, 128, 151, 155);

d- resignarse al despotismo de la propiedad privada con incidencia en los destinos de las mayorías, sin impugnar el fenómeno de que la comunidad, a pesar de existir en una supuesta democracia, no tiene derecho a controlar lo que ocurre dentro de las principales unidades de producción (por ejemplo, respecto a los efectos en el medio ambiente, etc.). En realidad, la empresa privada se comporta a manera de una autocracia (1997: 126/129, 131-133, 151, 154/155, 160-161).

Id est, acaso la comunidad burguesa "inventó" el Estado, el parlamento y la democracia para que la población sienta medianamente "canalizados" sus deseos de participar en las instancias de decisión que determinan el curso del acaecer, pero sustrayendo de esa influencia al capital. Todo parece advenir como si la intervención de la mayoría de los que no integran las élites dirigentes, hubiera sido "encerrada", obligada a conformarse con el juego electoral y político, a fin de conservar fuera de su alcance la empresa capitalista. Por su parte, ésta se mantiene en calidad de factor de poder en la esfera pública, en la privada y en la economía.

Empero, lo que antecede no es anacronismo; las astucias enumeradas, si simplificamos la complejidad con la que cada uno de dichos ambientes fue articulándose (a veces de forma acompasada, otras de manera desincronizada) vienen, por lo menos, desde el siglo XVI.

Por último, el autor apela de manera involuntaria a uno de los temas centrales en el pensamiento de Marx, aunque con un derrotero que originó dogmas, cual es el de la dialéctica base/superestructura. En 1992: 210, Wrigley presenta sus afirmaciones de modo que lo que denomina "fundamento", "principio" no es más que la base material que interactúa con la superestructura de sistemas simbólicos e instituciones.

Alguien podría sentenciar que las puntuaciones llevadas adelante, no afectan el centro de las inferencias del demógrafo británico. En parte, la apreciación es atinada ya que lo que se procura es explicitar que las formas en que se narra la historia están cercadas por lugares de enunciación asumidos de manera inconsciente. En esas “presunciones” se detectan las ideologías. Sin embargo, la perspectiva, que en el texto es uno de sus perfiles menos secundarios, respecto a que los ingresos de las clases sometidas al capital eran abultados es una hipótesis impugnable y que amerita matices, tal cual lo efectuara Thompson en su conocido análisis weberiano en redor de la formación de la clase obrera inglesa. Otro de los cabos que por igual se vuelve pasible de amortiguaciones, es la idea de que la productividad de la agricultura por sí misma fue uno de los esenciales factores que elevaron la renta en los años previos y posteriores a la Revolución Industrial, sin contar los procesos traumáticos del cerramiento, la explotación de la periferia, semiperiferia y de los “mundos ‘extraeuropeos’” que llevó a cabo Albión, etc.

SECCIÓN III

POBLACIÓN, REPRODUCCIÓN Y MATRIMONIO

“*Los hombres ansían el dinero* [… *pero teniendo*] *lo suficiente, no aspires a más*. *Ni la casa, ni la hacienda, ni los montones de oro* […] *calman las zozobras del ánimo*”

Horacio

“*comencé por atar el signo muy prolijamente a las noches de saber que vos no pensabas en mí te extrañé con violencia en todos los rincones de mi noche encendí tu voz para espantar a la muerte*”

Roberto Acebo

Tercera Parte: Población: matrimonio y reproducción[1]

8. Estrategias individual y colectiva ante la fecundidad

Wrigley se propone examinar los efectos relativos al número de hijos sobre el destino de una familia y de forma general, las consecuencias de los niveles de fecundidad sobre lo comunitario (1992: 217).

8.1. Racionalidad inconsciente

Denominamos "racionalidad inconsciente" a patrones de conducta que se siguen para proteger al colectivo de factores externos e internos, que lo coloquen en peligro de supervivencia en tanto que grupo. Qué duda cabe que tales estándares tienen que ser respaldados por una "racionalidad consciente" (1992: 272).

Consideramos que el tema de los patrones de orientación de la praxis, puede completar el enfoque clásico. Recordemos que Sir Robert Malthus postulaba que las poblaciones se abultan de modo irrefrenable, a no ser que existieran factores exteriores

---

[1] La primera cita viene de Horacio (1966 e) "*Epístolas III*", que remite a (1966 d) "*Epístolas*", las que se encuentran en Virgilio y Horacio (1966 a) *Obras poéticas*. Vol. IV de la Colección *Clásicos Jackson*, México: W. M. Jackson, p. 334. Nos mueve a pensar que aun cuando las necesidades elementales puedan estar cubiertas en comunas desgarradas en clases, eso no sana las heridas que provoca el contexto general de alienación y de desencanto que puebla el mundo. Wrigley está por ende, más atrás que Horacio en la conciencia de los problemas decisivos.

La segunda, es de Acebo, Roberto (s/f. e.) "*Ácido*", en (s/f. e.) *Ácido*. *No*. *Después no importa*. Salta capital: edición artesanal, p. 45. Remarca que las relaciones intersubjetivas, en particular, cuando incide lo que culturalmente se significa como el amor entre sexos distintos, implica la permanente alternativa de la desazón y del desencuentro, lo que no está sujeto a ninguna "racionalidad".

que las cercaran. Pero la "racionalidad" suscita formas de comportamiento que aseguran la estabilidad del "stock" demográfico (1992: 274).

En las sociedades pre-industriales parece haber sido una cuestión de "racionalidad inconsciente" que entre un nacimiento y otro haya existido un lapso de por lo menos 2 (dos) años. De igual modo, las familias de 10 (diez) miembros eran muy raras (1992: 273). Asimismo, las pautas de casamiento en la alta nobleza de Inglaterra eran diferentes a las costumbres de los grupos subalternos: la edad de las mujeres para el compromiso fue baja en el siglo XVI y se elevó poco a poco hasta que, a fines del siglo XVIII, constituían familia mucho más tarde que sus otras congéneres (1992: nota 47 en pp. 328/329).

En otro orden de cosas, la fecundidad natural, que consiste en que el número de hijos ya nacidos no afecta las probabilidades de un nuevo alumbramiento (1992: nota 4 de p. 273), puede ser más baja que la mortalidad mínima, es decir, que el porcentaje de embarazos puede ser menor que la cantidad de fallecidos al nacer o en los primeros años de vida (en realidad, la característica de la especie Homo es que su tasa de fecundidad natural es modesta en comparación con el resto de los animales). Ahora bien, lo que sucedió en algunos de los colectivos pre-industriales es que la fecundidad natural fue menor que la tasa de mortalidad. Aquéllos hubieran entrado en peligro si no hubiesen recibido un continuo aporte de personas. No obstante, en la mayoría de las comunidades en liza el nivel de fecundidad fue suficiente, sin que acarreara el peligro de una "crisis malthusiana".

Empero, lo que sí es evidente es que cuando la tasa de mortalidad crecía era porque la cantidad de individuos existentes tendía a volver más difícil la satisfacción de las necesidades alimentarias, y en virtud de que la exposición a las enfermedades con riesgo de fenecimiento aumenta con la densidad (1992: 273).

8.2. La estrategia del heredero

Supongamos un varón cabeza de familia que tiene que evaluar el destino de su herencia de acuerdo a la costumbre del mayorazgo (1992: 274). Debe sopesar el peligro de encontrarse sin heredero masculino; en ese caso, debe prever las dificultades para ser equitativo con el resto de sus descendientes. Si tiene hijas mujeres debe calcular que las dotes elevadas no dilapiden lo poseído (1992: 275, 284/285).

La solución más sencilla es que un matrimonio tenga un varón y una mujer, pero este caso es el menos probable en una sociedad pre-industrial con familias de varias generaciones.

Como primer paso, cuantifiquemos la probabilidad de que un hombre tenga un heredero varón. En una colectividad propensa a crisis malthusianas, generalmente la población ni crece ni disminuye dado que la productividad de la agricultura suele ser bastante estable, y los salarios no estimulan la nupcialidad. Por ende, la posibilidad de contar con un heredero al morir se ve poco afectada por las tasas de fecundidad y de muerte. En segundo término, consideremos que:

a- el fallecimiento de un niño es independiente de la cantidad de hijos existentes;

b- la muerte de un/a hijo/a antes de fenecer el cabeza de familia no depende del orden de nacimiento;

c- las tasas de mortalidad de los descendientes de ambos sexos son iguales (1992: 276);

d- todos los hombre se casan;

e- las probabilidades de un recién nacido de sobrevivir a su padre son tres:

e_i- 1 (una) a favor de 3 (tres);

e_{ii}- 1 (una) contra 2 (dos);

e_{iii}- 2 (dos) positivas de 3 (tres);

f- e_i y e_{iii} son propias de las sociedades pre/modernas;

g- son necesarias unas 1.000 familias para garantizar alrededor de 4.419 nacimientos que neutralicen los niveles de mortalidad de al menos, una población de 5.000;

h- por lo que la tasa de reproducción de la localidad es alrededor de 1 en un período de 30 años, esto es, que los habitantes se renuevan en el lapso de una generación;

i- las familias tipo tienen de 0 a 9 hijos (se evalúa el caso particular de 12 niños);

j- puede suponerse que la familia tipo no era mayor a la de 7 (siete) miembros, contando a los esposos y a 5 (cinco) descendientes. Existen seis combinaciones de sexos en un núcleo parental de esos rasgos:

i_1- 5 mujeres, ningún varón;

i_2- 4 chicas, 1 niño;

i_3- 3 niñas, 2 chicos;

i_4- 2 mujeres, 3 varones;

i_5- 1 niña, 4 chicos;

i_6- ninguna hija, 5 niños.

k- Pensemos ahora que nos interesa conocer cuál es la probabilidad de que una niña pero no un varón sobreviva a la muerte del padre (1992: 293). De 32 familias que tienen 5 descendientes, 10 tienen 2 hijas y 3 niños (1992: 294). Mediante cálculos que resuelven un binomio se llega al resultado de 20, 6, lo que significa que ésa es la posibilidad de que una niña quede como heredera. Cuando sabemos cuántas familias de x cantidad de hijos hay en una muestra de 1.000, podemos ajustar la probabilidad haciendo [(frecuencia relativa de familias) x (20, 6 / 100)]. En el caso del cuadro con las posibilidades 1 de 2, la cifra queda [125 x (20, 6 / 200)], lo que da 25, 8 %.

Si comenzamos con la primera probabilidad (1 a favor de 3), de cada 1.000 familias:

Número de hijos	Frecuencia sobre 1.000 familias	Sin heredero	Sin heredero masculino, pero al menos un heredero femenino	Al menos un heredero masculino
0	70 familias	70, 0	0, 0	0
1	70	-46, 7	+11, 7	+11, 6
2	70	-31, 1	+17, 5	+21, 4
3	70	-20, 7	+19, 7	+29, 5
4	70	-13, 9	+20, 0	+36, 2
5	70	-9, 2	+19, 1	+41, 7
6	70	-6, 2	+17, 3	+46, 6
7	70	-4, 1	+15, 5	+50, 4
8	70	-2, 7	+13, 6	+53, 7
9	280	-7, 3	+47, 0	+-225, 7
12	90 familias	-0, 9	+9, 4	+80, 0

a- Inferimos que los números llevan los signos "+" ó "-" delante, es para connotar que representan probabilidades a favor o en contra;

b- 560 familias alumbran de 0 a 8 bebés, distribuidas en 8 grupos de 70;

c- 280 familias dan a luz 9 hijos;

d- 90 conciben 12;

e- del primer grupo de 70 familias que tienen 1 hijo, hay un 46, 7 por ciento de probabilidad que no tengan ningún heredero; etc.;

f- del segundo conjunto de 70 familias que poseerá al menos un heredero mujer y que tiene 1 niña, hay un 11, 7 % de alternativas favorables; etc.;

g- del tercer grupo de 70 familias que poseerá al menos un heredero varón y que tiene un hijo de sexo masculino, hay 11, 6 por ciento de posibilidades de que continúe vivo; etc.

De este primer cuadro, se arguye con nitidez que las hijas mujeres cuentan con más posibilidades de sobrevivir como herederas que los niños y que cuanto más hijos haya, menos oportunidades tendrá un varón para heredar.

En la segunda alternativa, de cada 1.000 familias:

Número de hijos	Frecuencia sobre 1.000 familias	Sin heredero	Sin heredero masculino, pero al menos un heredero femenino	Al menos un heredero masculino
0	85 familias	-85, 0	0, 0	0
1	125	-62, 5	+31, 3	+31, 1
2	125	-31, 3	+39, 1	+54, 6
3	125 familias	-15, 6	+37, 1	+72, 3
4	125	-7, 9	+31, 8	+85, 4
5	125	-3, 9	+25, 8	+95, 4
12	25 familias	—	+0, 8	+24, 2

a- 85 familias no tienen descendientes;

b- un grupo de 625 familias dan a luz de 1 a 5 niños, repartidas en 125 familias por cada cantidad de bebés;

c- 25 núcleos parentales tienen 12;

d- en el primer conjunto familiar de 125 que tienen 1 hijo, hay 62, 5 % negativas respecto a que no puedan contar con ningún heredero; para el caso de 2 bebés, existe un 31, 3 por ciento desfavorable; etc.;

e- en el segundo grupo familiar de 125 que cuentan con al menos un heredero femenino existe un 31, 3 % positivo; etc.;

f- en el tercer conjunto familiar de 125 en las que se encuentra al menos un heredero varón hay 31, 1 por ciento de alternativas positivas; etc.

Los datos son más favorables a los herederos varones, pero el cuadro no es la media propia de las comunidades pre/modernas.

En la tercera posibilidad (1 contra 3), de cada 1.000 familias el resultado será:

Número de hijos	Frecuencia sobre 1.000 familias	Sin heredero	Sin heredero masculino, pero al menos un heredero femenino	Al menos un heredero masculino
0	100 familias	100	0, 0	0, 0
1	200	-66, 7	+66, 7	+66, 7
2	200	-22, 2	+66, 6	+111, 2
3	150 familias	-5, 6	+38, 9	+105, 6
4	110	-1, 3	+20, 4	+88, 3
5	85	-0, 3	+10, 9	+73, 8
6	60	-0, 1	+5, 2	+54, 8
12	10 familias	—	+0, 1	+9, 9

a- 100 núcleos parentales no dieron a luz a ningún hijo;

b- en 200 familias con un niño, hay un 66, 7 % negativo con relación a que se convierta en heredero; etc.;

c- en 200 unidades parentales con al menos una niña en calidad de heredera, existe un 66, 7 por ciento a favor; etc;

d- en 200 núcleos familiares con al menos un varón como heredero, de 2 hijos, hay un 111, 2 % positivo (*id est*, la certeza de que uno sobrevivirá); etc.

Este tercer cuadro demuestra que los varones tienen posibilidades altas en casi todos los “gradientes” con hijos. Empero, como la alternativa más realista en un contexto pre/industrial es la de dos negativas contra una a favor (1 de 3), de los datos se induce que era muy difícil que se cumpliera con el mayorazgo. A su vez, de ello inferimos que era

casi excepcional poder conservar una línea patrilineal por varias generaciones (1992: 276, 285).

8. 3. La cronología del matrimonio

Otro de los puntos de partida para armar los cuadros anteriores es que los porcentajes a favor o en contra expresaban la proporción en que una generación se redujo. Al mismo tiempo, tales porcentajes también indican la edad promedio de un varón al casarse. Por lo demás, la esperanza de vida del padre era igual a dichas cantidades. En el cuadro correspondiente a la posibilidad general de 1 a favor y 2 en contra (3 en total), la generación anterior se redujo, para el caso de una heredera mujer y de una familia de 4 hijos, en un 20 por ciento. De esta suerte, la edad promedio de un varón al contraer matrimonio era de 20 años y la esperanza de vida del padre era también de 2 (dos) décadas.

Pero en los hechos, la igualdad entre la esperanza de vida del padre y la edad promedio para la constitución de una pareja no tienen por qué ser iguales. Cuando la edad media para contraer nupcias es temprana en comparación con la esperanza de vida paterna, el número de matrimonios de la generación más joven será superior a la de la precedente. En consecuencia, se gestará una población mayor. Si la edad para formar un núcleo parental es más alta que la esperanza de vida del cabeza de familia, el número de nupcias de la generación joven será menor al de la anterior. Por consiguiente, habrá una población menos expansiva (1992: 277). Este caso es propio de situaciones en las que las expectativas de vida son considerables y en las que la mortalidad es baja: el matrimonio de los hijos se pospone (1992: 279). El retraso en la búsqueda de una pareja en los varones podía ir acompañado de un retraso similar en las mujeres, de manera que se controlaba la fecundidad en la cantidad capaz de evitar la sobrepoblación y sin tener

que recurrir a métodos anticonceptivos dentro del matrimonio (1992: 280). Este panorama es atribuible a una población que responda a la posibilidad general, ordenada en el segundo cuadro, de 1 a favor y 1 en contra que se vincula con la que no es típica de las sociedades pre-modernas (1992: 281).

Empero, lo que advertimos con estos datos es que existe un mecanismo demográfico interno, homeostático de regulación según el cual una cantidad dada de habitantes se conserva en derredor de ciertos límites sin dar grandes saltos. Por ende, en las sociedades pre/industriales no intervienen necesariamente mecanismos externos de equilibrio, del tono de las graves y penosas crisis malthusianas de subsistencia (1992: 280).

En la población con probabilidad general de 1 a favor y 2 en contra, que corresponde al primer cuadro, observamos una elevada mortalidad, poca esperanza de vida, una elevada tasa de fecundidad, a los fines de compensar los decesos, y un fallecimiento del padre relativamente temprano mientras los hijos son todavía muy jóvenes para casarse (1992: 281). En una población de esta clase, el cabeza de familia muere alrededor de los 30 años y los descendientes contraen nupcias a los 16. Hombres y mujeres se emparejan poco después de alcanzar la madurez sexual y conviven mucho antes del deceso de sus padres, lo que da por resultado una familia extensa en la que hay varias generaciones (1992: 282). En dicha lógica poblacional, es imposible el mayorazgo y se practica la regla de la “ultimogenitura” (1992: 283).

En una dinámica que es la antípoda de la descrita en las oraciones anteriores, que corresponde a la población cuya probabilidad general es de 2 a favor y 1 en contra (ordenada en el tercer cuadro), la tasa de mortalidad es baja, existe una esperanza de vida alta, una moderada tasa de fecundidad, puesto que no es necesario compensar con urgencia los fallecimientos, y una muerte del padre tardía, lo que retrasa la edad de matrimonio (1992: 283-283). La mayoría de las localidades con esta lógica poblacional

son lugares ricos, pudiéndose permitir el lujo de que las parejas recién constituidas vivan en sus propios hogares.

Entre los casos demográficos analizados existen situaciones más complejas y variadas, pero todos ellos demuestran que en las sociedades pre/industriales, los cabezas de familia tenían que encontrar un medio de asegurar un heredero varón y esquivar el peligro de una numerosa descendencia que provocara la subdivisión del patrimonio (1992: 283).

8.4. La formación de la familia

Dado que era muy difícil conservar hijos vivos y en particular, varones que mantuvieran la descendencia patrilineal, un porcentaje considerable de las poblaciones rurales de la Europa pre-moderna apelaban a estrategias que afirmaban la supervivencia de herederos masculinos, arribando al punto de una seguridad excesiva (1992: 285).

En la población de tipo “2”, de 1.000 familias 346 (es decir, un tercio) tienen tres hijos o más. Esto implica dificultades para atender a más de un heredero varón y un riesgo moderado de no contar con ningún heredero masculino.

En su conjunto, existen 276 padres que tienen la esperanza de que al menos dos hijos los sobrevivan. Por ende, más de una cuarta parte de las familias se enfrentarían con la dificultad de dotar a más de un hijo al fallecer el padre (1992: 285). Sin embargo, había oportunidades para los retoños “sobrantes” ya que éstos podían subsistir sirviendo en una casa ajena, aliviando a los padres fecundos (1992: 286).

Empero, en una demografía estacionaria puede no resultar óptimo limitar los nacimientos dado que los hijos ausentes dejarían “nichos” libres que los descendientes de otras familias, acabarían por ocupar (1992: 287). Lo que sí está claro es que no se puede asumir que pulsa una conexión directa entre pobreza, ingresos, número de hijos y futuro

económico de los descendientes: habría que analizar la edad de incorporación al trabajo, la productividad con el aumento de los años cumplidos, la clase de consumo, las alternativas reales de labor en el mercado, etc. Bien puede suceder que, en una dinámica demográfica estacionaria, una familia numerosa sea un beneficio para la sociedad necesitada de mano de obra o que los hijos no sufran penurias si tienen muchos hermanos. Cualquier comunidad no puede prescindir de hijos “sobrantes” ya que correría el riesgo de debilitarse.

En una población en crecimiento, la natalidad excesiva conducirá a los imprudentes a sanciones; sin embargo, la cuestión se resolverá por el retraso del matrimonio, por el control de la fecundidad, por un aumento de la mortalidad o por una combinación de estos factores. Otra alternativa podría ser el desarrollo económico.

8.5. Control social y elección individual

En los colectivos pre/modernos, la fecundidad era modesta, mas el cambio verdaderamente llamativo fue que el control de los nacimientos pasó de ser efectuado de manera “difusa”, a través de la tradición y de mecanismos sociales, a ser realizado al interior de la pareja (1992: 288, 291).

El espectro básico consistía en proporciones variables entre herederos, descendientes “sobrantes”, familias numerosas, medianas y pequeñas, y tasas de fecundidad, mortalidad y natalidad desiguales. Pero dentro de la gama de alternativas, predominaban localidades con índices de decesos que podían ofrecer bruscas modificaciones, en especial, en el sentido destructor, en un contexto de nacimientos frecuentes a los fines de evitar el peligro de la caída demográfica. Si bien existía cierta preocupación por conservar el patrimonio, asegurar un heredero masculino y tener un número racional de niños (acorde a la perspectiva de la unidad parental), el crecimiento global no estaba tan inhibido (1992:

289). *Id est*, lo que prevaleció en calidad de estrategia óptima fue asegurar un gran número de nacimientos en lugar de elevar los beneficios a quienes restringieran su fecundidad.

La esperanza de vida para los varones era de 25, 30 y 45 años (para las mujeres, de 2 años más). Las sociedades con promedios de fallecimientos de 25 y 30 años eran las mayorías de las comunidades pre-modernas; las de 45 eran de la clase de algunas zonas rurales y ciudades inglesas del siglo XVIII (también había entre ellas ciertas localidades de Norteamérica –1992: 290). En el mismo orden de cuestiones, cabe aclarar que estudios recientes acerca de las edades para el matrimonio parecen señalar que en la Inglaterra ubicada entre los siglos XVI y mediados del XVIII, la mortalidad de la alta nobleza respondía a la media de la población (1992: nota 47 en pp. 328/329).

En el fondo, la Europa pre-industrial se iba aproximando a una media entre la población 2 y el tipo 1: entre 244 y 298 familias tienen al menos un hijo vivo al morir el padre; entre 384 y 564 núcleos parentales con más de dos hijos; entre 677 ó 1.242 niños "segundones". El promedio era entonces de 393 familias que cuentan con un heredero, y 474 unidades de descendientes con dos o más de dos (1992: 291). Buena parte del continente se encaminó por ese sendero inglés, lo que contribuyó a gestar una sociedad fluida, inestable, en crecimiento incesante, con rentas en aumento y con una fecundidad atemperada. No obstante, lo indicado en último término sólo comenzó a ser universal a fines del siglo XIX; antes había una variedad regional significativa.

Para concluir este capítulo, podemos sostener que los colectivos pre/modernos debían eludir dos puntos críticos: i) hacia "arriba", a partir del cual no controlar la natalidad conducía a que el mecanismo malthusiano de la mortalidad por la escasez de recursos actuara; ii) hacia "abajo", en donde inhibir la fecundidad, si era racional desde la perspectiva de los individuos, podía colocar en peligro la comunidad (1992: 292-293). La

Revolución Industrial de los siglos XVIII y XIX creó nuevas estructuras demográficas, al amortiguar el peso de tales barreras (1992: 293).

9. El crecimiento de la población en Inglaterra durante el siglo XVIII: la solución de un enigma

9.1. Inglaterra y el continente

Aunque no es conocida la población en 1550, Europa occidental (las islas Británicas, los Países Bajos, la península Ibérica, Francia, Suiza, Austria, Alemania, Italia) tenía alrededor de 61 millones de almas. Sólo un 4, 9 % de la población, unos 3 millones de personas, vivía en Inglaterra; Alemania, Italia, España y Francia estaban mucho más pobladas (1992: 295). Pero desde el siglo XVIII a mediados del siglo XIX, la isla llegó a crecer de manera muy notable (1992: 300). En 1681 la cantidad de individuos era de 4, 93 millones; en 1791, 7, 74 millones; en las primeras décadas del siglo XIX, 13, 28 millones.

9.2. Cambios en las variables demográficas

La dinámica de crecimiento demográfico encuentra su explicación en las tasas de mortalidad y de fecundidad, y en el contexto económico/social en el que ocurre. Hay unanimidad sobre la aceleración, las magnitudes aproximadas y su periodización general, pero no existe consenso acerca de los factores en juego (1992: 304).

Los cambios fueron:

a- la esperanza de vida de 32, 4 años de 1670, llegó a los 38, 7 en 1820 (1992: 305);

b- entre 1680 y 1720 hubo una mortalidad elevada;

c- la tasa bruta de reproducción, que indica el nivel de fecundidad, subió de 1, 98 a 2, 98, esto es, la población aumentó casi tres veces;

d- el crecimiento fue más rápido hacia 1810 que en las anteriores décadas;

e- en consecuencia, la velocidad del incremento demográfico se debió tanto a un ascenso en la fecundidad cuanto a un retroceso en los fallecimientos (1992: 306);

Resta descubrir cuál de los dos factores fue más importante. Con una tasa de muertes en retroceso, la rapidez de la expansión puede explicarse porque la natalidad la sostuvo (1992: 307). Sin embargo y aunque cierta a primera vista, la tesis puede ocultar el elemento que más influyó en una fecundidad alta. Si los nacimientos se dispararon fue o porque creció la fecundidad matrimonial, o en virtud de que las mujeres llegaban al matrimonio en edad más temprana, etc. Los registros parroquiales parecen indicar que la nupcialidad varió de manera decisiva desde el siglo XVI al XIX. La causa principal del espectacular "boom" demográfico consistió en el ritmo de casamientos (la edad disminuyó de 26 a 23 años –1992: 308). En efecto, la reducción de la edad de las mujeres para contraer nupcias tuvo una importancia del 52 por ciento; la cantidad de mujeres que no se matrimoniaban cayó un 26 %; los hijos fuera de las parejas se incrementaron en un 15 por ciento; la edad de las primíparas se contrajo en un 7 % (1992: nota 24 de p. 308).

En el siglo XVII, el nivel de hijos "ilegítimos" fue muy bajo, lo que indicaba un matrimonio tardío y celibato frecuente (1992: 309). A medida que la cantidad de mujeres solteras mermaba, la cantidad de hijos "ilegítimos" se triplicó en el siglo XVIII y se elevó mucho más en la siguiente centuria, de manera que la natalidad "legítima" y la que no lo era marcharon casi en paralelo. Ambas contribuyeron con lo propio al crecimiento demográfico inglés.

9. 3. El marco general

Parece que los cultivadores alemanes y noruegos de los siglos XVIII y XIX, eran más propensos a contraer nupcias en edades más tempranas que los trabajadores. El contraste era más acusado en las edades de las esposas, las cuales eran muy jóvenes en el caso de los que realizaban tareas rurales (1992: nota 34 en p. 313). Quizá esto marque una tendencia: la mayoría de los hijos en edad de casarse preferían esperar y asegurar primero su éxito económico (1992: 313).

Simplificando los procesos, es viable creer que:

a- hubo una estrecho vínculo entre el comportamiento secular de los precios y el ritmo de crecimiento demográfico desde el siglo XVI hasta principios del XIX;

b- el costo de vida era estable si la población no se incrementaba en el mismo ritmo que el alza de precios;

c- igualmente, el poder adquisitivo de los salarios no se deterioraba.

Por ende, los jóvenes en edad de matrimoniarse gustaban retrasar el compromiso.

A fines del siglo XVIII y a partir de la Revolución Industrial, existe un corte entre el comportamiento de las variables demográficas, las tendencias en los precios y el movimiento de los salarios: a pesar del abultamiento del número de habitantes, los precios no se dispararon ni se contrajeron las rentas (1992: 315). Sin embargo, podía ocurrir que el casamiento se decidiera según el contexto general y particular de prosperidad. A veces, los descendientes en edad de formar pareja la constituían sin barreras (1992: 315, 322); otras, la situación económica imperante los desalentaba, de modo que muchos esperaban largo tiempo o incluso permanecían solteros.

Es decir, matrimonio y mercado operaron en Albión para que población y recursos disponibles pudieran tener tal dinámica, que se expresaran en un nivel de vida más o menos óptimo (1992: 320). Había un conjunto de condiciones económicas y de convenciones sociales en Inglaterra, que ocasionaban que las tasas de casamiento y evolución de las rentas (o más ampliamente, nivel de vida) se siguieran de manera permanente, lo que era muy raro en la Europa occidental de entonces. Este aspecto constituye lo que podemos denominar "ecología humana" del proceso industrializador.

9. 4. La población y la Revolución Industrial

En lo que podemos denominar "siglo XVIII ampliado" (1680/1820), Inglaterra:

a- había pasado de 5 millones a 11, 5 millones de almas (1992: 321);

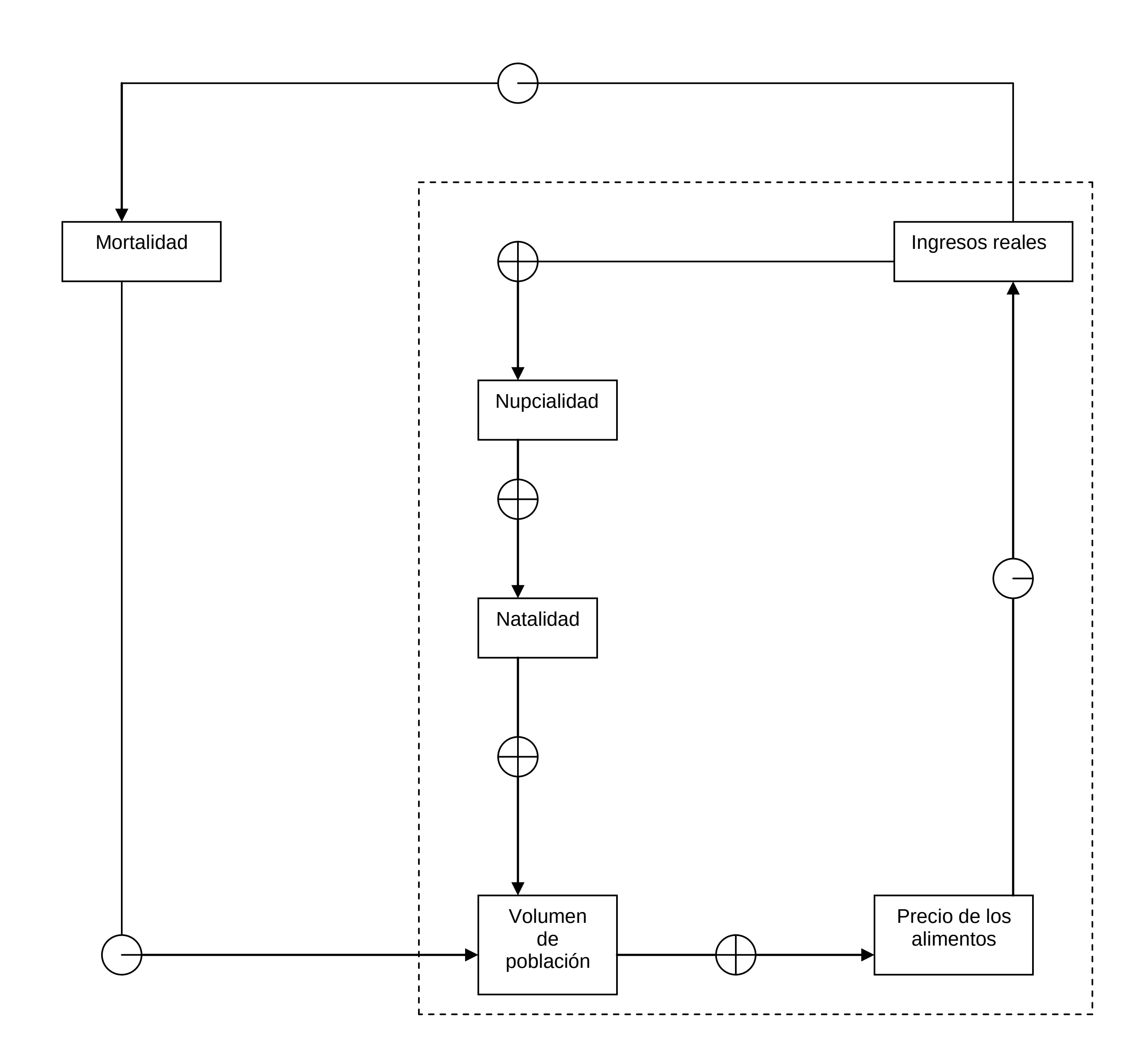
b- tenía, en 1.680, el 22 por ciento de la población gala y el 38 % de la cantidad de habitantes franceses en 1820;

c- había crecido un 139 por ciento, mientras que Francia apenas un 39 % y Holanda un 8 por ciento.

Si tenemos en mente que Holanda y la vieja Galia eran las potencias rectoras en la Europa del siglo XVII, la espectacular expansión demográfica insular señalaba un fenómeno significativo. Sin embargo, frente a él no se tiene que creer que la esperanza de vida había sufrido importantes mejoras debidas f. e., a una mayor preocupación por la sanidad colectiva o por conocimientos médicos más eficaces. La tendencia secular era, sin duda, positiva, pero muy leve; la mortalidad no había retrocedido demasiado (1992: 322).

En cuanto a los nexos entre nupcialidad y curva de los salarios, no se puede afirmar simplemente que a una mejora en la renta había una mayor propensión al casamiento. F. i., la “protoindustrialización” y la proletarización consecuente, que supusieron un alza en los ingresos, no acentuaron el deseo de matrimoniarse (1992: 323). No obstante, en la Inglaterra pre/industrial o pre-moderna, había una interrelación negativa entre salarios, precios y casamientos, dado que si los ingresos eran buenos, la población se abultaba, los valores se disparaban y las rentas disminuían su poder adquisitivo (1992: 323/324).

El gráfico que sigue trata de diagramar lo precedente (1992: 324):



En general, las variables del recuadro interno punteado y las pertenecientes al recuadro externo tienen entre sí un feedback negativo. En las economías pre-industriales, el abandono de un estado inicial de equilibrio (por ejemplo, a causa de una mejora en los ingresos) reestablece el *statu quo* previo.

La interacción entre volumen de población, precio de los alimentos y mortalidad esquematiza un mecanismo de freno al crecimiento de tipo malthusiano y propio de localidades demasiado empobrecidas. El círculo interno de enlaces, describe una estrategia alternativa para solucionar las tensiones entre abultamiento demográfico y bienestar particular: en lugar de una elevación de la mortalidad, se reduce el número de casamientos o bien, si aumenta, se merma la fecundidad al interior de la pareja. Al contrario de la otra vía, que es atribuible a las sociedades no industriales, la última alternativa fue la que llevó adelante la Inglaterra del ‘800 (1992: 324, nota 24 de p. 394).

El sistema de retroinfluencias era homeostático en el nivel de la larga duración, ya que el ajuste del desequilibrio era muy lento, complejo y zigzagueante. De allí que a los contemporáneos les pareciera más perceptible el quiebre que la estabilidad (1992: 325).

Ahora bien, tal cual lo hemos repetido ya el grado de transformaciones y la magnitud del despegue económico, que le permitió a la isla generar una multiplicidad de bienes y servicios, fueron suficientes como para sostener una población en ascenso sin sacrificar el nivel de vida (1992: 326). Es decir, se rompieron los vínculos casi insuperables entre elevación del número de individuos y precios, y entre expansión demográfica y curva de las rentas. Pero otros elementos del viejo modelo continuaron hasta más allá de la segunda mitad del siglo XIX. Por ejemplo, el porcentaje de matrimonios y de nacimientos siguió de cerca el poder adquisitivo de los salarios (1992: 327).

9. 5. Conclusión

El quiebre de los nexos de “hierro” mencionados *supra*, que conducía a que un periodo de progreso le siguiera uno de catástrofe (1992: 329) y a que actuara la ley de los rendimientos decrecientes (1992: 329/330, nota 48 de p. 330), ocasionó que el matrimonio se convirtiera en una bisagra clave y que tuviera un protagonismo más amplio que el de un mero factor demográfico (1992: 328-329).

El desarrollo poblacional se debió al número significativo de nuevas parejas (1992: 327-328). Sin embargo, esta tendencia no reflejaba una alteración de envergadura respecto al modo en que los jóvenes retrasaban las nupcias, etc.; indicaba que los incentivos para casarse aumentaban, mientras los escollos se reducían (1992: 328). Datos de esta naturaleza pueden contribuir a enfocar con más detalle las intrincadas relaciones entre población y economía.

10. La limitación de nacimientos en la Inglaterra pre-industrial

Los registros parroquiales que cuentan con datos relativos a fechas de bautismo y/o nacimiento de los cónyuges, fecha de matrimonio, los nombres de los padres de la pareja, los nombres y fechas de bautismo, de casamiento y deceso de los descendientes (1992: 331), pueden ayudar en la pesquisa sobre la edad típica de las primeras nupcias, la mortalidad infantil y juvenil, la esperanza de vida, los intervalos entre nacimientos, el porcentaje de los nacimientos concebidos antes de la pareja legal, etc. (1992: 332). Si los datos encontrados explicitan lugar y tipo de residencia, ocupación, lugar de bautismo y de entierro, entre otros (1992: 331), el “método de reconstrucción de familias”, inventado por

el demógrafo Louis Henry para analizar el caso galo, hará factible trazar incluso un “perfil” socio-económico y acaso, cultural de la población analizada.

Si intentamos aplicar el método citado, el caso inglés tiene la debilidad de no ser tan exhaustivo en comparación con la prolijidad de los registros franceses posteriores a la segunda mitad del 600. No obstante, cuenta con la ventaja de que algunos cientos de registros dan detalles que tornan posible usar el método desde 1538 (1992: 332). Lo que muestran entonces los libros parroquiales, es un ciclo demográfico completo y de larga duración en que el siglo XVI asoma como una época de crecimiento, el siglo XVII como un instante de parada y retroceso, y el siglo XVIII a manera de una plataforma para un desarrollo renovado (1992: 333).

10.1. El cuadro de conjunto

Wrigley iniciará un pormenorizado estudio de caso afincado en los registros parroquiales, excepcionalmente detallados, de una localidad inglesa menor situada al este de Devon.

Según lo que los libros en juego muestran, se puede inferir que:

a- una primera fase, que abarca desde 1550 hasta 1650, tuvo un superávit de bautismos sobre defunciones; la población total creció sin matices;

b- un segundo período, que se despliega entre 1650 y 1780, que se subdivide a su vez en:

b_{i}- un segmento ubicado entre 1650 y 1730, en que hubo una mayor cantidad de decesos que de bautismos; por ende, la población se contrajo (1992: 335);

b_{ii}- otro, situado entre 1730 y 1780, en el cual se percibe casi un equilibrio entre nacimientos y muertes;

c- una tercera, enmarcada entre 1780 y 1830, contó un excedente de bautismos y la población crece de nuevo.

10.2. Matrimonio y fecundidad matrimonial

En Colyton hubo cambios llamativos en la edad de las mujeres primíparas, aunque la edad media de los hombres no varió demasiado (1992: 336). Antes de la mortandad de 1646 ocasionada tal vez por la peste bubónica (1992: 337), la edad media de hombres y mujeres era de 26 y 27 años; después de 1646 y hasta 1825, la de las futuras esposas se elevó hasta los 30 años, manteniéndose en esa cifra durante 7 (siete) décadas. *Id est*, las mujeres se casaron con hombres más jóvenes durante una parte significativa del ciclo. Entre 1825 y 1837 (acaso también en la fase precedente a 1646), la edad de los cónyuges fue de 26 para los varones y de 23 para las damas (1992: 338). Es probable que la edad estipulada para los hombres no haya sufrido modificaciones abruptas durante más de 300 años (1992: 339), y que esta situación fuera la característica para la demografía europea (1992: nota 10 de p. 339).

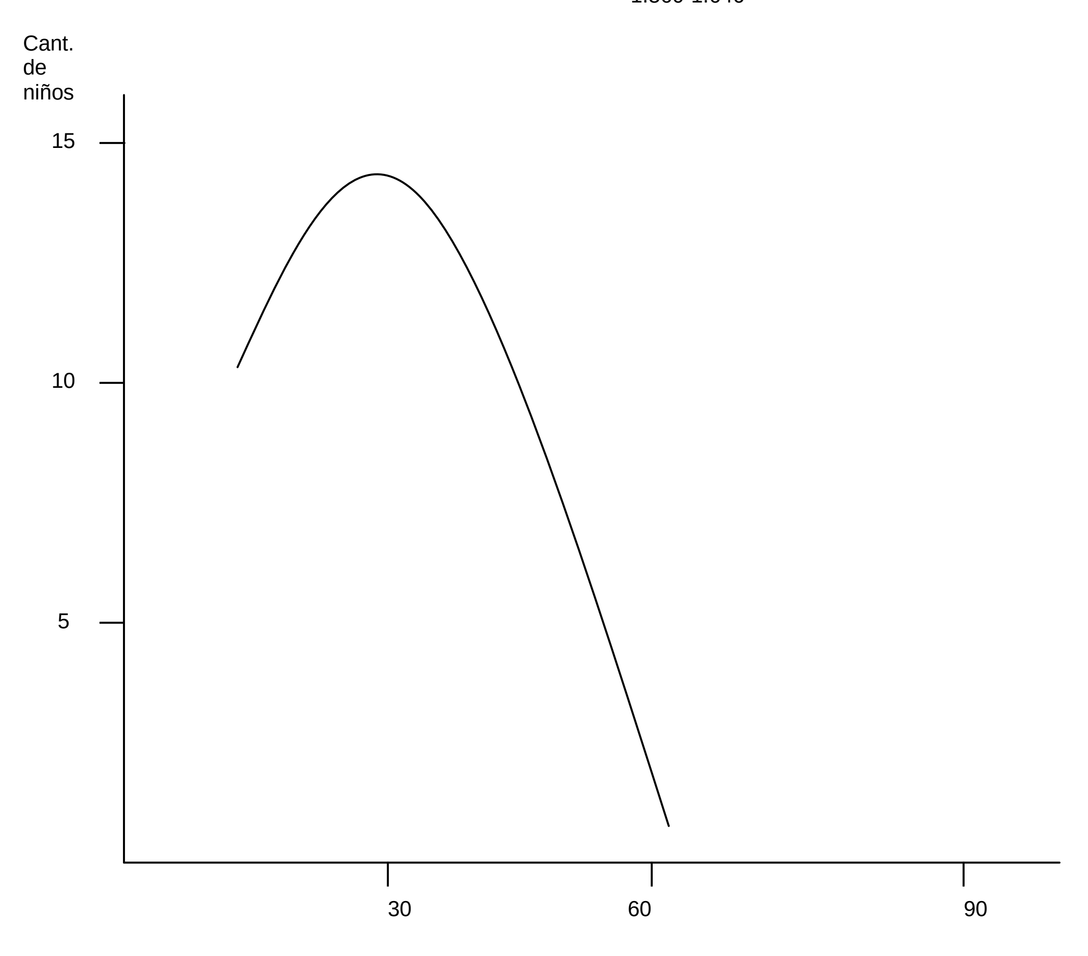
Una edad cercana a los 30 años para las novias implica que, con respecto a mujeres de alrededor de 20, las esposas dieran luz a un número de hijos menor en dos unidades y que casi siempre no pudieran tener más de un único descendiente (1992: 339/340, 343). Sin duda, ello supondría una tasa de crecimiento baja y un gran peligro de padecer una contracción severa, si no hubiese existido un mecanismo compensador. En efecto, una proporción muy alta de los primeros nacimientos ocurrieron fuera del matrimonio; por su lado, las novias de 20 años estaban con frecuencia embarazadas al contraer nupcias (1992: nota 11 de p. 340), de manera que el número de bautismos en otros grupos etarios subsanaba la escasa alternativa de tener un heredero vivo en familias con esposas de 30.

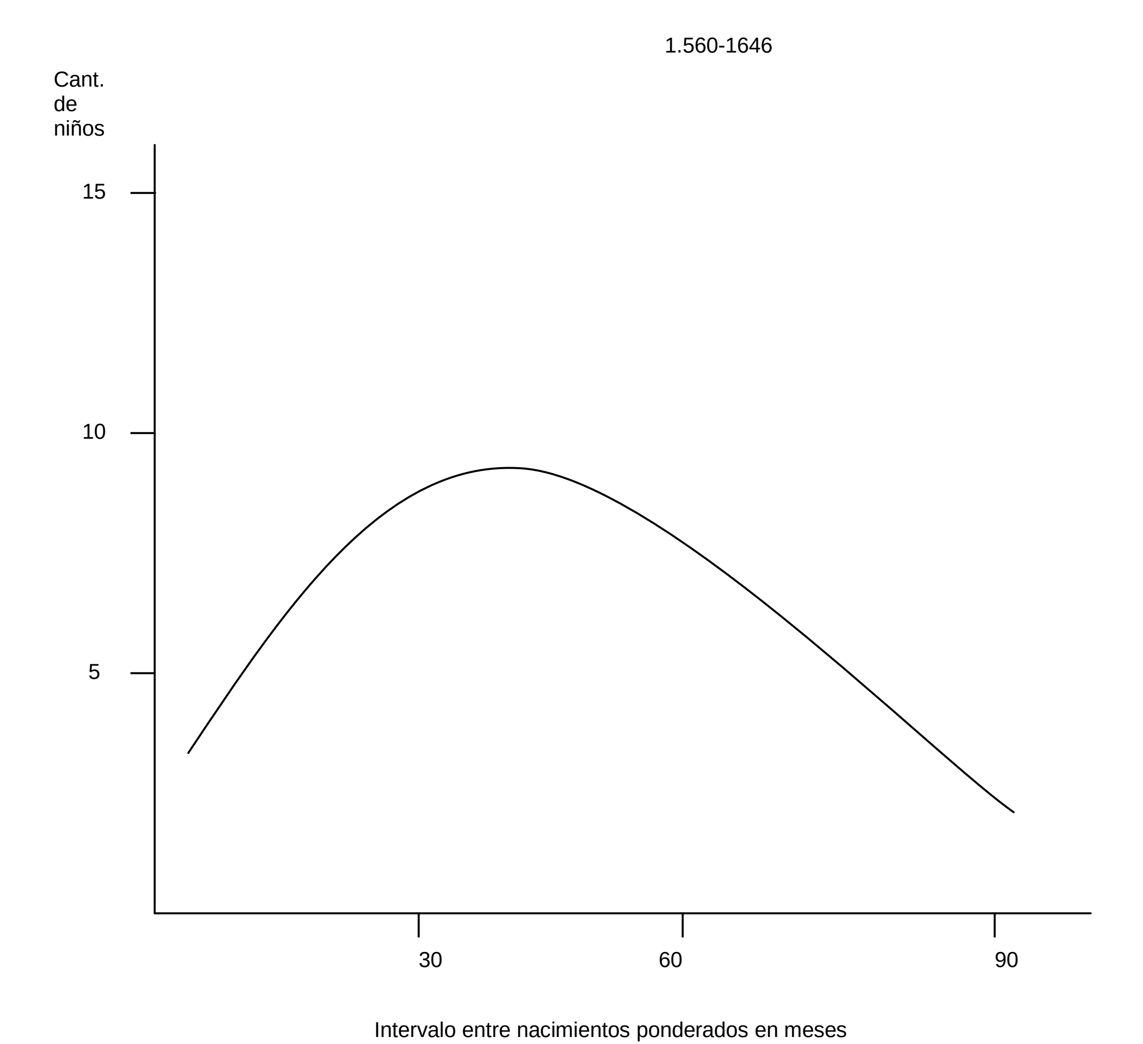
Por añadidura, si bien el número de retoños cae con la edad, una cónyuge de más de 3 (tres) décadas no tiene motivos para limitar los nacimientos (1992: 344).

La fecundidad en la subfase 1550-1629 fue elevada, entre 1646/1720 descendió, y entre 1720-1837 comenzó a recuperarse sin alcanzar los niveles del siglo XVI y comienzos del siglo XVII (1992: 340). Obsérvese que, si empleáramos una gráfica, la etapa 1646/1720 daría una curva cóncava hacia "abajo" (1992: 343); ello se debe a la edad tardía en la que las novias decidían casarse (oscilaban en edades de 29-34 y 40/44 años –1992: 242). Lo notorio del caso es que ese comportamiento fue común luego de la terrible peste de 1645, es decir, el paso de un gradiente alto de fecundidad a uno bajo resultó completo, traumático y veloz (1992: 346).

En líneas generales, es factible sostener que las familias de 6 niños o más, correspondientes a los años 1560/1646 y 1720-1769, o de 4 herederos o más, propios de 1646/1719, implicaban que la esposa tenía menos de 3 (tres) décadas al matrimoniarse. Asimismo, la media general de los intervalos entre los nacimientos en mujeres que tienen entre 20 y 44 años es aproximadamente igual a 27, 5 meses entre 1560-1646, de 31, 4 meses entre 1647/1719, y de 29, 1 meses entre 1720-1769 (cf. cuadro 10.8 de p. 347). La media se encuentra de manera sorprendente, aun en los intervalos iniciales, en especial, entre el primer y segundo bebé, lo que demuestra un control consciente de la natalidad en el interior de la pareja (1992: 348/349).

Si graficamos los diferentes promedios, obtenemos una "campana" muy abultada para el caso I (1560-1646) y hacia la izquierda, casi "pegada" a la vertical, y una curva más suave para el caso II (1647/1719):


1.560-1.646
Cant.
de
niños
15
10
5
30
60
90
Intervalo entre nacimientos ponderados en meses



Ahora bien, estas gráficas indican que los intervalos se deben a un control de la natalidad porque si vg., tuvieran su razón de ser en un incremento del lapso destinado a la lactancia, ello supondría que el tiempo entre bautismos sería algo mayor, dando origen a una "campana" volcada más hacia la derecha, alejándose de la vertical (1992: 349). Por otro lado, la lactancia acaso explicaría la tasa de fecundidad en mujeres jóvenes pero no daría cuenta de la caída en el número de nacimientos que vemos en esposas con más de 35 años (1992: 357).

La edad de la mujer al bautismo del último heredero (40 años) fue la misma para las novias casadas antes o después de los 30, en las etapas 1560-1646 y 1720/1760 (1992: 350-351). En el segmento 1647/1719, la edad de la mujer al momento de nacer el último retoño fue menor, en las esposas casadas antes de los 30, que la edad de las novias matrimoniadas luego de los 30 años. Incluso, fue más baja que la edad de las mujeres de los otros dos períodos, lo que refuerza la idea con relación a que se practicaba el control de la fecundidad (1992: 351).

Otra variable importante es el tamaño de familias completas, esto es, matrimonios que duraron al menos 27 años (ir a 1992: nota 16 de p. 346) y/o que tenían esposas con 45 años cumplidos dentro de la pareja (1992: 346 –por ende, tales cónyuges habían cubierto su edad fértil en la unidad parental y probablemente habían dado a luz a más de tres niños). Entre 1560/1629, el 55 % de las mujeres casadas con menos de 30 años dieron a luz a 6 (seis) niños o más; entre 1647-1719, el 18 por ciento y entre 1770/1837, el 48 %. Las familias muy grandes, con 11 o más descendientes, y los matrimonios sin hijos fueron pocos (1992: 351).

Por último, hay que realizar advertencias acerca de las fuentes. La tasa de mortalidad infantil podría haber sido ligeramente superior a la que se supone si tenemos presente que muchos niños muertos no eran registrados en los libros parroquiales, dado que fenecían antes de su bautismo (1992: 355). Este margen de incertidumbre puede limitarse calculando los bebés que fallecen entre las primeras horas de vida y el primer año. Por otro lado, la edad de bautismo y la edad de nacimiento podían no coincidir. En el caso que nos ocupa, este riesgo era mínimo en el siglo XVI porque los bebés eran bautizados a las pocas horas o días luego del alumbramiento.

10.3. ¿Hubo limitación de nacimientos?

A pesar de que así lo hemos asumido, las pruebas no son decisivas por sí solas de manera que se vuelve imprescindible una argumentación en profundidad (1992: 357). En primera instancia, porque modificaciones en la fecundidad no implican restricciones en los alumbramientos. Por consiguiente, no sólo hay que mostrar que palpita una correlación entre ambos factores sino que anida un nexo causal (1992: 358).

En segundo término, si negamos dicha alternativa habría que imaginar f. i., que intervino una catástrofe económica de proporciones al punto de afectar la fecundidad, sea por desnutrición de las mujeres, sea por carencia de los elementos impostergables para una fertilidad elevada. Esta posibilidad podría explicar incluso por qué hacia fines del siglo XVII la mortalidad infantil fue aguda (1992: 357, nota 25 de p. 357, nota 28 de p. 359). Sin embargo, la hipótesis tiene algunos defectos. Por ejemplo, un cambio económico que provocara alteraciones tan sustanciales requiere de cierto ritmo y no puede actuar tan veloz (1992: 358). Otra insuficiencia consiste en que al menos un buen porcentaje de localidades tendría que verse afectada por la supuesta crisis; empero, lugares más o menos próximos a Colyton no muestran un descenso tan perceptible de la fecundidad en el mismo período constatado. Ahora bien, la retracción existió; las series de trigo de Exeter indican que en esta región la vida era cara y los precios abultados coinciden con la baja en nacimientos. De modo que, aunque no poseemos datos acerca de la situación económica en Colyton, es dable postular que pudo haber sido un poco mejor o peor que en el condado o en el conjunto de la isla (1992: nota 28 de p. 359).

En tercer lugar, si creemos junto con Malthus que la “pasión entre lo sexos” fue permanente a lo largo de la historia, entonces la frecuencia de contacto entre las parejas, sin los métodos químicos y mecánicos de control de nacimientos, tendría que haber más hijos de los que se alumbraron (1992: 359).

Cuarto, existe una desconcertante coincidencia entre la caída en la fecundidad y el incremento de la mortalidad infantil.

Sin embargo, a pesar de los reparos no se puede aceptar la idea de que las sociedades pre-industriales no fueran capaces de ninguna estrategia para regular el alumbramiento. Vastos estudios (1992: 359, 368) demostraron que en colectivos con un bajo despliegue de cultura material (como en caso de poblaciones rurales indias contemporáneas –1992: 358), inciden fuertes prejuicios o tabúes sobre las relaciones sexuales durante el matrimonio (1992: 359, 427, nota 54 de p. 427), llegándose a practicar el aborto, la adopción o el infanticidio (1992: 359, nota 51 de p. 427). Por añadidura, en dichas comunidades el delicado equilibrio entre cantidad de habitantes, recursos y deterioro del ecosistema se restablece de forma malthusiana (1992: 360/362, 368), *id est*, por fallecimientos o, entre otros mecanismos, por una natalidad encorsetada; en definitiva, de modo exógeno (1992: nota 32 de p. 362).

Otra manera de controlar la natalidad son las prácticas sexuales mismas (*coitus interruptus* o *reservatus* –1992: 363/364). Puede considerarse que tales métodos estaban disponibles desde muchos siglos antes en toda Europa (1992: 363, nota 35 de p. 363, nota 37 de p. 364) y que sólo se requerían los desencadenantes para utilizarlos.

10.4. Las características de la población y del marco económico

A despecho de los rígidos “circuitos” maltusianos de feedback negativo, la historia de Colyton hace asomar que la sociedad pre-moderna de Gran Bretaña era capaz de respuestas flexibles y complejas frente a los dilemas económico/sociales (1992: 364).

El equilibrio entre fecundidad y mortalidad, y entre población, rentas, precios y despegue fue delicado e inestable en todas los colectivos no industrializados (1992: 365, 425). Empero, localidades como la estudiada encontraron el modo de conservar un nivel demográfico con un tipo de crecimiento que estimuló tanto la demanda interna de bienes y

servicios, cuanto su diversidad (1992: 364-365) luego de superar la dura fase de adaptación de los siglos malthusianos clásicos (XVI y XVII –1992: 365).

Uno de los motivos por los que la temprana revolución industrial del ‘500 naufragó, cuyo descubrimiento debemos al historiador J. U. Nef, fue porque actuó una homeostasis de subsistencia: el caso francés muestra que cuando la cantidad de individuos depreda los recursos, una mejora en las rentas se emplea para aliviar la nutrición y no para contribuir a expandir la demanda de bienes y servicios de los sectores no primarios (1992: 366). Puesto que son serias las desventajas si se estimula la fecundidad de acuerdo a todo el potencial de alumbramiento, las sociedades se cuidan de no exponerse (1992: 367/368).

10.5. Conclusiones

Colyton fue una comunidad ubicada a media distancia entre una urbe que produce niños a un máximo y otra que impone restricciones sin matices (1992: 367). En el primer período, el control se basó en retrasar la edad de compromiso de las novias al punto de hacerlas transcurrir la mayor parte de su fertilidad sin dar a luz. Una vez celebrada la boda, la regulación parece no haber sido considerable. En la etapa siguiente, asomaron las restricciones dentro de la pareja; la fecundidad decayó hasta que el incremento demográfico se detuvo.

Es viable pensar que las condiciones económicas suscitan grandes modificaciones en la fecundidad, pero es factible que el nexo no sea directo sino indirecto, complejo y lábil.

Las crisis demográficas y de subsistencia malthusianas son un límite extremo dentro del universo posible de estrategias que adoptaron los colectivos pre-modernos (1992: 368). Colyton explicita que, si la homeostasis se torna efectiva mucho antes del máximo,

puede gestarse una espiral de desarrollo, evitando precipitarse en un cuadro en que las masas padecen miseria y la población no crece.

11. El descenso de la fecundidad matrimonial en Francia en el siglo XIX: ¿Modelo o excepción?

11.1. Francia y sus vecinos

Nos ocuparemos del caso especial de la antigua Galia, en virtud de que existen notorios contrastes con el resto de los países europeos (1992: 370). Por otra parte, todavía no está demostrado si la ausencia de estrategias para el control de la fecundidad se debe al desconocimiento de las estrategias elementales, tal cual lo plantean demógrafos como Van de Walle y Knodel, o a una lógica malthusiana de crecimiento (1992: 369/370).

Si tomamos como referencia a Suecia, Alemania e Inglaterra, la población francesa del siglo XVIII creció sólo un 35 por ciento, en comparación con el 72 %, 43 por ciento y 71 % de las otras naciones (1992: 371). En el siglo XIX, mientras las cifras para los otros países treparon hasta el 119 por ciento, 172 % y 252 por ciento, Francia apenas llegó al 38 %. En los tres Estados-testigo hubo emigración neta. Por consiguiente, el bajo incremento demográfico en Francia se debió a un descenso de la mortalidad (1992: 373).

Desde el siglo XVI hasta mediados del siglo XVIII, en Francia la esperanza de vida al nacer era la más baja de todas (de 24 a 27 años). Luego sube con lentitud hasta la tercera década del siglo XIX, en que se eleva en 12, 5 años. Por ende, la mejora de la mortalidad en naciones como Inglaterra, aunque sustancial para ella misma, fue relativamente modesta si tenemos por horizonte lo acaecido en la antigua Galia. Ahora

bien, quizá lo único que puede explicar que la población no adopte la figura de una pirámide con una base amplia, esto es, no registre desarrollo, en un contexto donde el índice de fallecidos se contrae, es que haya caído la fecundidad (1992: 375). Al menos, para 1790 estudios recientes explicitan que la declinación del porcentaje de nacimientos es general y que afectó en especial al campo (1992: nota 7 de pp. 379/380). Entre los siglos XVIII y XIX, la tasa de crecimiento de Francia nunca estuvo lejos de cero puesto que los cambios en la fecundidad y en el número de decesos se compensaron (1992: 377-378, 422, 425). A pesar de que las series construidas por el demógrafo Van de Walle principian en 1831, demuestran que la baja en los nacimientos fue una tendencia dominante incluso luego de que el índice de casamientos aumentara (1992: 380). Sin embargo, a raíz del caso/Colyton, sabemos que lo anterior no implica un control del alumbramiento en seno de la pareja (1992: 379, 426). Por ejemplo, la edad al casarse y la proporción de quienes permanecían célibes podía afectar, con sus oscilaciones, la fecundidad.

Si denominamos F_m al índice de "fecundidad matrimonial", a fines del siglo XVIII aquél era del 75 por ciento del correspondiente a una comunidad conocida con el nombre "hutteritas", *id est*, de 100 casados, 75 daban a luz. Como puede constatarse, el índice es importante lo que sugiere que la contracción en los nacimientos fue rápida, amplia y brusca, pudiéndose diferenciar entre la fase previa (en la que Francia seguía los patrones europeos) y la etapa posterior. Hacia 1870-1880, las otras naciones/testigo tuvieron F_m en descenso de manera que la antigua Galia no era muy distinta del resto de Europa. De ahí que haya que matizar la impresión, sostenida por Van de Walle y Knodel, respecto a que Francia era un caso particular (1992: 382). No obstante, se plantea una pregunta: ¿Francia era la "avanzada" de un proceso común que se extendería a toda Europa o era la protagonista de un fenómeno *sui generis*? (1992: 384).

11.2. El modelo en el conjunto de Francia

Uno de los mecanismos clásicos regulatorios en las poblaciones occidentales y europeas era el casamiento (1992: 385, 425). Si la mortalidad era muy alta o la fecundidad baja, la nupcialidad era elevada y viceversa, dando origen a tasas intrínsecas de crecimiento próximas a cero. Empero, en la Francia del siglo XVIII no se suscitó lo esperable y el número de casamientos fue reducido, por lo que la proporción de quienes no se matrimoniaban era significativa (1992: 386). La cantidad de solteros era abultada en las mujeres, las que además fueron aumentando la edad al primer compromiso (1992: 387). El resultado fue que F_m descendió, pero en la segunda mitad del siglo XVIII las restricciones al interior de la pareja menguaron y hubo una leve aceleración en el desarrollo demográfico, acompañado de una caída de los fallecimientos.

11.3. Nupcialidad e ilegitimidad

La tasa de nupcialidad (T_{nu}) no sólo mide el incremento de los compromisos, sino también la pérdida proporcional en la fecundidad provocada por la soltería o por la viudez (1992: 20 de p. 392). No obstante, cabe advertir que si bien es un índice útil, engloba factores desiguales y entorpece su comparación con otras variables demográficas (1992: 435).

En general cuando T_{nu} se eleva, los matrimonios son celebrados muy temprano y el porcentaje de mujeres solteras disminuye, el número de hijos antes del casamiento o fuera de la pareja aumenta, al igual que los embarazos prenupciales (1992: 389). Pero en la Francia del siglo XVIII, en un marco en el cual T_{nu} se contrae el número de retoños “ilegítimos” y la cantidad de embarazos al borde del compromiso, no disminuyó sino que

se abultó. Las novias en gravidez o con descendientes “ilegítimos” no eran las jóvenes, mientras que en Inglaterra eran ellas las que se encontraban en aquellas situaciones.

Las tendencias de la “ilegitimidad” y los embarazos prenupciales (1992: nota 19 en pp. 389-390, nota 22 de p. 392) indican que, en una época de edad de compromiso en ascenso y en un tiempo de celibato más extendido, la frecuencia de las relaciones sexuales extramatrimoniales no disminuyó (1992: 389, 392). Este tipo de cambios fue pausado hasta mediados del siglo XVIII, luego de lo cual se aceleraron. Sin embargo, hacia 1820 el aumento de la “ilegitimidad” cesó y hubo pocos cambios en el resto del siglo XIX (1992: nota 22 de p. 392).

Por otra parte, cuando en Francia F_m era baja, T_{nu} era alta, lo que significa que las mujeres se sentían más seguras de acceder a la vida en pareja en la medida en que habían aprendido estrategias elementales de regulación del alumbramiento (1992: 392; empero consultar las objeciones *infra*). Ello también significa que la demanda de una mayor nupcialidad aumentó (1992: 392, 433), elevándose la frecuencia de relaciones sexuales que incidieron en la “ilegitimidad” y en la cantidad de novias embarazadas, tal como lo hemos advertido (cf. *supra*).

11.4. Los cambios en la mortalidad

De acuerdo al ítem precedente, la institución del matrimonio fue poco efectiva en la antigua Galia para controlar el despliegue poblacional. De ahí que para evitar una crisis malthusiana de subsistencia, Francia tuviera que disminuir la tasa de mortalidad (1992: 392-393). Empero, la declinación de la mencionada tasa fue de tal magnitud que, al aumentar la esperanza de vida, pudo incrementar lo mismo la cantidad de habitantes (1992: 393, nota 23 de p. 293). Que eso no haya acontecido señala el grado de control de la natalidad que se practicaba en el seno de la pareja.

Pero ¿cuáles son las causas que afectaron el nivel de crecimiento demográfico? Las posibles respuestas no son más que especulativas. La primera se enlaza con las circunstancias socioeconómicas: los cambios en la nupcialidad podrían reflejar nuevas condiciones (1992: 394). Por ejemplo, los estudios acerca del celibato para Noruega, Suecia y Francia en los siglos XVIII y XIX permiten deducir que en las zonas rurales, la soltería y la limitación de nacimientos se correspondió con una creciente escasez de tierra (1992: nota 25 de p. 394).

La segunda se vincula con el descenso de los fallecimientos y con la puesta en marcha de regulaciones anticonceptivas. Pero aquí habría que investigar más a fondo para saber positivamente si entre las dos variables existe un nexo causal (1992: 394/395).

La tercera respuesta se halla conectada con la lógica de una economía campesina. En un ambiente rural, un descenso de la mortalidad obliga a controlar el alumbramiento (1992: nota 25 de p. 394).

11.5. El mantenimiento de tasas intrínsecas de crecimiento próximas a cero

La adopción cada vez más universal en la Francia del ‘800 de métodos que restrinjan los bebés, es parte del mecanismo general que tiende a conservar a la población en armonía con recursos escasos. La fecundidad se controlaba *con* el aumento de los casamientos, antes que al interior del hogar (se entiende que si esta “astucia” fallaba, la mortalidad crecía al ritmo de la miseria). Sin duda, también se utilizaban estrategias anticonceptivas en la pareja, incluso en poblaciones pequeñas y tanto en las élites cuanto entre los campesinos (1992: 395, nota 27 de p. 395).

Lo anterior daba por resultado una tasa de reproducción próxima a la unidad (0, 95), lo que implica que la cantidad de habitantes se renueva una vez en el transcurso de 3 (tres) décadas. Pero esta tasa mínima implica una tasa de crecimiento casi igual a cero (1992:

396). Al mismo tiempo, la proporción de las mujeres que alcanzaban la edad media de maternidad [p ($\bar{m}$)] fue aumentando (1992: loc. cit.), llegando a los 31 (1992: nota del cuadro 11.6 de p. 397), lo que significa que con una edad al primer matrimonio en descenso (de 25 a 24 años –1992: nota 29 de p. 397), transcurrían muchos años hasta el primer embarazo *en* la pareja. A partir de 1820, tal cual lo anticipamos, el control de la fecundidad se relajó. Para que la tasa de reproducción se haya mantenido en su nivel con un porcentaje de casamientos elevados, tuvo que pasar bastante tiempo antes del primer embarazo luego del compromiso (1992: 397 –más todavía si tenemos presente que F_m crece con las mejoras que merman los decesos; ver 1992: nota 29 en p. 398).

Entre 1780 y 1831, F_m decayó; hasta 1870 mejoró poco (1992: 398). En consecuencia, F_m o el comportamiento de la “curva” de alumbramientos es una variable de un sistema francés “involuntario” regulador del índice de nacimientos. Ahora bien, la “vía francesa” difería del sistema general que dominaba Europa (consultar *supra*).

Cierto es que una tasa de crecimiento oscilante en torno a cero puede ser el resultado de que tasas regionales compensen sus desigualdades, de manera que lo que estamos analizando sería *au fond* una media estadística, algo curiosa tal vez, pero nada más que eso. Por el contrario, si entre disímiles regiones las tasas de natalidad, de mortalidad y de casamientos variaron de modo perceptible, y si las tasas de crecimiento se conservaron próximas a cero, entonces habría que aventurar una hipótesis. Sin embargo, esto no podrá dilucidarse hasta tanto no contemos con monografías detalladas y por zonas (1992: 399).

11.6. Historia de la población regional francesa

Tres advertencias iniciales. Primero, hay que realizar estudios minuciosos a los fines de esquivar el “peligro de composición” por el que los cuadros pueden ser el resultado de

cómo son tamizados los datos, en lugar de revelar los ritmos de un proceso. Segundo, dicha barrera no puede anularse por completo puesto que para conseguirlo necesitaríamos que los análisis fuesen casi infinitesimales, y ya Pierre Chaunu demostró que en las localidades galas existe una "estructura molecular" que lo impide: las variaciones son tan importantes que cada sector se comporta como si fuese una "región demográfica" muy peculiar (1992: nota 30 en pp. 399-400). Tercero, los departamentos que no fueron incluidos en el siguiente estudio de caso son Seine, Ródano, Bocas del Ródano, Mosela, Meurthe, Bajo Rin, Alto Rin y Córcega (1992: 399).

Se particionó a Francia en 11 regiones, sin que ello pueda justificarse más que por las necesidades que impuso el análisis (1992: 400). Y aunque resultó difícil englobar en una misma zona a departamentos que presentaran una evolución comparable en los patrones de mortalidad, natalidad y fecundidad, sea por separado o en el conjunto, intentamos agruparlos de acuerdo a esos criterios de homogeneidad.

A continuación, presentaremos algunos puntos de partida:

Definamos "*tasa bruta de reproducción*" como la media general de las tasas de fecundidad de la serie de edades fértiles que abarca desde los 15 a los 45 años. La "tasa neta de reproducción" es igual a la {"tasa bruta" x [p $\overline{(m)}$]} (en los análisis del capítulo 11, cuando nos referíamos a "tasa de reproducción" sin más, se trataba siempre de la "tasa neta" –cf. *supra*).

Para obtener un índice del número de hijos que son niñas, se procede tomando la tasa de fecundidad universal para mujeres hutteritas de 15 a 49 años (12, 44). Esta cifra se divide por 2, 05 puesto que el índice para un grupo de sexo determinado es el porcentaje del total, que casi siempre es la mitad (1992: 401), lo que da 6, 068 (1992: 402). Para un grupo de 10 novias y teniendo en mente que las mujeres francesas tardaban en contraer nupcias, el índice de féminas que pueden embarazarse de esa muestra ó F_m es (6, 068 / 10), lo que arroja en términos redondeados 0, 600 (es decir, 6 –seis). Una F_m de 0, 6 se

corresponde con 3, 64 niñas [en efecto, se realiza (F_m x 6, 068) ó (0, 6 x 6, 068)]. Es decir, de los descendientes que una única esposa puede dar a luz, elegida de un grupo de 10 novias, es probable que 3 (tres) sean herederos mujeres.

F_m y la edad media al instante de la maternidad en el siglo XIX, fueron más zigzagueantes que T_{nu}, de manera que para decidir las fronteras de las regiones hay que prestarles mayor atención a ellas (1992: 403). Sin embargo, la esperanza de vida en general y la calculada para las mujeres, son números más conocidos que la edad típica al momento del embarazo.

Las fechas para los cálculos son 1831 y 1871, tomadas de las presentaciones efectuadas por Van de Walle. El límite es 1871 porque antes de ese año, Francia empleaba como estrategia propia el control de los alumbramientos en el seno de la pareja, en tanto que alternativa al modelo malthusiano vigente en Europa (empero, insistimos en las reservas –cf. *infra*). Después, la regulación de la fecundidad matrimonial siguió los patrones generales.

En lo medular, los óptimos de nacimientos fueron muy estables en la Francia del siglo XIX (1992: 414). La mortalidad podía vibrar brutalmente de una región a otra y de un año a los subsiguientes (ver *infra*).

Baja mortalidad, escasa fecundidad y elevada cantidad de compromisos tienden a asomar interconectados (1992: 414, 422; cf. *infra*). Asimismo, F_m positiva, decesos frecuentes y nupcialidad reducida se asocian (1992: 422).

Los departamentos agrupados son los siguientes (1992: nota de cuadro 11.8 de p. 408):

a- región 1: Eure-et-Loir, Loir-et-Cher, Loiret, Seine-et-Marne, Yonne, Aube, Haute-Marne, Cote-d’Or;

b- región 2: Orne, Mayenne, Sarthe, Maine-et-Loire, Indre-et-Loire, Vendée, Deux-Sevres, Vienne;

c- región 3: Finistere, Cotes-du-Nord, Morbihan, Ille-et-Vilaine, Loire-Inférieure;

d- región 4: Manche, Calvados, Eure, Seine- Inférieure, Oise;

e- región 5: Pas-de-Calais, Nord;

f- región 6: Somme, Aisne, Ardennes, Marne, Meuse;

g- región 7: Vosges, Haute-Saone, Doubs, Jura, Ain, Isere;

h- región 8: Charente- Inférieure, Carente, Dordogne, Lot, Tarn, Landes, Haute-Vienne, Creuse, Indre, Cher, Allier, Puy-de-Dome, Nievre, Saone-et-Loire;

i- región 9: Gironde, Lot-et-Garone, Gers, Tarn-et-Garonne, Haute-Garonne;

j- región 10: Loire, Haute-Loire, Ardeche, Lozere, Cantal, Correze, Aveyron, Ariege, Haute-Pyrénées, Basses-Pyrénées;

k- región 11: Pyrénées-Orientales, Aude, Hérault, Gard, Vaucluse, Drome, Haute-Alpes, Basses-Alpes, Var.

11.6.1. Región 9

Comenzaremos por la zona con una tasa F_m muy débil, similar a la de las naciones alemana, sueca e inglesa de 1920 (1992: 409). Es posible que hacia 1.831, F_m hubiera descendido en torno a un 40 % desde el nivel en que se encontraba en el siglo XVIII.

La homogeneidad de la región en cuanto a la fecundidad matrimonial recién se logró a partir de 1831 y cuando uno de sus departamentos siguió la media. De igual modo ocurrió con la mortalidad. En lo que cabe a la nupcialidad, no existió uniformidad.

Si confeccionamos un primer cuadro en donde a valores bajos de T_{nu} y $[p(\overline{m})]$, colocamos el primer puesto y, a valores altos, el último, y en el cual, a valores bajos para F_m, corresponde el primer lugar, tenemos (1992: 410):

Las posiciones de las distintas regiones francesas

	F_m			T_{nu}			$p(\overline{m})$		
Región	1837	1871	1901	1831	1871	1901	1831	1871	1901
1	4	2	2	1	2	2	7	1	4
2	5	5	4	7	6	5	3	4	1
3	11	11	11	11	11	11	11	10	8
4	2	4	7	6	5	6	2	5	10
5	9	10	10	8	8	8	9	7	7
6	3	3	5	2	3	4	5	3	5
7	8	7	8	9	9	9	6	8	9
8	7	6	3	5	4	3	8	6	2
9	1	1	1	3	1	1	1	2	3
10	10	9	9	10	10	10	4	9	6
11	5	8	6	4	7	7	10	11	11

Una edad media elevada para el primer embarazo sugiere una tasa de mortalidad moderada, puesto que las mujeres de la comunidad pueden permitirse no fecundar durante la mayor parte de su periodo fértil.

En Francia, normalmente se dieron una baja fecundidad matrimonial y una nupcialidad considerable, y ambas se asociaron con $p(\overline{m})$ alto, es decir, con un índice de decesos exiguo. La peculiaridad de la región 9 consiste en que siempre tuvo una fecundidad matrimonial débil, la nupcialidad más abultada y la mortalidad leve.

Si ponderamos que la media para todos los índices es 100 y si expresamos en porcentaje la media para cada conjunto, llegamos a un segundo cuadro en donde, f. e., para la región en lid T_{nu} en 1871 era del 114 % respecto a la media nacional:

Las relaciones de las diferentes regiones francesas con la media nacional

	F_m			T_{nu}			$\overline{p}$ (m)		
Región	1837	1871	1901	1831	1871	1901	1831	1871	1901
1	85%	78%	81%	112%	112%	109%	96%	108%	102%
2	98	89	90	96	101	103	107	105	105
3	138	151	156	83	76	78	91	93	97
4	81	87	87	99	102	100	108	101	96
5	111	134	134	91	91	92	93	98	98
6	83%	81%	81%	112%	109%	107%	102%	105%	101%
7	111	104	104	90	91	91	100	98	97
8	99	93	93	105	107	108	96	101	105
9	75	67	67	110	114	113	108	107	104
10	121	126	126	86	87	87	106	97	98
11	98%	108%	108%	107%	100%	100%	92%	90%	91%

11.6.2. Región 4

Los departamentos normandos tuvieron disímiles niveles de fecundidad; a pesar de ello es sensato conservarlos juntos puesto que los alumbramientos mermaron poco en relación con las otras regiones (1992: loc. cit.). Empero, el porcentaje de nacimientos era bastante pobre ya en 1831 (1992: 412). La esperanza de vida era la más alta de Francia en siglo XIX, lo que señala una cantidad aminorada de occisos (1992: 410/411). Sin embargo, en 1901 era la segunda región menos saludable, lo que implica un cambio drástico (1992: 412).

La nupcialidad varió mucho de un departamento a otro, siendo en general más baja donde la fecundidad era poco moderada (1992: 412, 414, 422).

11.6.3. Regiones 1 y 6

La región 1 comprende a la antigua provincia de Champagne y áreas de Orleáns y Borgoña; se encuentra al sur y al este de París. Estuvo escasamente poblada; hubo menos mujeres por km^2 que en cualquier otro sector. El cuadro así lo demuestra:

Las relaciones de las diferentes regiones francesas con la media nacional

		Densidad femenina por km^2			Densidad respecto a la media nacional (Fcia. = 100)		
Región	Superficie (en miles de km^2)	1831	1871	1901	1831	1871	1901
1	53, 3	23, 0	23, 8	22, 7	77%	74%	70%
2	50, 5	29, 8	31, 4	30, 3	99	102	94
3	34, 0	39, 2	44, 6	48, 1	131	139	149
4	29, 7	46, 5	44, 4	42, 8	155	138	133
5	12, 4	67, 7	88, 1	114, 1	226	274	353
6	33, 1	31, 2	32, 5	31, 7	104%	101%	98%
7	34, 7	32, 6	32, 4	31, 1	109	101	96
8	97, 9	25, 4	27, 6	26, 9	85	86	83
9	31, 6	30, 4	32, 3	31, 9	101	101	99
10	57, 8	26, 2	28, 5	27, 9	87	89	86
11	50, 8	22, 9	23, 9	24, 4	76	74	76
Francia	485, 8	30, 0	32, 1	32, 3	100%	100%	100%

A pesar de su densidad demográfica, la mortalidad era muy alta a comienzos del siglo XIX (1992: loc. cit.), pero hacia 1871 se había convertido en la región más sana del país (1992: 414).

La baja fecundidad estaba compensada por una nupcialidad abultada. T_{nu} era verdaderamente impactante para los niveles europeos; vg., era superior incluso a otras naciones que descollaban (Bélgica, Holanda y Alemania).

La región 6 es la antigua Picardía (1992: 415); contaba con una tasa de nacimientos modesta en 1831. Formaba parte de una larga faja de tierra que principiaba en Bretaña, corría a lo largo de la costa norte y luego hacia el este en paralelo con la frontera belga,

donde la declinación de F_m fue menor que en cualquier otro sector entre 1831 y 1901. La esperanza de vida al nacer era apenas mejor que en el conjunto del país.

11.6.4. Regiones 3 y 10

Bretaña y Auvernia, las regiones 3 y 10, fueron las dos zonas en las que la fecundidad al interior de la pareja fue la más elevada en 1831, por lo que existen suficientes similitudes entre ellas como para tratarlas en simultáneo.

En Bretaña, F_m se conservó alta hasta 1881, momento en que sufrió un descenso muy agudo en 20 años. Pero al contrario de lo observado en el resto de los departamentos franceses, también tuvo una T_{nu} de proporciones (1992: 416). En realidad, ambas sobresalían no sólo en la vieja Galia sino en comparación con países como Alemania (1992: 415-416).

Experimentó altas tasas de muertes; no obstante, aparte de la región 5 (que era industrial) y Normandía, tuvo una fuerte densidad demográfica.

La región 10, que abarca el sur del Macizo Central y algunos departamentos de los Pirineos, era un sector con F_m positiva. Entre 1831/1871, declinó de forma discreta; a partir de 1871 su caída fue más veloz (1992: 417). Sin embargo, no hubo homogeneidad dado que algunos departamentos de la zona alcanzaron niveles bajos en 1901, mientras que otros no.

En cuanto a la nupcialidad, la región 10 fue la segunda con menos casamientos luego de Bretaña. La mortalidad tendió a elevarse poco a poco.

11.6.5. Región 5

La región 5, integrada por Artois y Flandes, no fue espacio de agricultura, lugares de mercado o centros administrativos, sino la vanguardia de la Revolución Industrial (1992: 417/418). Lille estaba entre los principales centros textiles europeos; Valenciennes y Anzin constituían áreas de manufactura del hierro y minería de carbón (1992: 418). Comprensiblemente, la densidad de población era más de dos veces la media nacional y la cantidad de mujeres (por ende, de potenciales esposas) creció de modo continuo, en especial en las zonas de fuerte actividad.

Aunque había tasas elevadas de natalidad es improbable que se debiera a un número de compromisos en aumento (1992: nota 43 en pp. 418-419 –cabe enunciar que fue la única región con F_m en alza; cf. 1992: 419).

Los sectores carboníferos tenían familias extensas y con F_m acorde; las zonas textiles contaban con grupos familiares de escasos miembros, lo que merece destacarse a la vista de las suposiciones corrientes respecto a que la protoindutria y el trabajo asalariado eran sinónimos de matrimonio precoz.

Había una mortalidad masculina muy alta, aunque después mejoró (419: loc. cit.). Las mujeres no parecen haber sido afectadas negativamente en su esperanza de vida por el crecimiento urbano y el proceso industrializador (1992: 420).

Las tasas intrínsecas de crecimiento de los núcleos mineros y textiles fueron similares a las halladas en Europa. La fecundidad no descendió sino hasta la fecha típica de otras zonas europeas; quizá las fuerzas homeostáticas eran débiles en la región a raíz de que su economía era diferente de amplios espacios de una Francia todavía campesina, en la cual las restricciones centenarias eran aun poderosas (1992: 425).

11.6.6. Regiones 2, 7, 8 y 11

La región 11 comprende Provenza y Languedoc; tuvo un índice de decesos agudo y una fecundidad matrimonial compensatoria. Estuvo próxima a la media nacional en el número de casamientos (1992: 420).

La región 8 cubre las antiguas provincias de Limousin, Berry y parte de Borgoña. Su población era la mayor; entre 1831/1901, F_m y la tasa de fallecimientos declinaron rápido. En cambio, T_{nu} fue alta (1992: 421).

La región 2 tuvo baja cantidad de occisos, una fecundidad por debajo de la media y una tasa de matrimonios no llamativa.

La región 7, que incluía el Franco Condado, fue uno de los sectores en que las mujeres se redujeron sin matices (el otro fue Normandía). A pesar de ello, se encontraba densamente poblada. La mortalidad y la fecundidad estuvieron próximas a la media; la nupcialidad fue menor que ella (1992: 422).

11.7. Las tasas intrínsecas de crecimiento

La tasa neta de reproducción, sin incluir los hijos "ilegítimos", se mantuvo constante y algo más baja a 1, 00. Aunque la natalidad, los decesos y la cantidad de bodas variaron no incidieron de manera contundente en la tasa de crecimiento.

En términos amplios, las discrepancias regionales se acentuaron con el tiempo y se hicieron más divergentes de lo que habían sido antes de 1901 (1992: 424). Pero todos los datos confirman que entre 1831-1871 la tasa de crecimiento fue próxima a cero (1992: 425, nota 54 en p. 427). Ello implica que los contrastes regionales entre los factores mencionados se compensaron de tal suerte que la tasa cero de crecimiento fue la hegemónica tanto en el país, cuanto en el plano regional y departamental.

11.8. Regulación social y control individual

Sabemos que el control de la fecundidad *mediante* el casamiento es una estrategia involuntaria de homeostasis. Empero, ¿es factible plantear lo mismo para el control de los alumbramientos *en* el interior del hogar? Tengamos en cuenta que las regiones francesas estudiadas demuestran que con variaciones para cada una de los elementos ponderados o para su conjunto, la tasa de crecimiento fue casi cero, de manera que el óptimo entre demografía y recursos o "nichos" económicos disponibles se consiguió por caminos divergentes (1992: 426).

Del análisis precedente también inferimos que la fecundidad y la nupcialidad fueron sensibles a sus mutuas variaciones, y que incluso ambas lo fueron respecto a las oscilaciones de la mortalidad. Quizá habría que suponer con igual derecho que las estrategias naturales anticonceptivas, tuvieron un rol estabilizador de idéntica importancia que el número de casamientos. Empero, existen tanto mecanismos demográficos cuanto económicos que pueden tener efectos homeostáticos similares a los que inducen dichas técnicas. F. i., el tiempo de espera para abordar el matrimonio depende, entre otras cosas, del deceso de los parientes mayores que el soltero, o de la curva de las rentas y precios. Estos condicionantes en el retraso de la edad para constituir pareja actúan como si fueran vías de regulación anticonceptiva. Una mortalidad leve incrementa la cantidad de niños y jóvenes, lo que puede suscitar el deseo de controlar el número de herederos (1992: 428). Sólo podríamos diferenciar a unos y otros luego de recopilaciones más exhaustivas de datos (1992: 427/428, 435).

Tampoco podemos subestimar la inmigración y emigración entre las unidades familiares como "racionalizaciones inconscientes" para conservar el equilibrio. Papel análogo jugaron las migraciones desde el mundo y hacia él (1992: 429, 435). Tal vez lo único que puede apoyar la idea (especulativa) respecto a que acaso se practicaban métodos anticonceptivos naturales, es que la homeostasis entre oportunidades

económicas y comportamientos demográficos duró bastante, antes de que cambios insoslayables alteraran el panorama.

11.9. La fecundidad matrimonial antes de 1831 y después de 1871. Conclusiones

Como lo hemos expuesto, en la Francia del siglo XVIII y antes de 1831 hubo una caída llamativa de los decesos y un "badén" en la fecundidad (1992: 430). No nos es viable determinar si igual sucedió en las regiones y departamentos.

Luego de 1871, la mortalidad mejoró con un descenso marcado de las diferencias regionales (1992: 430-431). Hacia 1881, la fecundidad matrimonial decayó y en 1931 encontramos una homogeneidad notoria (1992: 431). Sin embargo, la sima de la fecundidad fue más honda en los sectores de abultado número de embarazos que en los discretos.

En otro orden de cuestiones, también nos es conocido que cuando F_m era bajo, T_{nu} se incrementó y con ella la demanda de casamientos (1992: 433; ir a *supra*, p. 95). Pero luego de 1871 este nexo se flexibilizó, incrementándose muy poco o bien disminuyendo.

La cantidad de occisos se contrajo y la tasa neta de reproducción colocó más lejos de la unidad (1992: 434): Francia había abandonado sus patrones singulares, enmarcándose en uno europeo.

Observaciones a la Tercera Parte

La crítica materialista de las ideologías se encuadró durante largo tiempo en los linderos de la "falsa conciencia". Anhelamos demostrar que detenta al menos, otros cuatro objetivos deconstructores que acaso sean más ricos en consecuencias. Por ejemplo, la

historia de la historiografía no es sólo y simplemente el relato de las distintas posiciones a la hora de enfrentar los acontecimientos; también es la explicitación de cómo las ideologías ocasionan que la historia sea narrada de una forma en vez de otra. En ese sentido, la historiografía de cómo se escribe la historia es un devenir en que resulta manifiesto que dicha escritura no es inocente. Y en la narración de lo acaecido se injertan toda clase de imperativos morales. Tampoco una deconstrucción de una línea historiográfica necesariamente "debe" implementar un lento y fastidioso "perfil" exhaustivo o *plus ou moins* detallado acerca de la obra o del conjunto de textos que somete a desmadejamiento, junto a una indicación de la época en la que el autor cuestionado, redacta. Hasta cierto punto, es suficiente una lectura "sintomal", no perezosa de la producción que se deconstruirá.

En segundo término y en la proporción en que una ideología es aquello no pensado en lo pensado y lo no racional (incluso, irracional) en el núcleo mismo de lo argumentado, la crítica materialista adopta en tanto que finalidad el diagnóstico de un conocido epistemólogo: Gaston Bachelard afirmó que aun en los propósitos más exigentes para deslindar lo que es científico de lo que no lo es, puede habitar lo irracional (1973 b: 22). Una de las barreras para adoptar una perspectiva enteramente racionalista proviene del sutil dominio de lo ideológico y del goce que provoca en los que se adscriben a sus mitemas (Zizek 2002: 214/215).

En tercera instancia, la tentación etnocentrista, considerando los valores culturales propios como universales o en calidad de los únicos posibles, no es algo ajeno a los determinismos ideológicos. En las disímiles escuelas históricas todavía se ve actuar ese mecanismo de prolongado e indisoluble vigor. Por último, asociada a esa estructuración no controlada de lo subjetivo se encuentra la Filosofía de la Historia cuyo corazón se encuentra en el lexema "Progreso".

Ahora bien, la operatoria deconstructiva, si es materialista, no es más que un procedimiento científico por el cual lo que se mantiene en las sombras de lo no-dicho y activándose a manera de una causa inmanejable en nuestro propio enunciar, acaba por ser acotado, advertido y explícito: nunca supone un ataque. Se ubica dentro del principio metodológico y epistemológico de "curvar" la razón para que te/matice sus "zonas de olvido" y a ella misma. De ahí que revelar que en Wrigley observamos multiplicarse recomendaciones axiológicas personales, no conduce a desestimar lo que permanece de su propuesta historiográfica.

Ya en el terreno, es factible llamar la atención hacia los supuestos morales y éticos que acaso se detectan en algunos pasajes de esta Tercera Parte (en especial, el capítulo 11) ardua, difícil.

Cuando procura hablar de los mecanismos demográficos que equilibran población y entorno, deja traslucir el discurso patriarcalista y androcéntrico según el cual la mujer es sujeta a nexos de género "naturales" y por el que es objeto de la historia antes que partícipe activa. Sostiene que en las diferentes especies animales y por extensión, en la sociedad humana, quienes regulan el coito para evitar alumbramiento son los machos (1992: nota 37 de p. 364).

Pero no se interroga acerca de por qué, si es que se aceptara como mera estrategia dialógica lo anterior, las mujeres fueron empujadas a adoptar un rol pasivo en una cuestión vital para su desempeño en tanto que adultos. Otro momento en el cual aflora con cierta nitidez lo apuntado, es cuando alude a un nodo tan sensible como el aborto (1992: 359). Sitúa su práctica en el mismo campo que el de las sociedades no occidentales o etnográficas y de los colectivos no industrializados, con lo que implícitamente concibe que es algo no civilizado, atrasado, primitivo (1992: 358-359). Sin embargo, uno de los tópicos del patriarcalismo y del androcentrismo es su oposición al aborto a modo de un derecho de la mujer sobre su cuerpo, que ha sido sistemáticamente

expropiado por multitud de estrategias en pos de valores anexados a la reproducción y en beneficio de los varones.

La perspectiva de la mujer/objeto de la historia es un relieve palpable cuando, al referirse a las novias de los campesinos, las trata de “plebeyas” en claro contraste con las esposas de la alta nobleza (1992: nota 47 en p. 329). La presión que motiva a Wrigley a asumir la óptica masculina tradicional puede constatarse también cuando puntúa, con un detenimiento que no pasa desapercibido, que es más “normal” y “habitual” que los esposos sean mayores que las novias (1992: 338-339).

Las recomendaciones morales y éticas emergen en los instantes en que se ve obligado a expedirse acerca de ciertas relaciones sexuales en cuanto estrategias naturales que previenen los nacimientos (empleando el latín a los fines de tomar “distancia” -1992: 363, nota 35 de p. 363), y cuando convierte los hijos “ilegítimos” (sin entrecomillado) en un índice (1992: 308, nota 24 de p. 308, 336, nota 5 de p. 336, 366, nota 9 de p. 380, nota del cuadro 11.4 de p. 381, 387, nota del cuadro 11.8 de p. 388, 389, nota 19 en pp. 389/390, nota de cuadro 11.9 de p. 390, nota 22 de p. 392, 392, 422 –obsérvese la recurrencia). Respecto a esto último, y sin las reservas que adoptó en otras circunstancias, profiere el lexema “bastardo” (1992: nota 5 de 336, 366). En cuanto a lo mencionado en la primera parte al inicio del párrafo, sostenemos que en lo abultado de una extensa obra, Wrigley no es afecto a entrecomillar las palabras, de manera que es llamativo que lo realice cuando se refiere a los contactos sexuales (1992: 359).

Continuando con el primer objetivo de la crítica deconstructiva (tornar visibles los lugares de enunciación desde los que es escrita la Historia), el demógrafo británico piensa “natural”, “obvio” que el mercado sea un fenómeno social encomiable. En efecto, en 1992: 272 postula que, de igual forma que sociedades africanas “primitivas” apelaron a estrategias para reducir o anular las consecuencias de los desastres (en especial, evitando que asomen las hambrunas), el mercado también provoca una distribución

óptima de los recursos. De una manera más indirecta, internaliza los valores asociados a una economía capitalista y no previene a los lectores y estudiosos de sus presupuestos, cuando en 1992: 318 habla de “empresa del matrimonio” y de “mercado del matrimonio” (1992: 322).

Por añadidura, cree con firmeza que en las elecciones individuales rigen cálculos “racionales” de costo/beneficio: la mayoría de los hijos en edad de casarse prefieren esperar y asegurar primero su éxito económico (1992: 313, 328). El autor no agrega el lexema “económico”, homologando el éxito sin más con el “status”; tampoco cuestiona que, para ser “racional” en el capitalismo, haya que enredarse en toda clase de “cuentas imaginarias” penosas respecto a hechos esenciales en la vida.

Desde otra perspectiva pero dentro de isotopías similares, intenta convencernos de que en una demografía estacionaria puede no resultar óptimo limitar los nacimientos, dado que los hijos ausentes dejarían “nichos” libres que los descendientes de otras familias acabarían por ocupar. El autor no cuestiona las palabras en juego, ni la lógica de la competencia que introyecta válida (1992: 287).

En lo que cabe a la supervivencia de lo no racional o irracional en el interior mismo de lo que procura ser lo más científico posible, comprobamos nuevamente que Wrigley no atempera las ideologías más fuertes de Malthus y del darvinismo social en el que incurren los que se hallan atrapados en ese no-dicho.

Sentencia que lo que es verdad en las sociedades animales, lo es también para el hombre. Quiere apoyar su impresión de que hay comportamientos inconscientes, involuntarios que benefician a la especie, remitiendo a Darwin y a autores darvinistas (1992: 271/272). Arriba al punto de evaluar que en la sociedad humana actúan las leyes de la selección de las especies, y que las comunidades “primitivas” tienen una “racionalidad inconsciente” o “sistémica” a los fines de regular el tríptico población-recursos-entorno parecida a la que insiste en insectos, peces, aves, etc. –1992: 360, 366.

De manera significativa, en 1992: 360 vincula la presión sobre los recursos y en el ecosistema con la metáfora de la dilapidación del capital: la natalidad excesiva conducirá a los imprudentes a sanciones (1992: 287). Sin embargo, lo que prevaleció en calidad de estrategia óptima fue asegurar un gran número de nacimientos, en lugar de elevar los beneficios a quienes restringieran su fecundidad (1992: 289). No obstante, aun este "error" puede tener su lado "bueno": los hijos sobrantes podrían sobrevivir trabajando de sirvientes en casas ajenas, o bien una familia numerosa resulta ser un beneficio para la sociedad necesitada de mano de obra (1992: 287 -Wrigley no pregunta por qué algunos "deben" trabajar y "asumir" el "rol" de individuos alienados en pos del sustento). Para concluir con el tema, sostiene que la "racionalidad" en juego en los colectivos etnográficos y pre/modernos, es aprendida con casi el mismo grado de conciencia que las aves (1992: 362).

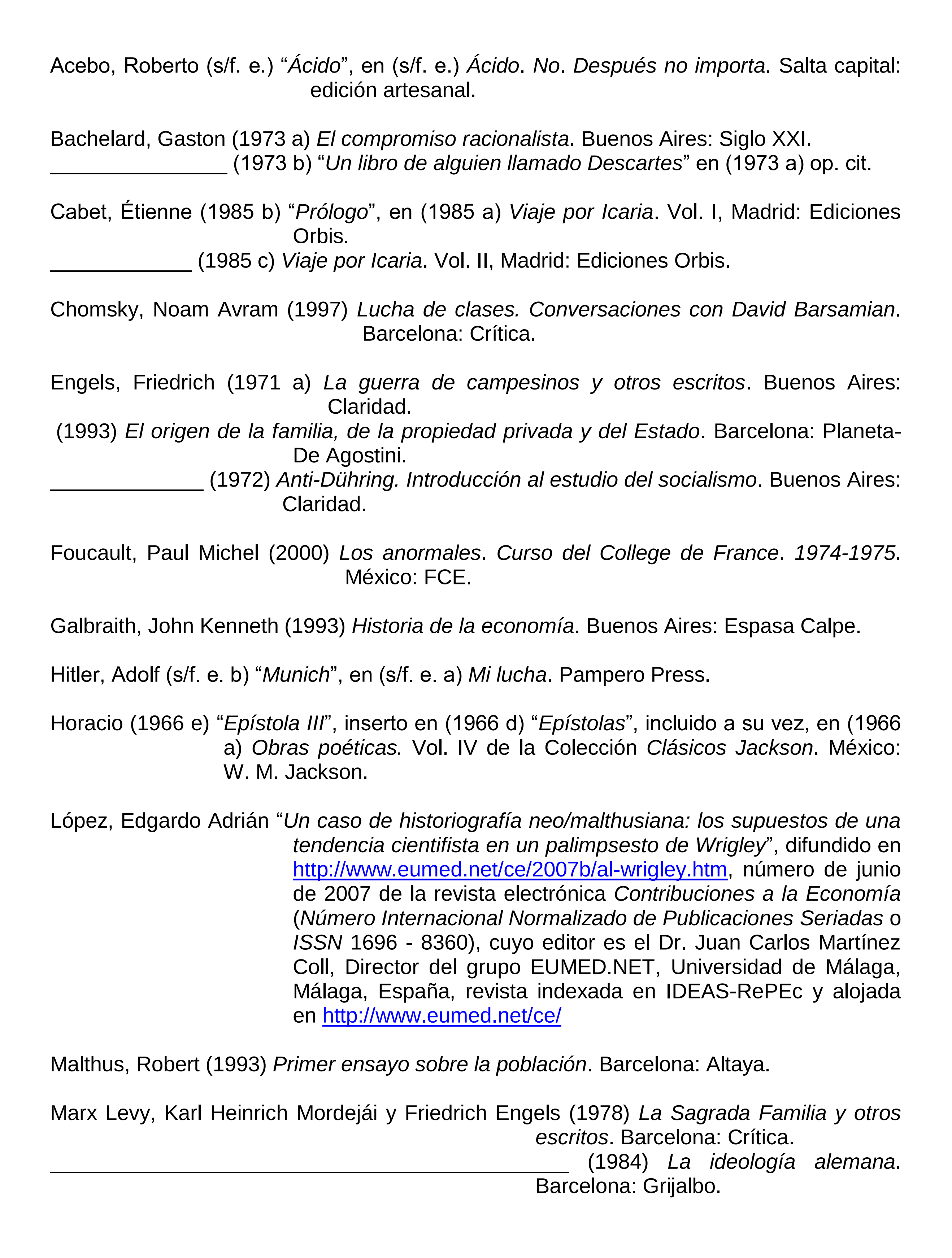
En lo que hace al narcisismo cultural que de cuando en cuando irrumpe en una investigación con el tono de un síntoma, ya en 1992: 358 se captaba que, al mencionar a las sociedades llamadas "etnográficas", afloraba cierto etnocentrismo. Igualmente, ello se constata en 1992: 360, 362, 366.

Para desplazar los argumentos hacia otras tópicas, afirmaremos que en la evaluación respecto a que la pobreza, indigencia y miseria que pulsaron las economías no capitalistas, serían disueltas con la Revolución Industrial, Wrigley se deja ilusionar con las versiones liberales de la historia, incurriendo en una Filosofía del Progreso indefinido (1992: 330). Este no percibir sus propios lugares de pensamiento, lo conduce a pasar por alto lo que impugnaría un razonar como el descrito: en las zonas mineras y textiles de la Francia del '800, la mortalidad era considerable (1992: 419).

Una observación de carácter metodológico: aunque en capítulos precedentes Wrigley había perfilado las categorías a las que ahora se aludirán, en 1992: 272 era necesario recordarlas de nuevo. No ofrece una definición explícita y en el plano de lo conceptual,

acerca de lo que entiende por “racionalidad”; por el contrario, apela a ejemplos descriptivos y concretos.

Por último, cita el trabajo del sociólogo galo Pierre-Felix Bourdieu sobre quienes contraen matrimonio en una sociedad campesina y cuáles son los que se ven empujados a un celibato forzoso (1992: nota 5 de p. 274). Con ello, se adscribe a la tradición weberiana en sociología y así, nos resulta más entendible su rechazo a Marx y a determinado marxismo no dogmático.



BIBLIOGRAFÍA GENERAL

Acebo, Roberto (s/f. e.) "*Ácido*", en (s/f. e.) *Ácido*. *No*. *Después no importa*. Salta capital: edición artesanal.

Bachelard, Gaston (1973 a) *El compromiso racionalista*. Buenos Aires: Siglo XXI.
_______________ (1973 b) "*Un libro de alguien llamado Descartes*" en (1973 a) op. cit.

Cabet, Étienne (1985 b) "*Prólogo*", en (1985 a) *Viaje por Icaria*. Vol. I, Madrid: Ediciones Orbis.
____________ (1985 c) *Viaje por Icaria*. Vol. II, Madrid: Ediciones Orbis.

Chomsky, Noam Avram (1997) *Lucha de clases. Conversaciones con David Barsamian*. Barcelona: Crítica.

Engels, Friedrich (1971 a) *La guerra de campesinos y otros escritos*. Buenos Aires: Claridad.
(1993) *El origen de la familia, de la propiedad privada y del Estado*. Barcelona: Planeta-De Agostini.
_____________ (1972) *Anti-Dühring. Introducción al estudio del socialismo*. Buenos Aires: Claridad.

Foucault, Paul Michel (2000) *Los anormales*. *Curso del College de France*. *1974-1975*. México: FCE.

Galbraith, John Kenneth (1993) *Historia de la economía*. Buenos Aires: Espasa Calpe.

Hitler, Adolf (s/f. e. b) "*Munich*", en (s/f. e. a) *Mi lucha*. Pampero Press.

Horacio (1966 e) "*Epístola III*", inserto en (1966 d) "*Epístolas*", incluido a su vez, en (1966 a) *Obras poéticas.* Vol. IV de la Colección *Clásicos Jackson*. México: W. M. Jackson.

López, Edgardo Adrián "*Un caso de historiografía neo/malthusiana: los supuestos de una tendencia cientifista en un palimpsesto de Wrigley*", difundido en http://www.eumed.net/ce/2007b/al-wrigley.htm, número de junio de 2007 de la revista electrónica *Contribuciones a la Economía* (*Número Internacional Normalizado de Publicaciones Seriadas* o *ISSN* 1696 - 8360), cuyo editor es el Dr. Juan Carlos Martínez Coll, Director del grupo EUMED.NET, Universidad de Málaga, Málaga, España, revista indexada en IDEAS-RePEc y alojada en http://www.eumed.net/ce/

Malthus, Robert (1993) *Primer ensayo sobre la población*. Barcelona: Altaya.

Marx Levy, Karl Heinrich Mordejái y Friedrich Engels (1978) *La Sagrada Familia y otros escritos*. Barcelona: Crítica.
____ (1984) *La ideología alemana*. Barcelona: Grijalbo.

________________________________ (1971) *Elementos fundamentales para la crítica de la Economía Política (Borrador). 1857-1858*. Vol. I. Buenos Aires: Siglo XXI.
________________________________ (1972) *Elementos fundamentales para la crítica de la Economía Política (Borrador). 1857-1858*. Vol. II. Buenos Aires: Siglo XXI.
________________________________ (1973) *Contribución a la crítica de la Economía Política*. Buenos Aires: Ediciones Estudio.
________________________________ (1974) *Teorías sobre la plusvalía*. Vol. I. Buenos Aires: Cartago.
________________________________ (1975 a) *Teorías sobre la plusvalía*. Vol. II. Buenos Aires: Cartago.
________________________________ (1975 b) *Teorías sobre la plusvalía*. Vol. III. Buenos Aires: Cartago.
________________________________ (1976) *Elementos fundamentales para la crítica de la Economía Política (borrador). 1857-1858*. Vol. III. Buenos Aires: Siglo XXI.
________________________________ (1983 a) *El capital*. Vol. I. Buenos Aires: Cartago.
________________________________ (1983 b) *El capital*. Vol. II. Buenos Aires: Cartago.
________________________________ (1983 c) *El capital*. Vol. III. Buenos Aires: Cartago.

O'Donnell, Pacho (2003) Che. *La vida por un mundo mejor*. Buenos Aires: Sudamericana.

Thompson, Edward Palmer (1984) *Tradición, revuelta y consciencia de clase*. *Estudios sobre la crisis de la sociedad preindustrial*. Barcelona: Crítica.
________________________ (1989) *La formación de la clases obrera en Inglaterra*. Vol. I, Barcelona: Crítica.

Virgilio (1966 c) "*Libro I*", incluido en (1966 b) "*Geórgicas*", inserto a su vez, en Virgilio y Horacio (1966 a) op. cit.

Wallerstein, Immanuel (1998) *El capitalismo histórico*. México: Siglo XXI.

Wrigley, E. A. (1992) *Gentes, ciudades y riqueza*. *La transformación de la sociedad tradicional*. Barcelona: Crítica.

Žižek, Slavoj (2002) *Mirando al sesgo*. *Una introducción a Jacques Lacan, a través de la cultura popular*. Buenos Aires: Paidós.

Índice

Sección I

Fuera de lugar……………………………………………………………………………21
Introducción…………………………………………………………………………………..25
Primera Parte: El trasfondo de la Revolución Industrial……..…………28

Sección II

Segunda Parte: Crecimiento urbano…………….…………………………………..63

Sección III

Tercera Parte: Población: matrimonio y reproducción…………………103
Bibliografía General…………………………………………………………………..155

Publicado en 17 de noviembre de 2008 en la *Biblioteca virtual de Derecho, Economía y Ciencias Sociales*, dependiente del grupo EUMED.NET, Universidad de Málaga, Málaga, España, colectivo Dirigido por el Dr. Juan Carlos Martínez Coll.

Aunque sin las últimas correcciones que se le efectuaron en marzo de 2009, el texto puede consultarse en http://www.eumed.net/libros/2008c/455/indice.htm.